

LA ISLA OCCIDENTAL

O

LA GRAN BLASKET

(1944)

Robin Flower

Traducción de Fernando Garzón - islas-blasket.webnode.es

PREFACIO

Este libro narra mis experiencias a lo largo de varias vacaciones intermitentes en la Gran Blasket durante un período aproximado de veinte años. Fui por primera vez a la Isla en 1910 y mi esposa me acompañó al año siguiente, cuando realizó las ilustraciones que se reproducen aquí. El texto fue escrito en diversos momentos a lo largo de los veinte años siguientes. Formaban parte de una serie de conferencias que impartí en el Instituto Lowell en 1935 y me gustaría aprovechar la oportunidad (¡jay de mí, demasiado tarde!) para devolver mi agradecimiento al difunto Laurence Lowell por su invitación a pronunciar estas conferencias y su amabilidad hacia mí y mi hija mientras estuvimos en Boston. Los poemas que voy intercalando fueron escritos al mismo tiempo que el libro y, por tanto, son el resultado de la misma experiencia. Vieron la luz en 1931 en mi libro "Poemas y Traducciones" y les agradezco a los editores, Messrs. Constable, su permiso para reproducirlos aquí, en su marco original.

El lector se percatará enseguida de cuán en deuda me hallo con tres habitantes de la Isla - Tomás ó Crithin, Peig Sayers y Gobhnaít Ní Chinéide. Los dos primeros son ya de sobra conocidos para los lectores en lengua irlandesa. La autobiografía de Tomás, "An t-Oileánach", se publicó en 1929 y la traduje del original irlandés al inglés bajo el título "El Isleño" en 1934. El libro de Peig, "Peig a sgéal féin", "Peig, su propia historia", se publicó en irlandés en 1936 y el éxito fue inmediato. No se ha traducido al inglés⁽¹⁾. Pero además de a estas tres personas, debo mi agradecimiento a todos los habitantes de la Isla durante mis visitas. Por entonces, la poblaban más de 150 personas, ahora menos, en gran medida a causa de la emigración a tierra firme, de manera que la propia vida de la Isla del modo en que yo la conocí se ve amenazada. Durante una de mis visitas tras un largo período de ausencia recuerdo cómo, la tarde de mi regreso, un grupo de amigos se había reunido en una de las casas para darme la bienvenida. En el transcurso de nuestra charla comenzamos a calcular las muertes que se habían producido desde mi última visita. La charla, inevitablemente, se convirtió en una recitación del rico acervo de refranes recogidos por una civilización popular sobre la necesidad de la muerte y las consolaciones de la fe. Uno tras otro, casi como si recitasen una liturgia, hombres y mujeres sacaban a la luz su contribución de aquella aparentemente inagotable fuente. Al fin, sin embargo, se hizo el silencio mientras esperaban, claramente rebuscando en sus mentes la inspiración. De repente, una anciana que se encontraba en la esquina, se inclinó hacia delante y dijo con aire rotundo:

'Cá'il an sneachta bhí comh geal anuirig?' (¿Dónde está la nieve que tanto brillaba el año pasado?)

Me alcé presa del entusiasmo y dije en voz alta: *'Où sont les neiges d'antan?'*

'¿Quién dijo eso?' preguntó el Rey, un experto en sabiduría popular.

⁽¹⁾ Actualmente la obra está traducida al inglés. Talbot Press, 1974

'Francois Villon lo dijo,' respondí.

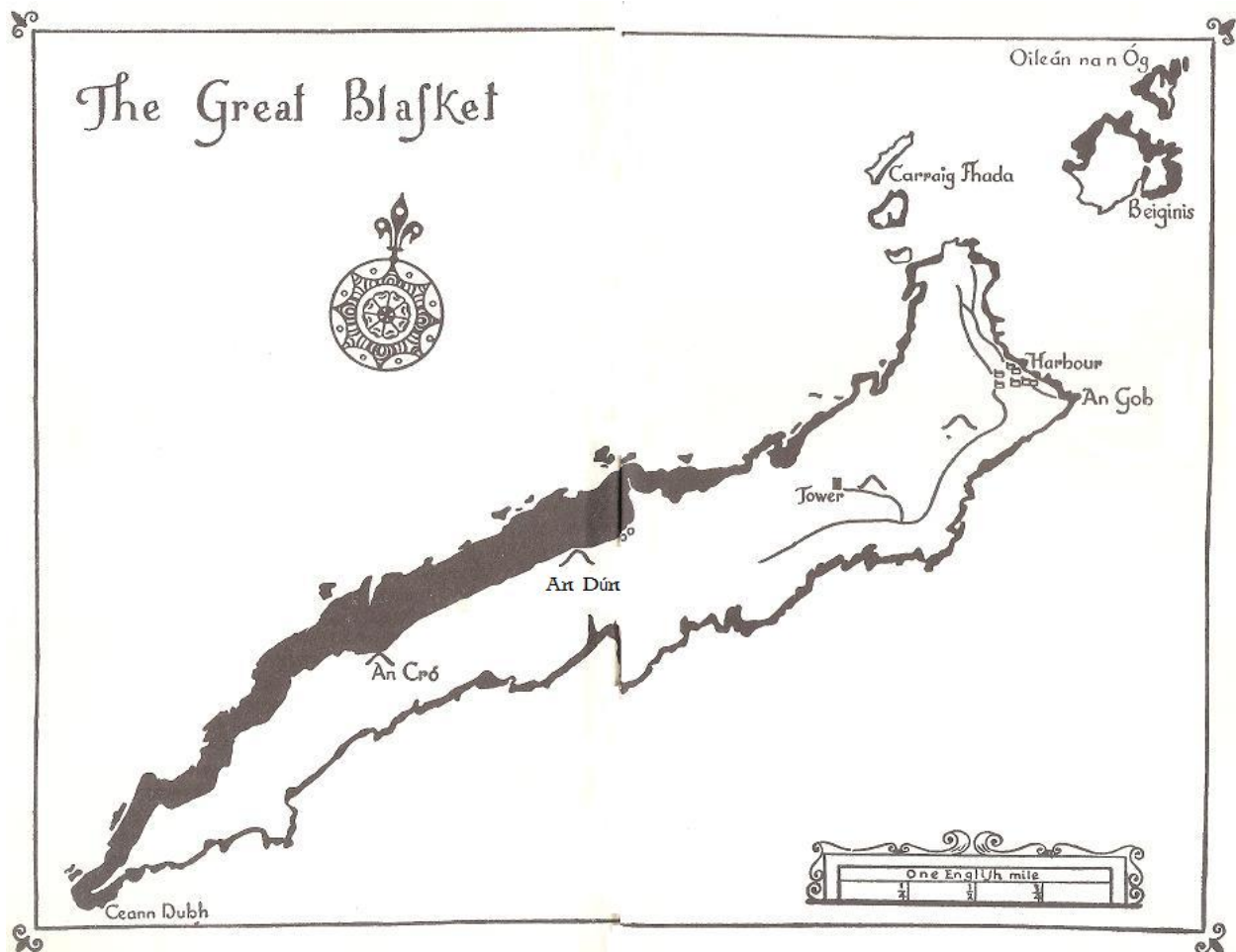
'¿Y quién era? replicó. '¿Era un habitante de Connaught?'

'No, vivió hace cientos de años y lo dijo en francés, y era un refrán de su nación.'

'Bueno,' interrumpió Tomás, "No se puede mejorar el refrán. Tengo entendido que los franceses son un pueblo inteligente, y no tengo ninguna duda de que seguro que dijeron eso antes que nosotros.'

El Rey está muerto, y Tomás y la mayor parte de aquellos compañeros de lamentos, y todo lo que sigue es la canción que compusimos juntos sobre las nieves del pasado que se desvanecieron.

R.F. 15 de octubre de 1944



EL CAMINO A LA ISLA

Según el tren abandona el condado de Cork y entra en el condado de Kerry, yendo cada vez más al oeste, el cambiante paisaje se vuelve más y más baldío. Los bosques, campos y ricas verdes praderas que rodean el gran río de Blackwater se vuelven enseguida un recuerdo que se desvanece; las colinas comienzan a apiñarse en el horizonte hasta que todo lo que se ve por delante son melancólicos espacios de ciénagas. Dejamos Killarney, que esconde sus lagos y bosques al viajero como un hombre adinerado sus preciados tesoros al caminante pasajero, y llegamos a Tralee, la última estación hacia el oeste de la línea, puerta a las salvajes tierras altas de la península de Dingle. He escuchado a ancianos de Blasket hablar de una visita a Tralee del mismo modo que un habitante de las Tierras Altas escocesas hablaría de Glasgow o un campesino de Warwickshire de Londres. Dingle es su pueblo de referencia pero Tralee queda en el horizonte, un lugar de maravillas difíciles de ver - el Juzgado con sus decrepitos cañones de pasadas guerras, los Molinos de Donovan, y el gran mercado donde aún se puede escuchar a los cantantes de ballet trinando sus interminables canciones junto a los ásperos coros de ganado.

Hasta esta pequeña estación de la línea de Dingle, los campesinos llegan al final de un día de mercado con sus variadas adquisiciones; te olvidas de Londres y de Dublín, de todas las ciudades de la tierra, y rodeado por rostros y voces gaélicos estás a las puertas de un mundo más antiguo y más simple. Y cuando se ha llevado a salvo hasta el vagón a la última anciana con su último fardo, el tren sale suavemente de la estación y se desliza sin prisa entre las montañas y el mar hasta el cruce para Castle Gregory. Allí vierte parte de sus pasajeros y encara las colinas. Lentamente, atravesando valles abiertos, puentes que cruzan los arroyos que fluyen desde las montañas, a lo largo de las empinadas laderas de las colinas de brezo, comienza a ascender el paso, dejando tras de sí por fin la amplia extensión de la Bahía de Tralee y las cumbres sombrías tras de ella. Atraviesas Gleann na nGealt⁽²⁾, donde Suibhne Geilt⁽³⁾ y todos los locos de Irlanda llegaron sobre las ligeras alas de su quebrado sano juicio, y Gleann an Scáil⁽⁴⁾, donde Cúchulainn y el gigante se arrojaron grandes rocas que, al chocar entre ellas, se partieron en mil pedazos, cayendo al valle. Aparece enfrente la Bahía de Dingle, así como el lugar donde Aogán Ó Rathaille⁽⁵⁾ escuchó sin poder dormir el sonido de la ola de Duibhneacha.

⁽²⁾ Valle de los Locos.

⁽³⁾ Personaje legendario que se volvió loco en la batalla de Mag Rath (batalla de Moira, actualmente Co. Down) entre el Alto Rey de Irlanda Domnall II y su hijo adoptivo el Rey Congal del Ulster en el año 637.

⁽⁴⁾ Valle del Fantasma.

⁽⁵⁾ Poeta irlandés (1670-1728) de quien se dice que creó el primer 'aisling', poema onírico irlandés típico de los siglos XVII y XVIII.

Aún se le recuerda en este lugar. Existe una historia sobre él en Blasket que no he escuchado en ninguna otra parte. Dice el cuento que se le hizo de noche estando con un amigo en un solitario paraje en las montañas y, viendo una casa, dijo que pasarían allí la noche.

'No podemos quedarnos ahí,' dijo el amigo.

'¿Y por qué no?' dijo Aogán.

'Porque,' dijo el otro, 'el hombre de la casa es un avaro, y nunca jamás ha permitido pasar la noche a hombre alguno allí.'

'Entraremos,' dijo Aogán, 'de todas formas.'

Entraron y no dijo ni 'Tomad asiento' ni 'Salid de aquí'.

Aogán se sentó junto al fuego y su amigo junto a él.

'Bueno, ¿pues no me dijo el cuervo algo muy extraño?' dijo Aogán.

'En efecto, el cuervo no ha pronunciado nunca nada aún,' dijo el hombre de la casa.

'¡Oh, pues lo dijo!' replicó Aogán. '¿Pues no me dijo: Aogán, Aogán, Aogán Ó Rathaille?'

'¿Eres tú, Aogán Ó Rathaille?', dijo el hombre, saliendo de un salto de su esquina. '¡Cien mil bienvenidas, y quédate en casa hasta que amanezca!' ⁽⁶⁾

Por fin el tren, mermado ya su número de pasajeros, entra arrastrándose en la estación de Dingle y, tomando un coche, pasas impresionado por la sucia calle que bordea el muelle, atraviesas el puente y vuelves a campo abierto. Hay unos 16 kilómetros hasta Dunquin, tanto si vas por Sleah Head como si atraviesas las montañas entre Sliabh an Iolair y Cruach Mhárthain y, según avanzas, la tierra es cada más baldía. Hay una pequeña arboleda alrededor de la que fuera casa de Lord Ventry en Baile an Ghóilín. Míralos bien, pues no verás más árboles, excepto algún solitario fresno o espino, hasta que vuelvas a pasar por aquí. Todo lo demás es tierra desnuda y cieno, salpicado aquí y allí por la nivea hierba-algodonera, o con algún matiz de brillo merced al color dorado del zuzón. En la colina, se extienden tojos raquíuticos en masas amarillentas entre el púrpura del brezo. Y junto al camino, cada cierto espacio, las fucsias dejan caer sus cerosos colgantes, una imagen curiosamente artificial en este paisaje salvaje, como la incongruente finura con que se engalana una campesina para un día de feria. Sobre las ciénagas vuelan y chillan las gaviotas y alguna garza flota con indolencia, o permanece apostada sobre una pata en un arroyo poco profundo.

Al otro lado de la bahía, las colinas de Íbh Ráthach dibujan una irregular línea en el cielo, y al otro lado el campo se eleva hasta que la mole del Monte Brandon no tiene nada más tras de sí que grandes nubes y aire azul. El coche repiquetea cruzando Ventry, un desorden de casas que se recuestan sobre la larga playa donde ahora se celebran carreras de caballos pero en la que, según las viejas leyendas y tradiciones, Fionn y los fenianos aún disputan sus desiguales batallas contra Dáire Donn y los guardianes del mundo⁽⁷⁾.

⁽⁶⁾ Esta historia hace referencia al temor que los poetas despertaban entre la gente, pues en caso de ofensa, podían componer poemas burlescos sobre ellos que todo el mundo escucharía.

⁽⁷⁾ La Batalla de Ventry enfrentó a Fionn mac Cumhaill y sus guerreros mitológicos contra las huestes de Dáire Donn, rey del mundo.

Al salir de Ventry comienza el ascenso, y la carretera se eleva entre la planicie de Sliabh an Iolair y la cresta de Cruach Mhárthain, con un cromlech en su cima, a *leaba Dhiarmada agus Gráinne*⁽⁸⁾, donde los fugitivos amantes nunca descansaron, pero Diarmaid, dice la leyenda, vigiló a Fionn por encima del puerto de Dingle. Junto a la carretera discurre una profunda y ancha zanja en la que, según dicen, cayó un borracho con su carro y allí permanecieron, muertos, hombre y asno, durante una semana hasta que los encontraron. Con este cuento en la cabeza crucé este paso al caer de cierta noche con un conductor borracho y una muchacha que musitaba plegarias, y pensé que el pobre borracho se agitaba con inquietud en sueños esperando compañía para su soledad.

Desde lo alto del paso vuelves la mirada y contemplas un mundo de ciénagas, montañas y mar que se estiran a lo largo tras de ti. De este paso los habitantes de la Isla cuentan una historia, muy común en toda Irlanda, de la mujer que jamás había salido de su casa y, en la primera ocasión, al llegar a la cima del paso y oteando el paisaje que se extendía frente a ella, exclamó: '¡Qué lugar tan amplio y agotador es Irlanda!' y, asustada por la inmensidad del mundo que se abría ante ella, dio media vuelta para volver a su acogedora y conocida Isla para no salir nunca más.

Un poco más adelante en la carretera, se abre el otro paisaje - el mar, las islas y el lejano horizonte del Atlántico. Debajo, en Dunquin, casas encaladas por aquí y por allá y una estructura de campos sobre la ladera de la colina. A continuación, el acantilado se abre al mar, y a cinco kilómetros se yerguen las islas. Son los picos de las colinas desgajadas de sus hermanas en tierra firme, y vistas así desde arriba parecen monstruos marinos de un mundo pretérito que lánguidamente alzan sus espaldas desgastadas por el paso del tiempo sobre las incansables y temporales olas. Beiginis es la más cercana, una pequeña isla plana con buen pasto, con otra isla más menuda, Oileán na nÓg⁽⁹⁾, que yace a su lado. Detrás, la Gran Blasket, An t-Oileán Mór, se levanta con una alta colina central, que impide ver dos islas más pequeñas, Inis na Bró e Inisicléáin. A la derecha se encuentra la isla septentrional, Inis Tuaisceart, que acaba en unos curiosos riscos con forma de sierra que los habitantes de la Isla relacionan visualmente con la cresta de un gallo. Adentrándose en el mar se alza la pirámide dominada por las gaviotas de Tiaracht, la última luz que los emigrantes irlandeses ven al partir en su gran viaje a América. Pues se trata de la última costa del viejo mundo, las islas son el punto más occidental de todas las tierras habitadas de Europa, y hasta la época de Cristóbal Colón no había nada más allá sino el vasto mar. '¿No fue grandioso el pensamiento de Colón,' me dijo cierta vez un hombre mientras estábamos tumbados mirando hacia el Atlántico, 'de descubrir América? Puesto que si no existiese América, la Isla no resistiría ni una semana.' Y es cierto, pues esa creciente aridez alcanza aquí su punto culmen, y tan solo quizás se pueda encontrar un terreno más mísero en esas partes de Irlanda donde se debe fabricar la tierra sobre la roca antes de que la escasa cosecha pueda ser recogida. Y solo la cosecha del mar y las ayudas de los exiliados americanos sustentan la vida en la Isla.

⁽⁸⁾ La cama de Diarmaid y Gráinne.

⁽⁹⁾ La Isla de la Juventud

Según descienes el acantilado de Dunquin para coger la barca, puedes ver los escarpados bordes de roca que se asoman al mar como defendiéndose eternamente contra los ataques furiosos de las olas. Un sendero irregular que desciende por el empinado acantilado te conduce al muelle y allí, balanceándose suavemente sobre el agua, te espera la barca. Estas barcas, denominadas currags en el oeste, aquí se llaman *naomhóg*. Siguen el típico diseño del almacén de listones de madera y lona cubierta de brea y no existe embarcación alguna en el mundo que surque con más suavidad las aguas o que responda con mayor facilidad a la menor indicación del remo. No hay mayor placer sobre la faz de la tierra que estirarse en la popa de un *naomhóg*, casi abrazado al agua, mientras los fuertes remeros desplazan la barca sobre las olas. La barca zarpa del pequeño muelle y marca el rumbo a lo largo de la costa bajo los acantilados. Desde aquí, al nivel del mar, la Isla, que parecía estar tan cerca vista desde lo alto del acantilado, se retira en la distancia, detrás del baile de olas. 'Despídete de Irlanda,' grita uno de los remeros, y yo me giro y me despido, no solo de Irlanda, sino de Inglaterra y Europa y de todo el enredado mundo actual.

LA TRAVESÍA

La barca corre rápidamente sobre las olas al veloz ritmo de los seis cortos remos, casi sin pala; o si el viento es favorable, impulsada por la pequeña vela parcheada. Ves pasar la costa y el desafiante promontorio de Dún Mór, antaño morada de una diosa mitológica, con una roca en su extremo, An Seanduine, el Hombre Anciano, un punto de referencia habitual en el mar para los habitantes de la Isla. Después, la proa se levanta dirigiéndose hacia la Isla; al poco la barca pasa junto a Beiginis, y la alta parte frontal de la Isla comienza a elevarse frente a ti. A la derecha se extiende una larga costa de arena, An Tráigh Bhán, la Playa Blanca, y enfrente un arrecife plano de roca, en forma de yunque, encierra el pequeño desembarcadero. La barca entra, gira sobre su eje y va flotando fácilmente hasta la rampa, bajo un gran acantilado flanqueado por niños que corren con gran peligro por su borde de vértigo. La travesía ha finalizado y ha sido sencilla. Pero hay días, en ocasiones incluso semanas, en las que la Isla queda aislada del mundo exterior debido a la ira del mar. Hay un viejo cuento acerca de esos aislamientos en invierno en tiempos antiguos que bien puede contarse en este momento. Así es como se la escuché al narrador:

<<En aquellos días, el sacerdote que se encontraba más cerca de la Isla era el de la Parroquia de Múrach. Una familia de la Isla dio a luz un niño y día tras día esperaban poder zarpar, pero debido a la tempestad en lo más crudo del invierno quizás no estaban muy decididos a marchar, de todos modos. Así que el niño estuvo sin ser bautizado durante un año y un día. Por fin se dispusieron: había una barca que salía hacia Dingle; subieron, padre, madre y niño, y el niño ya empezaba a caminar. Cuando llegaron a la casa del sacerdote, se encontraron con que había salido, por lo que la mujer de la casa le pidió a la esposa que se sentara y el niño comenzó a chillar. La mujer de la casa dijo que algo le debía estar doliendo.

'No,' dijo la esposa. 'Siempre está así cuando no tiene un huevo en las manos.'

'Vaya ' dice la mujer de la casa, 'debes ser un poco infantil si de verdad crees que ese tierno bebé puede sostener un huevo en la mano.'

'Pues sí y juro por mi manto,' dice la madre, 'que puede, y también comérselo.'

'¿Me estás diciendo,' dice la mujer, 'que un niño que aún no ha sido bautizado puede comerse un huevo?'

'Así es,' dice la mujer.

'¿Está crecidito?' dice la otra.

'Bueno, tendrá aproximadamente un mes,' dice.

'¿Es capaz un niño que no llega a un mes de sostener un huevo en la mano y también de comérselo? dice la mujer.

'Lo haría,' dice la madre, 'si hubiese algo dentro.'

'¿De dónde venís?'

'De la Isla, amiga mía.'

'No es de extrañar que la gente de allí sea salvaje,' dice la mujer, 'pues ya son salvajes cuando están en el vientre de la madre. ¿Tienes suficiente leche en el pecho para él?'

'Ni una gota,' dice la madre, 'ni tampoco la necesito.'

'¿Y qué le das para comer y beber entonces?'

'Un huevo fresco, algo de pescado fresco, un trozo de conejo fresco, y de cada bocado que tomo, él se lleva su parte.'

'¡Alabado sea el Señor!' dice la mujer de la casa.

No pasó mucho tiempo antes de que llegase el sacerdote y la mujer le dijo que tenía que bautizar a un niño.

'¿De dónde es?' dice el sacerdote.

'De la Isla Occidental,' dice ella.

'¿Y cómo ha venido hasta aquí?' dice él.

'Llegaron por la bahía,' dice ella.

'Es sorprendente que no perdieran al niño ni se perdieran ellos tanto tiempo en el mar,' dice él.

'Por mucho tiempo que hayan estado en el mar,' dice ella, 'a él no le importa, pues todos los niños de allí ya comienzan a andar cuando han cumplido un mes.'

'¿Qué dices?' dice él.

'Eso es lo que digo,' dice ella, 'y este anda y no llega ni al mes.'

'Dile a la madre que pase.'

La madre entró.

'¿De dónde eres?'

'De la Isla, padre.'

'¿Tienes ahí un niño que bautizar?'

'Sí, padre.'

'¿Qué edad tiene?'

'Apenas un mes.'

'¿No me dijo la mujer que ya anda?'

'Está empezando, padre.'

'¿Y no tiene un mes?'

'Así es, cierto, padre,' dice ella.

'¿Tienes más hijos?'

'Sí, padre, otros seis.'

'¿Y alguno de ellos comenzó a andar tan pronto como este?'

'Sí, padre, todos ellos. Este es el más torpe de todos.'

El sacerdote se quedó atónito al escuchar esto y permaneció quieto de pie, pensando un momento.

'¿Todos los niños de la Isla comienzan a caminar tan pronto?' dice él.

'Sí, e incluso antes, algunos.'

Volvió a permanecer inmóvil.

'¿Es un huevo eso que lleva en la mano?' dice él.

'Sí,' dice ella, 'le dije a la mujer que lo hirviera hace ya un rato, pues la pobre criatura tiene hambre.'

'¿Me estás diciendo que se lo comería si estuviese hervido?'

'Lo haría, por mi manto,' dice ella, 'pues ya se habría zampado tres desde esta mañana si hubiésemos estado en casa.'

'Bueno,' dice el sacerdote, 'jamás había oído algo parecido. No veo por qué no bautizarlo,' dice él, 'quizás tengas hambre al igual que el bebé.'

Le pidió a la mujer que le quitara el huevo un momento, ella así lo hizo y se le podía oír chillar por todo Dingle. Tuvieron que devolvérselo y lo mantuvo agarrado fuertemente mientras se celebraba el bautismo. Tras ser bautizado, el sacerdote dijo: 'Si vive,' dice, 'será como los Fenianos de Irlanda. Que la ama de llaves te entregue comida suficiente para ti y para el bebé.'

'A su salud, padre,' dice ella.

El bebé sigue vivo, tenía unos huesos lo bastante fuertes pero, créeme, se quedaba lejos de la fuerza de los Fenianos. Te doy mi palabra: la mujer de la Isla no era tonta; pensaron que podían reírse de ella, pero fue ella quien se rió de todos ellos.>>

Bien puedes creer, al ver a los niños corriendo por el acantilado sobre el muelle, que todos anduvieron antes de cumplir el mes. Comienzan a gritar cuando la barca se desliza rampa arriba, y permanecen mirando fijamente con impaciencia mientras los hombres descienden y luego, sacando la barca del agua y colocándose bajo ella, comienzan a subir la rampa como un escarabajo negro de seis patas. La colocan en un caballete y a continuación todos ascendemos hasta lo alto del acantilado. Hemos llegado a la Isla.

Hemos venido en el bote-correo. El hombre grande, pesado, con la cara ancha y bondadosa y un relajado aire autoritario como si de un capitán de una goleta costera se tratase que abre la marcha por el sendero, porta una bolsa colgando del hombro. Es el Rey de la Isla, Pádraig Ó Catháin, el negociador y principal autoridad del pueblo, que desempeña su cargo por simple y pura reputación. Se detiene en el ancho claro en lo alto del acantilado, deja caer la bolsa y la abre, y los niños se arremolinan excitados en torno a él mientras se coloca un par de gafas sobre la nariz y, sacando las cartas una a una, lee en voz alta las direcciones. Según se lee cada dirección, un niño levanta una mano impaciente y sale corriendo con la carta hacia su destino. Cuando no quedan más cartas, y ya se ha dispersado el gentío, seguimos subiendo pueblo arriba.

Así llegan las noticias del mundo exterior a la Isla. Desde tierra firme, desde la parroquia de al lado, que es América, y desde Inglaterra, que se encuentra tan alejada en espíritu. Recuerdo, un funesto año, permanecer observando la diminuta vela del bote-correo revoloteando el Sound⁽¹⁰⁾ y acudir junto a los niños a esperar su llegada. El rey ascendió lentamente la cuesta con su bolsa, la dejó sobre el suelo y, girándose hacia mí, dijo con aire serio: 'Hoy tenemos noticias. Han asesinado a un Archiduque en el este.'⁽¹¹⁾ En aquel momento, en aquel remoto aislamiento del mar, no significó mucho para nosotros; pero al cabo de un mes me encontraba de vuelta en Londres y la estructura de vida se nos desgarró como una tela de araña al viento - y, aunque la revelación llegase más tarde- también en la Isla. Al cabo de pocos años, su bahía estaba atestada de barcos antisubmarinos y las mareas traían restos de naufragios y cuerpos inertes a las playas de la Isla. Pero esto sería parte del futuro cuando conocí la Isla y no son los recuerdos que mejor quiero conservar.

Según vamos subiendo por el sendero que discurre bajo la escarpada cara de la colina, el pueblo se abre bajo nosotros: un montón irregular de casas agazapadas para escapar del viento allí donde se encuentre un terraplén que de cobijo. Muestran al cielo techumbres de breña negra sobre las que se secan las figuras aplastadas de los peces. En lo alto del pueblo se encuentra el pozo donde esperan mujeres y niños con cubos y latas mientras la tierra distribuye su apreciada agua. Al lado, un asno con la cabeza gacha, esperando pacientemente bajo la

⁽¹⁰⁾ Blasket Sound, el estrecho que separa la Isla de tierra firme.

⁽¹¹⁾ El asesinato en Sarajevo del Archiduque Francisco Fernando de Austria que originó la I Guerra Mundial.

carga de sus alforjas rebosantes de turba; y una cháchara incesante mientras los que llevan el agua riñen en tono de broma por la prioridad en la espera o pasan de boca en boca los constantes cotilleos propios de los solitarios lugares rurales. Nos saludan a gritos mientras pasamos junto a ellos y les devolvemos los saludos, reconociendo antiguos amigos y renovando una antigua relación. Después entramos en la cocina del Rey, deja su bolsa y con palabras formales y elocuentes nos da de nuevo la bienvenida a la Isla. Estamos felices de estar aquí otra vez y, mientras amigo tras amigo se acerca a saludarnos, es como si tras una larga ausencia estuviésemos de nuevo en casa una vez más.

En Dingle nos hicimos con una lata grande de diferentes dulces y en cuanto la noticia se extiende por las casas, la chavalería se moviliza de manera inmediata. La cocina se llena en un abrir y cerrar de ojos de muchachos despeinados, y el conjunto se balancea de un modo extraño, curiosa mezcla de empujones hacia delante y retiradas, de descaro y de modestia, de buenos modales y de ansia. La hija del Rey pone en orden a estas fuerzas irregulares y, uno a uno, se acercan arrastrando los pies y se retiran, todos felices con su puñado de dulces. La cocina se va vaciando según marchan a la carrera a la colina para regocijarse con su premio. Pero súbitamente tienes la sensación de una nueva presencia en la habitación. Miras y ves, apoyado contra el muro casi con aire de un ser materializado por arte de magia de la nada, una silueta pequeña pero segura de sí misma. El rostro llama tu atención de inmediato y consigue mantenerla. Es un rostro oscuro, enjuto, en el que se observan dos ojos vívidos y rápidos, intensos testigos de una excelente y autosuficiente inteligencia. Se aproxima a ti y, con entonación seria y cortés y una frase escogida y fluida, te da la bienvenida. Realmente has llegado a casa, puesto que es Tomás Ó Crithin⁽¹²⁾, el narrador y poeta de la Isla.

⁽¹²⁾ Mantengo la grafía del original en inglés, pese a no ser la más habitual. Tomás Ó Crithin, Thomas O'Crohan o Tomás Ó Criomhthain fue el primer habitante de la Isla que reflejó por escrito sus vivencias. Animado por Brian Ó Ceallaigh, publicó dos obras, "An t-Oileánach" (The Islandman) y "Allagar na hInise" (Island Cross-Talk), que supusieron el inicio de la prolífica literatura de un territorio tan poco poblado.

TOMÁS

El día después de mi llegada a la Isla, Tomás lleva pescando toda la mañana cerca de Beiginis, y entra en la cocina a primera hora de la tarde llevando un gran besugo.

'Vaya pez más hermoso que llevas,' dije.

'Es para ti, pues pensé que el primer día de tu regreso a la Isla deberías disfrutar de un buen pez para la cena.'

Cojo el pez y lo dejo sobre la mesa, y comienzo a darle las gracias en mi irlandés titubeante.

'No me des las gracias hasta que hayas escuchado toda mi historia,' dice él.

'Bien,' le digo, 'no hay historia que pueda cambiar mi agradecimiento.'

'Escucha entonces. Cuando regresé de pescar esta mañana tenía dos besugos, uno más grande y uno más pequeño. Ese no es el más grande de los dos.'

'¿Y cómo así?' digo yo, percibiendo en el aire algún tipo de chanza.

'Bueno, así sucedió. Entré en mi casa y dejé ambos peces en la mesa, y me dije: "Vale, ¿cuál de estos dos peces le daré al caballero de Londres?" Y entonces me vino a la cabeza el viejo dicho, "Cuando al principio el Señor Dios creó el Cielo y la tierra, se quedó con el mejor de los dos." ¿Y dónde podría encontrar un ejemplo mejor?'

Riendo juntos a causa de esta comedia tan astutamente compuesta, entramos en la habitación que hace ángulo recto con la cocina y que da cobijo a los huéspedes del Rey. Nos sentamos a la mesa frente a la ventana, a través de la cual la vista recorre el estrecho hasta llegar a la desnuda línea costera de Irlanda, y comienzan los quehaceres de la tarde.

Tenemos que debatir de qué forma daré mis lecciones. Quiero practicar yo solo, escribiendo lo que sale de sus labios. ¿Qué debería darme, palabras sueltas y frases, o cuentos y poemas? El veredicto cae del lado de los cuentos y, puesto que la Isla llegó a tener su propio poeta, Seán Ó Duínnlé, del lado de sus poemas enmarcados en las circunstancias que los causaron. Pues Tomás ha visto y recordado muchas cosas a lo largo de su vida y alcanzó la edad adulta, me dice, en un mundo más alegre.

'Cuando era un joven que crecía,' dice, 'el mundo era distinto al actual. No se bebía en silencio, entrando a la taberna y saliendo de ella sin haber dicho una palabra, sino que ibas caminando y la puerta de la taberna solía estar abierta y entrabas. Podía haber hasta veinte hombres allí bebiendo, y todo aquel que entrara no solía marcharse sin cantar una canción o contar un cuento. Y volvías a la calle y pasaba lo mismo, cuentos y canciones, nadie en silencio. No se escuchaba palabra alguna en inglés en Dingle en aquella época, solo irlandés se hablaba en las calles y en las casas. El campo daba cabida a multitud de canciones e historias, y no era de sorprender que desde que te levantabas por la mañana hasta que te acostabas por la noche te

encontrases con un poeta, hombre o mujer, creando canciones sobre todo lo que ocurría. Ahora ya no es como antes, es como cuando baja la marea y solo quedan pozos aquí y allí entre las rocas. Y es buena idea dejar por escrito las canciones e historias antes de que se pierdan para siempre.'

Y así, él sentado a un lado de la mesa, moviendo una sabrosa espiga de dillisk⁽¹³⁾ en su boca para dar un sabor salado a sus palabras, y yo escribiendo diligentemente al otro lado, creció el retrato del pasado de Irlanda día tras día bajo nuestras manos. A veces lo paraba cuando una palabra desconocida o algún giro extraño me hacían daño al oído, y amablemente me lo solía explicar, ofreciéndome paralelismos en la lengua local o ilustrándolo con un pequeño cuento, que no tenía que ver con lo que me estaba contando anteriormente. De esta forma, en cierta ocasión la frase "el traicionero caballo que llevó la destrucción a Troya" se convirtió en una canción.

'¿Y qué caballo era ese?' dije.

'Era el caballo de madera,' respondió, 'que se fabricó para entregar al Rey que gobernaba Troya. Se lo llevaron y lo metieron hasta el centro de la ciudad. Y era hermoso. En aquella ciudad estaba Helena, la que llevó la muerte al mundo; ningún hombre que fuese presentado ante ella volvía a salvo a su hogar sin rendirse a causa de Helena a la ciudad de Troya. Se decía que el mundo entero habría caído rendido a causa de Helena si no llega a ser por la ocurrencia que tuvo ese hombre en darle el caballo de madera al Rey. Había una abertura que nadie conocía, dos hombres dentro, y repleto de pólvora y munición. Cuando el caballo se encontraba en medio de la ciudad y todos se habían cansado de admirarlo, la pareja abrió el caballo en plena noche y salieron de él. Se llevaron algo de pólvora y munición. La esparcieron por acá y por allá por toda la ciudad dormida; prendieron fuego y no dejaron ni un alma en Troya que no ardiera esa noche.'

Otra palabra del cuento despertó mi curiosidad, *bolg an tsoláthair*, la bolsa que suministra.

'He oído hablar de esa bolsa,' dije, 'pero nunca llegué a comprender del todo qué era.'

'Existe un cuento al respecto,' dijo Tomás. 'Deja el lápiz y te la contaré.'

'Hace bastantes años salió de la capital de Irlanda un grupo de personas. Habían acordado recopilar nuevos poemas y canciones por todo el país. Eran miembros de una sociedad que habían juntado dinero y su propósito era recorrer el país y ofrecer una recompensa a cualquiera que acudiese a ellos con tres estrofas de alguna canción compuesta por él mismo. Llegaron al condado de Kerry y se establecieron en una casa parecida a un colegio en el centro de la ciudad, con una gran mesa redonda de una sola pata, y una pila de papeles y libros en medio, rodeada de escribanos y llena de dinero esparcido sobre ella, de todo tipo, en cajas de madera.'

⁽¹³⁾ Dillisk, un alga

Y ese dinero sería para cualquiera que quisiera echar mano de él, a razón de media corona hasta una corona por cada tres estrofas, dependiendo de su naturaleza y valor.

'Había unos veinte arrendatarios en esta ciudad de Kerry en la que se detuvieron, y cada uno tenía pasto para veinte vacas, cada uno de ellos, y la ciudad estaba bastante cerca del Gran Lago de Killarney. Cuando se fijó el asunto de comité y todo estaba en orden, pusieron a pensar a la gente. Al principio fueron los hijos de los pobres que vivían fuera de la ciudad los que lograban el dinero. Después, los hijos de los granjeros importantes de la ciudad vieron de qué iba el asunto, que podrían sacar más uniendo estrofas de canciones y poemas que trabajando la tierra como estaban haciendo; y con esta idea, estos hijos de los granjeros importantes dejaron de trabajar la tierra y comenzaron a componer canciones y poemas. No pasó mucho tiempo antes de que sus tierras se volvieran yermas al no ocuparse de ellas en modo alguno. Les daba igual, pues el que menos obtuvo tendría media corona, otro conseguiría diez chelines, mientras que cualquiera que fuese un poco inteligente se llevaría una libra cada tarde.

'Había un caballero que vivía a cierta distancia de esta ciudad y, cuando vio la pasión de la gente de la ciudad hacia el comité, se percató de inmediato de que la ciudad se arruinaría a ese ritmo, y que el terrateniente no les permitiría una demora cuando no fuesen capaces de pagar la renta, pues los terratenientes eran muy duros con la gente en aquellos tiempos. Las suposiciones del caballero eran acertadas, puesto que ni el comité ni la ciudad duraron mucho a causa del ímpetu con el que comenzaron. Los ancianos del lugar decían que, fuesen cuales fuesen las molestias que el comité llevó a la ciudad, nadie creyó que el comité sacase nada en limpio debido a quiénes lo habían formado.

'No mucho después llegaron los problemas a la ciudad, y no podían pagar la renta, y el terrateniente estaba especialmente encolerizado pues veía que la estupidez y desidia para trabajar la tierra era la causa de no ser capaces de pagar. La primera visita que los hizo fue para expulsarlos de inmediato y no dejó las tierras a ninguno de los veinte arrendatarios. Al poco del desahucio, el caballero acudió a donde el terrateniente con una bolsa de oro para pagar la renta y pronto se convirtió en un hombre rico. Los otros se dispersaron por el campo con sus hijos y no despertaban lástima, puesto que ellos solos fueron los causantes de su ruina.'

No necesito decir que esta premonición de la Liga Gaélica⁽¹⁴⁾ es totalmente apócrifa y que los comités que alguna vez han beneficiado o perjudicado a Irlanda, ninguno jamás se llamaba Comité de Poesía. Y no puedo evitar pensar que Tomás fue algo duro con los desgraciados granjeros, que al menos proporcionan un instante único en la historia o en la leyenda de una ciudad arruinada por la poesía. Las ciudades se han arruinado por cosas mucho peores.

⁽¹⁴⁾ La Liga Gaélica fue una sociedad creada en 1893 para "mantener la lengua irlandesa"

Recuerdo que, mientras escuchaba el cuento, alguna vaga asociación me trajo a la mente la historia de una ciudad griega regenerada por la poesía, de la que Laurence Sterne se apropió, por medio de Burton de la *Anatomía* de Luciano. Escuchémosla, que la poesía pueda ser defendida.

"La ciudad de Abdera, a pesar de que Demócrito viviese allí, poniendo a prueba todo el poder de la ironía y la risa para recuperarla, era la ciudad más vil y derrochadora de Tracia. Venenos, conspiraciones y asesinatos - difamaciones, sátiras y tumultos, no se podía estar de día, y era peor de noche.

"Cuando las cosas no podían ir peor, sucedió que representándose en Abdera la *Andrómeda* de Eurípides, toda la orquesta estaba encantada: pero de todos los pasajes que los deleitaban nada despertaba más su imaginación que los delicados hachazos de la naturaleza que el poeta había elaborado en aquel patético discurso de Perseo,

Oh Cupido, príncipe de Dios y hombres, etc.

"Todos los hombres hablaban al día siguiente en verso yámbico y solo hablaban de Perseo y su patético discurso - "Oh Cupido, príncipe de Dios y hombres" - en cada calle de Abdera, en cada casa - "Oh Cupido, Cupido" - en todas las bocas, como notas naturales de alguna dulce melodía que brota de ellas se quiera o no. Nada más que "Cupido, Cupido, príncipe de Dios hombres". Prendió la llama y la ciudad entera, como el corazón de un único hombre, se abrió al Amor.

"Ningún boticario pudo vender ni un grano de eléboro - ningún armero tenía ánimos para forjar un instrumento de muerte. La Amistad y la Virtud se unieron y se besaron en las calles. Volvía la edad de oro y se inclinaba sobre la ciudad de Abdera. Todos los hombres cogieron sus pipas de avena y todas las mujeres dejaron de lado sus telas púrpuras y castamente se sentaron para escuchar la canción."

Abdera y Killarney están a años luz y a una la poesía le trajo amor, a la otra la ruina; pero el último suceso es el mismo para ambas, pues difícilmente escuches una canción en Abdera o Killarney, y quizás en ninguna la poesía tenga un gran favor, sea de amor o de dinero.

UN PARLAMENTO JUNTO A LA COLINA

Cierto día de septiembre de luz tenue y calor trémulo me encontraba junto al estrafalario muro al lado de la casa del Rey, mirando hacia la milla de agua que separa Beiginis de la Isla. Más allá de Beiginis, el agua se deslizaba como si fuese aceite, elevando su inmaculada superficie de vez en cuando formando una onda cuando el oleaje de alguna tormenta en algún punto del distante Atlántico llegaba hasta el Sound.

En Beiginis él agua rompía aquí y allí contra pequeños islotes, y contra rocas que emergían y se sumergían según el tranquilo mar se revolvía en agitada espuma. La tierra firme al otro lado del Sound temblaba como si estuviese más lejos de lo normal a causa de la niebla veraniega, con su típica figura de colinas perdidas en un cielo incierto. En los cinco kilómetros de mar todo era calma, nada se movía, ni el más leve viento arrugaba la superficie; no se veía ningún bote amarrado ni en el Sound, pues el banco de caballas que se esperaba aún no había llegado y las langostas, dijo un pescador que se encontraba junto a mí, 'sufrían del mal del verano' y yacían lánguidamente en sus cavidades entre las rocas. Únicamente había tres o cuatro alcatraces que volaban cansadamente, manteniendo el equilibrio en lo alto con imperceptibles movimientos de sus alas, escudriñando el mar con cuellos extendidos y miradas implacables. De vez en cuando alguno de los pájaros vislumbraba o imaginaba algo en el agua y, dando un giro en el aire, caía en picado sigilosamente y desaparecía bajo la superficie. Podíamos ver el borbotón de agua y escuchar su salpicadura al contacto con ese cuerpo pesado; y después, tras un espacio de tiempo increíble, de nuevo subía sin nada en el pico, flotaba un momento en el agua, se esforzaba para elevarse, volaba en círculos algunos minutos y luego, subiendo de altura, se reunía con sus compañeros en su búsqueda perpetua e infructuosa. Los habitantes de la Isla llaman a estas zambullidas del alcatraz *buala*, 'golpe', y es la prueba de que hay peces. Si el banco de peces ya hubiese llegado, el aire estaría repleto de esos grandes pájaros, flotando y cayendo, flotando y cayendo a lo largo de todo el día. Pero ahora estaba claro que había pocos peces en el mar. '*Níl an t-iasg ann, mar dá mbeadh sé ann, bheadh an buachail sin ag buala go tiubh,*' dijo mi compañero. 'No hay peces ahí, pues si los hubiera ese muchachote estaría cayendo en picado con fuerza y rapidez.'

Finalmente perdí la paciencia, vencido por la languidez del día, bajé de un salto del muro y me encaminé a la colina. Aquí, en el irregular camino que asciende por la izquierda de la colina, parecía haber muestras de actividad. Una fila de asnos se extendía por toda la subida, cada uno seguido de un hombre o niño, toda la procesión avanzando con una lentitud deliberada y penosa. A veces, con un gesto casi ritual, un hombre posaba la mano sobre los cuartos traseros del animal, no por alguna utópica idea de acelerar su velocidad, pues los asnos de la Isla solo tienen una marcha, sino como una formalidad amistosa que era bien comprendida por ambas partes. Poco a poco, el ribete de hombres y bestias se desvanecía detrás de la colina. 'Iré a ayudarles a cargar la turba,' dije yo. 'Serás de poca ayuda,' dijo el pesimista que estaba junto a mí, 'pero vete. Hace un día de mucho bochorno y habrá animadas charlas por allá.' Sin más palabras, giré y seguí con indolencia camino arriba.

Este camino fue construido por los propios habitantes de la Isla, bajo la dirección de un capataz del Comité de Zonas Congestionadas, en 1910. Tengo buenas razones para recordar la fecha, pues fue mi primer año en la Isla y yo también trabajé, empuñando un inexperto pico entre la mofa general, y tomándome largos períodos de descanso para cuidar de mis doloridos brazos.

El camino avanza colina arriba por encima de las casas y tras girar la loma sigue recto durante una milla aproximadamente, suspendido entre la inclinada ladera de la colina y los acantilados. Según avanzas, la inmensa vista de la bahía de Dingle se abre ante ti, y las largas líneas de las colinas se van echando encima del vasto campo de agua en movimiento. Ese día de septiembre, según íbamos hacia el oeste por el camino, las brumas matinales iban dispersándose, y salió el sol con un brillo casi inaguantable, dotando de colorido y percepción a la gris y temblorosa monotonía del amanecer. Las siluetas de las colinas se afilaban contra el cielo azul, y la enorme masa de agua nadaba y relucía y variaba entre mil tonalidades, a medida que las blancas nubes se movían y el suave aire local mecía pequeñas olas y desaparecía. Debajo de nosotros, la marea chocaba contra las rocas con un murmullo incesante, pero desde la totalidad de la bahía llegaba un sonido indescriptible, como una respiración relajada y prolongada, un lejano suspiro gigantesco y mudo, la voz del silencio escuchada en el hueco sensitivo de la mente más allá del oído.

Un día parecido de ese año, pero antes, me senté junto a un almiar de turba junto a la colina mientras Tomás colocaba los trozos de turba con manos cuidadosas y experimentadas. Solía detenerse de vez en cuando y se agachaba hacia mí, rellenando y encendiendo su pipa. Hablamos de la belleza del día y del paisaje, y súbitamente soltó: 'Si tuvieras que recorrer Irlanda se te haría difícil encontrar otro lugar tan bello como este. Puedes ver las rocas de Skellig y la isla de Valencia, las colinas de Ibh Ráthach, y la Bahía de Dingle, y Sleah Head que se levanta en el punto más occidental de Irlanda. Y detrás en la distancia está el monte Brandon y girando está Cruach Mhárthain, que también se llama la Cama de Diarmaid y Gráinne, pero ese fue el punto desde el que vigiló a Fionn, puesto que había un hombre de los Fiana que controlaba cada bahía y pueblo con puerto en Irlanda. Y al otro lado está Ventry, donde los Fiana lucharon todo un año y un día con Dáire Donn, Rey del mundo, y todas las huestes del mundo. Te sentarías aquí en un día de sol, con el agua moviéndose en las rocas, y las embarcaciones de Dingle surcando la bahía y te dirías que no hay lugar más hermoso en el mundo, al este y el oeste. Y no te diría que no es verdad.'

Había alcanzado al grupo por fin y nos desplazábamos con lentitud, perdiendo de vez en cuando a alguno cuando un hombre y su asno se separaban para trepar la ladera por donde se encontraba su propio almiar. Cuando ya habíamos avanzado bastante hacia la parte trasera de la Isla nos encontramos con un pequeño grupo de hombres, el Rey uno de ellos, tumbados en la hierba tomando el sol y fumando, mientras sus asnos se alejaban y pastaban. 'Es un parlamento,' dijo uno de los hombres que iba conmigo.' Me senté entre los demás y la conversación, interrumpida un momento por mi llegada, prosiguió. Habían estado discutiendo algo que yo había dicho la pasada noche acerca de los anteriores habitantes de la Isla. Uno de ellos se volvió hacia mí, un hombre pequeño cuyo rostro muestra siempre una expresión dividida por igual entre la astucia del campo y un gesto de sorpresa intenso y desconcertado.

'Me dicen, Bláheen,' me dijo (pues ese el nombre que yo tenía en la isla, un diminutivo de la palabra irlandesa para 'flor'), 'que anoche dijiste que vivían hombres en la Isla hace mil años.'

'Los había,' respondí, 'y me pregunto cómo vivían.'

'¿Y quiénes serían? He oído decir que alguna vez hubo daneses.'

'Sí,' dije, 'los daneses estuvieron aquí, pero a los que me refiero estuvieron antes que los daneses, hombres de religión.'

'Por mi bautismo,' intervino otro, un hombre enjuto con mirada errante, 'estás en lo cierto. Sé de sobra cómo llegaron aquí.'

'¿Y cómo fue?'

'Fue de este modo. Había una maldita reina de los ingleses, la hija de un rey y una puta, y renunció a la misa, y perseguía a los sacerdotes y les cortaba la cabeza. Hasta el punto de que algunos sacerdotes huyeron y llegaron a esta Isla y se escondieron aquí de la persecución, pues no querían que los decapitasen, y poco se les puede culpar. Eílís era el nombre de la reina, y era una mujer perversa.'

'No, la historia no fue así,' dije yo. 'Es cierto que la Reina Isabel perseguía a los sacerdotes, pero fue mucho tiempo antes cuando los hombres de religión vivieron aquí en la Isla. ¿Conoces las ruinas de la parte trasera de la Isla?'

'Claro que sí, las llamamos las moradas de piedra brillantes (*na clocháin gheala*). ¿Vivieron en ellas?'

'Así es. Y hay moradas iguales en otras partes de Irlanda, y los eruditos han descubierto que se construyeron hace más de mil años, siglos antes de que la Reina Isabel llegara al mundo.'

'No me puedo creer eso,' gritó con la fiereza de un hombre que, habiendo expuesto una teoría, se ve obligado a defenderla hasta el fin del mundo.

'¿Y por qué no,' intervino otro, 'cuando es Bláheen quien te lo dice, alguien que ha leído todos los libros del mundo?'

'Bueno,' dijo el escéptico, 'puede ser que tenga las tripas llenas de libros, pero no todo está escrito en los libros, y, lo que es más, se encuentran muchas mentiras en esos mismos libros.'

En este punto, el Rey sacó la pipa de la boca, escupió con fuerza y habló.

'Bueno, ¡no seas tan terco!' dijo. 'Pues no lo dice solo Bláheen, sino que todos los eruditos y hombres cultos que vienen a la Isla cuentan lo mismo. Y en mi opinión están en lo cierto. En tiempos antiguos trabajaban muy bien la piedra. ¿No dice el refrán que todas las cosas del mundo van mejorando excepto la poesía y el arte de la cantería? Y los hombres que construyeron esas moradas sin argamasa ni cal dominaban el arte de la cantería como ninguno.'

Así se zanjó el tema, puesto que un refrán es una razón definitiva que no puede contradecirse.

'¿Y tienes alguna historia sobre los daneses?'

'La tengo,' respondí, 'y más aún, la Isla recibe su nombre de su lengua.'

'¿Y de dónde sacas eso? ¿No se llama *An Blascaod Mór* y no es eso irlandés?'

'Ese es su nombre ahora y lo ha sido mucho tiempo, pero en tiempos antiguos tenía otro nombre.'

'¿Y cómo sabes eso?'

'Bueno, lo descubrí de la siguiente manera. Hace mucho, antes de que existieran mapas como los que tenemos hoy, hubo unos hombres de Italia que dibujaron unos mapas de las costas del mundo de modo que sus barcos pudiesen navegar a salvo gracias a ellos; y escribieron los nombres de las ciudades e islas a lo largo de las costas. Y en los mapas más antiguos el nombre de esta isla era Brasker, el nombre de un afilado arrecife de roca en la lengua que hablaban los antiguos daneses.'

'Descubrir eso fue de verdad ingenioso. Recuerdo que el noruego que estuvo aquí una vez - Marstrander⁽¹⁵⁾ se llamaba y era un hombre magnífico -, recuerdo que encontró una piedra y algo escrito en ella del mismo modo que en tiempos antiguos y decía que su pueblo la había escrito. Y solía decir que era una lástima que su pueblo no mantuviese el control de Irlanda, pues si lo hubiesen hecho los ingleses nunca habrían venido.'

'Bueno, bien podría haber sido,' dije yo. 'El mundo cambia constantemente, y algunos llegan y otros caen. He oído hablar de esa piedra y he visto un dibujo. Algunos dicen que se trata de una antigua escritura secreta y otros dicen que no, pero no hay aún acuerdo, puesto que la piedra hace tiempo que se perdió. Sea como sea, los hombres del norte estuvieron aquí y también en tierra firme pues hay nombres de lugares - Smerwick, Baile na nGall y Gallarus - llamados así por ellos o a causa de ellos. Es más, se dice que uno de sus jefes fue bautizado en la fe católica en las Skellig.'

'Es maravilloso. Pero dime, si los daneses estuvieron aquí, ¿cómo se marcharon? Pues es seguro que no queda ninguno ahora ni los ha habido en mucho tiempo.'

'Nadie sabe a ciencia cierta cómo se fueron, pero hay un cuento que me contó Tomás sobre eso.'

'Seguro, Tomás tiene la cabeza llena de cuentos, y cada uno más hermoso que el anterior. ¿Cómo lo contó?'

'¿Has oído hablar de la cerveza de brezo?'

'Por supuesto.'

⁽¹⁵⁾ Carl Marstrander (1883-1965), lingüista noruego, que visitó la Isla en 1907 y fue quien le habló de ella y animó a Robin Flower a visitarla

'Bien, entonces sabes que esa era la cerveza que los daneses fabrican con brezo y una raíz que crece entre el brezo. Y la raíz tiene la propiedad de que si el ganado la come se ponen gordos y su piel gana en lustre. Y un hombre puede sobrevivir únicamente alimentándose de esta cerveza hecha de brezo y esa raíz.'

'No es de extrañar que viviesen sin preocupaciones si solo querían ese alimento.'

'Al final todos los daneses fueron asesinados excepto dos, padre e hijo, y el secreto de la cerveza de brezo fue transmitido de padre a hijo y al final solo ellos lo sabían, ningún otro hombre. Así que los demás llevaron a estos dos a la cima del acantilado más alto de la Isla, y les preguntaron si les dirían el secreto de la cerveza de brezo o, en caso contrario, los arrojarían al mar. Entonces el padre se llevó aparte al jefe de los otros, y le dijo que si arrojaba a su hijo les diría el secreto, pues sentía vergüenza de contarle delante del muchacho. Así que cogieron al muchacho y lo lanzaron. Y después el padre dijo: "Arrojadme ahora también a mí, pues nunca sabréis el secreto de la cerveza de brezo." Y lo arrojaron.'

Los gritos ahogados de valoración que acogieron la dramática conclusión del cuento se vieron rotos por una voz triste que dijo: 'Fue un gran pecado dejar escapar el secreto de una bebida tan buena. ¿Qué bien podría hacerles una vez muertos?'

Un poco después, como a una señal, todos los participantes de este 'parlamento en la colina' se levantaron, y el Rey dijo pensativamente: 'Bueno, ¡la cháchara nunca hasta ahora ha transportado la turba a casa!' Y todos, recuperando a sus respectivos asnos, se dispersaron lentamente por la ancha explanada de la colina repleta de almiares.

Al final me quedé solo, sentado con la espalda apoyada en una roca y las manos abrazadas a las rodillas; y mirando hacia la bahía donde las embarcaciones de Dingle faenaban, pensé qué recuerdo más vago y equivocado dejan tras de sí las generaciones de hombres, poco más significativos que esos golpes y remolinos del viento que arrugaron durante un momento la imperturbable superficie del agua y desaparecieron en la vasta indiferencia del mar.

LAS MORADAS BRILLANTES

Giré la vista hacia la colina de nuevo, y comencé a caminar hacia la ladera, subiendo lentamente hasta la cima de la Isla. Allí, casi en la cresta más alta, donde la tierra cae abruptamente hacia el mar, un pueblo antiguo previo a cualquier tipo de historia habían construido su santuario. Empleando el borde del acantilado como parte frontal orientada al mar de su fuerte, habían trazado una zanja semicircular para separar su morada de la tierra de la Isla. Y a través de una abertura en el muro interior de esta zanja habían tendido una zanja

menor, dividiendo el espacio interior en dos partes iguales. El conjunto forma un fuerte muy similar al conjunto de los que existen en el sur y el oeste de Irlanda.

Dejemos que sean los historiadores previos al inicio de la historia quienes se pregunten quiénes fueron ese pueblo oscuro y extraño anterior a la llegada de los celtas que, al desaparecer, han dejado para ser recordados poco más que estas vastas carcasas en las que vivían. Somos incapaces de adentrarnos en los pensamientos que los emocionaban cuando contemplaban el infinito mar hacia el ocaso sobre el muro del acantilado. Es posible que, cuando nos ponemos en su lugar y, olvidando todo recuerdo de anteriores civilizaciones, nos abandonamos a la sinrazón sin guía del sentimiento, alguna sombra de los pensamientos que los emocionaban pase por nuestras mentes, inalcanzables a nuestra engañosa capacidad de comprensión, y vivan de nuevo por un instante en sus últimos sucesores. De pie allí, mientras la niebla del mar iba cubriendo la Isla y dejaba fuera el mundo visible, a veces he perdido la percepción de esta tierra actual y he sentido la ilusión de otras presencias en las espirales envolventes de las nubes; mi mente se ha llenado de frágiles pensamientos, inconsistentes como la misma niebla, y he conocido el horror de esa soledad en la que el mayor temor es no estar del todo solos. Pero la frágil niebla se disipa rápidamente con el sol, y la luz de vida encerrará de nuevo en lo más profundo de la mente esos recuerdos fantasmales más antiguos que nosotros y que residen bajo la superficie de nuestros pensamientos.

El fuerte ha conocido otros habitantes aparte de sus primeros constructores. Piedras de forma tosca escondidas en la tierra dan testimonio de construcciones posteriores, y bien pueden haber sido las casas de hombres de religión cuyas construcciones aún perduran en otras partes de la Isla y en las demás islas del archipiélago. Quizás también haya algo de verdad en la tradición de los habitantes de la Isla que asegura con tanta seguridad que los daneses habitaron aquí. Podemos estar seguros de que los nórdicos estuvieron en la Isla y difícilmente pueden haber ignorado utilizar esta posición fuerte que domina tanto las laderas de la parte de la tierra como de la parte del mar. Pero la historia nada nos puede aportar sobre esa ocupación, y no queda ningún monumento que llene el vacío de los registros escritos.

Bajo el fuerte, el afilado muro del acantilado cae hasta un espacio llano, cubierto de brezo, y helecho, *sabatia stellaris*, y no sé cuántos tipos más de flores de tonos pálidos de la Isla. A este lugar los habitantes de la Isla, con un instinto apropiado, lo llaman el jardín del fuerte. Un sendero que sale de él hacia la izquierda descendiendo por el acantilado y, si no te impresiona la altura, puedes recorrerlo y llegar al final a un agujero bajo un saliente plano de piedra llamado *Sgairt Phiarais*, la Cueva de Pierce, donde, según la tradición, Pierce Ferriter, poeta y guerrero, se escondió de sus enemigos. De la estancia de Pierce en la cueva y del poema que allí compuso hablaremos de nuevo.

Otro sendero conduce hasta el borde del acantilado y sube hasta la cima de An Cró, el punto más alto de la Isla. Descendiendo hacia el mar están las 'moradas brillantes' (*na clocháin gheala*) de aquella conversación en la colina. Piedras sueltas yacen por todo el terreno y es obvio que en algún momento debió haber un asentamiento considerable aquí. Quizás las excavaciones revelarían los cimientos de una iglesia, pero una inspección superficial no refleja ninguna prueba de tal edificio al ojo no experto. Más abajo hacia el mar hay un pequeño grupo

de ruinas cuya forma aún es perceptible. Han sido celdas de colmena del típico modelo irlandés. De una de ellas aún quedan restos importantes, con una forma muy interesante. El edificio está medio enterrado y cuando te acercas a examinarlo descubres que en su origen tenía dos habitáculos, divididos uno del otro por medio de un muro interior con una pequeña puerta. Otros restos de las proximidades están demasiado incompletos para describirlos.

Ni las crónicas ni la tradición nos cuentan qué tipo de hombres vivieron aquí cuando estos edificios eran nuevos. Pero otros *clochán* (celdas de colmena) similares pueden verse en Inis Tuaisceart e Inisicíleáin, y no cabe duda de que tuvieron un propósito eclesiástico. Esta es la región de San Brendan. Ahí, al otro lado del agua, se encuentra la gran montaña que recibe su nombre, a la que acudían en penoso peregrinaje las gentes para sanar de todas sus enfermedades. Y más allá, Sybil Head es la bahía desde la que zarpó, según la tradición, a su loco viaje hacia el Atlántico, atravesando islas maravillosas y llegando al final a ese pico helado donde Judas Iscariote encuentra, una vez al año, un día de descanso lejos de los sufrimientos del Infierno.

Hay otra historia, encontrada en un manuscrito del siglo XV, en la que se cuenta que un peregrino de esta zona fue a Roma y allí permaneció, casándose con una hija de Roma, y engendrando un hijo que más tarde llegaría a ser el gran Papa Gregorio, Gregorio el Gaélico, Gregorio Boca de Oro ⁽¹⁶⁾. Los oriundos de la ciudad papal sabemos que tienen una opinión distinta sobre el asunto pero eso, sin duda, es solo una debilidad local. En cualquier caso, cuando el Papa Gregorio estaba próximo a morir dio instrucciones para que, cuando el aliento hubiese abandonado su cuerpo, se encerrase su cadáver vacío en un ataúd con su nombre claramente legible en él, y que el ataúd se dejase en el río Tíber. Así se hizo, y el Tíber transportó la preciada carga al mar Mediterráneo, las corrientes lo arrastraron hasta los Pilares de Hércules y, tras un largo viaje apareció en las costas de las islas de Aran; y allí el Papa de la boca dorada encontró sepultura, un irlandés en tierra irlandesa. Y como testigo de este hecho, una melodía de Aran sigue llamándose la Melodía de Gregorio.

La costa de la Bahía de Dingle está repleta de lugares sagrados: el oratorio de Gallarus, una maravilla de edificio, aún entero y en perfecto estado, la iglesia de Kilmacadar y la pirámide sagrada de Skellig Michael. Es lógico sospechar que existan conexiones entre las ruinas de Blasket y los restos mejor conservados de la Gran Skellig, sobre los que una tradición local dice que fueron un asentamiento para cumplir penitencia que formaba parte de un monasterio en tierra firme dedicado a San Miguel. Puede ser así pero uno piensa más bien en los otros grandes lugares bajo la advocación de San Miguel del Monte Gargano, el Monte San Miguel en la costa bretona, y el monte de San Miguel en Cornualles. Aquí, en estas fortalezas rocosas dedicadas al ángel guerrero, los ermitaños bien podrían haber pensado que su larga batalla contra las huestes del diablo podrían llegar a su fin. Aislados de la vida fácil del mundo, reduciendo en aquel salvaje aislamiento todos los asuntos de la vida a un conflicto constante de oración y ayuno, se ofrecieron en sacrificio por sus compañeros a un martirio blanco de privación total.

⁽¹⁶⁾ El Papa Gregorio I, Gregorio el Grande (540-604)

Para nosotros es difícil, en un mundo que ha seguido otros caminos, retroceder tantos siglos hasta aquella sencillez pasional y sin razón. Pero aquí, en el mismo lugar de su conflicto, de pie en aquellas humildes chozas de basta piedra, podemos colocar una mano sobre el muro caído, y a través de ese contacto se nos revela parte de aquella devoción del corazón ardiente. Estos hombres no necesitaban salir al mundo para encontrar a sus enemigos. Todo el aire hasta el Cielo estaba repleto de las oscuras huestes de Satán, asediando a cada momento del día, al despertar, al dormir, al estar de pie, al estar sentados, andando, descansando; escondidos detrás de cada pensamiento, a hurtadillas a través de todos los caminos de los sentidos.

Acorralados así, su principal muro de defensa era la recitación constante y atenta del Salterio, las canciones de guerra de la iglesia universal. Y a este escudo seguro añadieron sus propias oraciones y letanías, que los relacionan con las marcas de esta contienda. Estas letanías, que no se diferencian por congregaciones, son los restos más característicos de la antigua Iglesia de Irlanda. No podemos dudar de que, si realmente estas ruinas fueron la morada de monjes irlandeses, tienen que haber escuchado voces apasionadas que repetían una y otra vez, en la agonía de la batalla espiritual, oraciones y súplicas que poco pueden diferenciarse de aquellas que nos han llegado en las vitelas desgastadas por el tiempo de nuestros manuscritos. Y me gusta creer que la oración de Maelísa Ó Brolcháin⁽¹⁷⁾, en la que invoca que San Miguel permanezca junto a él en vida y muerte, representa en una época posterior el grito que ascendía desde estas rocas cuando las moradas brillantes eran nuevas, y los monjes ermitaños, al peligro del mar y los demonios, apelaban al arcángel armado en busca de ayuda en sus momentos de peligro.

Volando hacia aquí,
Miguel de los milagros,
porta a Dios mi llanto.

¿Lo oyes?
Busca del clemente Dios el perdón
de mis pecados inmensos y tristes.

No te quedes,
lleva todo mi amor y anhelo
al Dios de Dioses.

Trae con presteza
a mi alma tu ayuda y eucaristía
cuando de la prisión se aleje.

Ven con poder
al alma que espera y reflexiona,
todos los ángeles en lucha.

⁽¹⁷⁾ Poeta y eclesiástico del clan Brolcháin, fallecido en 1086.

Santo guerrero,
contra la astucia tortuosa del mundo
dame valor cuando caiga.

Con buena voluntad
no desprecies mi penosa oración,
mientras viva estate conmigo.

Tengo ansias de ti;
libera por fin mi espíritu pecador,
sana mi mente, corazón y cuerpo.

Se mi intercesor,
cuando en la batalla definitiva
acabes con el anticristo.

EL PUEBLO

Si miras a la Gran Blasket desde el mar o desde la colina se ve el asentamiento humano de la Isla claramente, como en un mapa físico. Pero en los pocos años que conozco la Isla, el aspecto de dicho asentamiento ha cambiado mucho -más, probablemente, que en todos sus anteriores años de existencia. Porque yo vine por primera vez el primer año de dicho cambio. Tras muchas aventuras extrañas con terratenientes y sus agentes - los terratenientes a veces eran hombres respetables, y así te lo dirán, pero los agentes eran todos unos demonios sin excepción- la Isla quedó a cargo del Comité de Zonas Congestionadas, y estaba experimentando el proceso bien conocido en todo el Oeste como 'parcelación'. El antiguo sistema medieval del campo comunal, mediante el cual un hombre poseía franjas de tierra desperdigadas por toda la zona, de tal manera que solo un experto en tradiciones populares podría identificarlo, daba paso de un día para otro al sistema mediante el cual cada familia poseía su tierra concentrada en prácticas partes de terreno cultivable y pasto. Podéis imaginar el proceso de ingeniosos y complicados cálculos mediante el que se llevó a cabo esta metamorfosis.

Uno de los mayores remordimientos de mi vida es que esto ocurriese en una época en la que mi conocimiento del irlandés era tan básico que no podía estar al tanto de las discusiones que se producían a mi alrededor, mutando la superficie familiar de la Isla, si se me permite el término, en el semblante de un mar tormentoso. Pude ver y escuchar cómo se encrespaban las olas y arrojaban sus espumosas crestas de retórica bajo los vientos de la pasión, pero entendía tan poco del significado del alboroto como del rumor de las aguas embravecidas. Todo hombre

tenía una gran consideración por las cualidades y peculiaridades de sus franjas desperdigadas, cómo se comportaban en cada estación, el correr del agua por ellas, cómo esta zona era mejor para las patatas y aquella otra para la avena -un completo y complejo sistema de sabiduría tradicional, legado de padre a hijo, solo por el cual, así parecía, se podía convencer a la miserable y cruel tierra para que les diese su sustento. Todo esto es lo que iba a suceder y nadie estaría satisfecho a menos que las parcelas unificadas combinaran de manera equitativa todas las diversas propiedades de aquellas franjas dispersas.

Cuando llegué, los trabajos ya habían comenzado, y solo vislumbre como en un espejo los rasgos de ese cambio. Mucho tiempo hubo de transcurrir hasta que el ruido de dicho debate muriese, pero ahora creo que ya casi se ha olvidado el antiguo sistema, y las ventajas del nuevo han acallado los ecos de aquella tormenta. Porque es más sencillo trabajar los campos concentrados y la mejora en el vallado mantiene a los animales lejos de los cultivos con mucha mayor seguridad que en tiempos pasados. Ahora los asnos que rondan por la noche incluso saltan las nuevas vallas, desafiando los colmillos de los alambres de espinas, y echan a perder los cultivos de la avena tierna. Pero en los viejos tiempos, los campos eran mucho menos defendibles, incluso en casos donde, como alguna vez ocurrió, toda una propiedad estuviese defendida con el vallado que tenían en aquella época. Tomás cuenta la historia de un potro que nadó el kilómetro y medio que separa Beiginis de la Gran Isla y destrocó un campo de avena antes de que se descubriese su incursión.

'En tiempos pasados,' comienza el cuento, 'en la Isla Occidental vivía un pequeño granjero. Tenía un excelente campo de avena, bien vallado, de forma que creía que ningún animal de cuatro patas podría acercarse a él. Las cosas marcharon bien un tiempo pues todo lo que cosechaba, patatas y avena, estaba en esa misma parcela. Cuando tuvo todo en orden estaba bastante satisfecho. No fue a ver sus cultivos durante un tiempo pues pensaba que ninguna criatura podría atravesar la acequia. Pero cierto día fue a su campo de avena. Sus ojos se abrieron como platos cuando lo vio, pues todo estaba patas arriba, destrozado y golpeado, y la mayor parte devorado. No volvía a casa tan satisfecho como cuando había salido de ella, y se aseguró que el diablo se lo llevaría si no le hacía pagar por ello a la criatura culpable.

'Eso estaba bien. Se preparó para pasar la noche con un pico de modo que pudiera quitarse de en medio a lo que fuera que había echado a perder su avena. Pasó buena parte de la noche vigilando, pero ni vio ni escuchó nada. Había transcurrido más de la mitad de la noche de esa guisa cuando se dijo que, fuera lo que fuera, no aparecería esa noche. Se marchó a casa en mitad de la noche y se acostó, y no hacía mucho que se había marchado cuando el caballo entró en el campo y se comió buena parte. Cuando volvió por la mañana tras dormir lo suficiente, vio un fresco rastro entre la avena. Casi perdió la cabeza al ver su magnífico campo de avena echado a perder y que nada se había salvado y, otra cosa, que no tenía ni idea de lo que lo había causado.

'La noche siguiente volvió a jurar que iría a vigilar su campo también, y no se marcharía hasta que la luz del día saliese por el este. Y así fue. Salió a la noche, se estiró en la acequia y allí esperó, con la intención de no dormirse o amodorrarse hasta el día siguiente. Cuando ya había transcurrido más de la mitad de la noche, al mirar a través del campo vio aquel caballo tirando

de los brotes de avena con fuerza y fiereza. Dio un salto con el pico en la mano para golpearlo pero no pudo alcanzarlo y en vez de huir hacia la colina, el caballo se dirigió al mar. Había una playa de arena blanca debajo del campo, y el caballo no se detuvo hasta que la alcanzó. El hombre creía que el caballo quería pegarse unas carreras por la arena después de llenar su panza. Lo siguió hasta la playa y al poco vio que el caballo se metía en el agua y se enfrentaba a las olas. El hombre se volvió loco de ira al pensar que había descubierto al caballo, que su avena estaba arruinada y que se iría a casa sin satisfacción alguna.

'Al llegar a casa, su mujer y sus hijos le preguntaron si había visto algo a lo largo de la noche. Dijo que había visto un caballo en la avena y que cuando lo echó de allí se dirigió a la playa blanca. "¿Todavía está en la playa?" dijo su mujer. "No, dice él. "¿Dónde se ha metido?" dijo ella. "Por el diablo," dijo él, "se alejó de mí metiéndose en el mar," dice él, "lo único que temo es que venga hasta la casa cuando haya acabado con la avena, y no falta mucho." "¿De qué color era?" dice la mujer. "Creo que era negro," dice él, "pero tenía una mancha blanca en la frente." "¡Por la Biblia!" dice el hijo mayor, "hay un caballo como ese pastando en Beiginis y como que estoy vivo," dice, "que es el mismo que cruza nadando cada noche para comerse parte de tu avena; y te apuesto," dice él, "que si vas mañana a la playa y observas de cerca el rastro, verás las marcas de más de una pezuña." Y así era. Al llegar el día, su padre bajó a la playa y cuando miró el rastro encontró una veintena de marcas de cascos. Entonces reconoció a uno de los caballos que estaban pastando, y claro que lo era. El potro pertenecía a un hombre de la parroquia de Ventry. El granjero lo avisó cuando reconoció al caballo y tuvo que ir a sacarlo de Beiginis aunque no se hubiese comido ni la mitad de la hierba, y tuvo que pagar por toda la hierba de la temporada. Pero eso no devolvió la avena al granjero de la Isla, pues no obtuvo ni una sola gavilla aquel año a causa del caballo.'

Este cambio en el sistema de cultivo se vio acompañado por otro cambio, que ha afectado más profundamente la apariencia de la Isla vista desde el mar. Muchas de las casas, agazapadas dentro de los huecos de la ladera de la colina, se han deteriorado con el paso del tiempo y la exposición y parecían, por lo que recuerdo, difícilmente aptas para ser habitadas por personas. Así que el Comité condenó a las peores y planificó la construcción de nuevas casas en el espacio comprendido entre la colina y los cultivos. Estas casas contrastan con fuerza con las antiguas. Las viejas casas se apiñan en la ladera cortada encima de los acantilados, como si se hubiesen plantado sin ningún orden allí donde se hubiese encontrado un lugar apropiado, y pequeños senderos empinados discurren de aquí para allá entre ellas. Son cabañas del habitual estilo irlandés, una gran carcasa rectangular construida con piedras de forma ruda con barro a modo de mortero y encaladas en la mayor parte de la superficie expuesta con cal blanca o amarilla. Los tejados ahora son de madera, cubierta de fieltro alquitranado, pero esta no era la costumbre de antaño. Según recuerdan los ancianos, los techos estaban fabricados con juncos, que se podrían fácilmente a causa de la lluvia y dejaba pasar el goteo constante – *an braon anuas*- del que tanto se habla en refranes y poemas tradicionales. Las gallinas solían subir aleteando hasta la techumbre, atraídas por su vida sigilosa, y era costumbre que hiciesen agujeros para poner allí sus huevos. Los ancianos recuerdan cómo, siendo niños, trepaban y buscaban en los agujeros, bajando triunfantes a donde sus madres con un buen número de huevos de los nidos cuidadosamente escondidos. Solo una gallina muy optimista intentaría poner un huevo en el actual fieltro negro y resbaladizo. La única decoración de los tejados

actuales son los bloques amorfos de pescado en salazón – abadejo y besugo y congrio – que yacen ahí curándose al sol, convirtiéndose poco a poco en un blanco sucio e incomible.

Dentro, las vigas están desprotegidas, y en cada extremo hay un desván abierto hacia la habitación justo debajo del comienzo del techo. El desván que se encuentra al fondo de la casa es *an lochta* –el desván en sí-, mientras que el *cúllochta*, el desván trasero, sobresale encima del hogar. Debajo de este desván trasero está el hogar de piedra, con su fuego de turba y, en las casas más antiguas, una gran chimenea abierta a través de la que brilla débilmente la luz del día a través del humo. Junto al hogar se levanta una construcción en forma de horca con un brazo giratorio, del que cuelga el estante graduable que suspende sobre el fuego, a una altura variable, el hervidor y la cacerola de hierro, los únicos instrumentos de cocina de la Isla.

Debajo del desván en el extremo inferior se encuentra una habitación, *an seomra*, el cuarto, la habitación por excelencia; al resto de la casa siempre se le llama la cocina. La habitación contiene una cama, una o dos sillas, material para lavar y un baúl. Los muebles de la cocina son igual de simples, destinados al uso, nada de lujos; un banco que puede usarse como cama y durante el día puede dar asiento a muchas personas, una mesa que también puede servir de asiento cuando hay necesidad, un aparador entablado debajo que de vez en cuando sirve de gallinero y algunas sillas de madera o de cuerdas entrelazadas. Los muros están encalados de blanco, amarillo en algunos casos, o amarillos con un ribete ancho de color rosa en la parte inferior, desde el suelo hasta aproximadamente la mitad de la altura de un hombre, y en otros casos con una tonalidad de rojo peculiarmente insalubre y triste.

Esta misma decoración de los muros se repite con monotonía en todas las casas. Hay cuadros con motivos religiosos adquiridos a vendedores ambulantes, una Virgen con el Niño, o un Cristo con ojos pesados y corazón rasgado y llameante, coronado de espinas, el emblema de la devoción del Sagrado Corazón, delante del que siempre arde una pequeña lámpara de latón con una fina llama que se ve entre el cristal rojo. Estos cuadros fueron realizados según el estilo del realismo comercial, naturalistas suaves y empalagosos. Pero hay un cuadro que ahora se ve en la mayoría de las casas que tiene una tradición diferente y más noble. Durante la época de los problemas, un editor de Dublín tuvo la brillante inspiración de fabricar un grabado de Nostra Domina de Succursu, Nuestra Señora del Socorro, tomando como modelo un original bizantino, una Virgen con el Niño de brillantes colores sobre un fondo dorado con letras griegas en rojo, preservando en su última degradación el aire de dignidad sobrenatural que nunca debe perder aquella rígida convención religiosa. No sería fácil encontrar un mejor ejemplo de las ventajas de la tradición formal sobre la realista. Este contraste se ve con mayor énfasis en los almanaques comerciales que los parientes americanos de Springfield o Holyoke envían a casa de sus familias de la Isla, adornados con muchachas de belleza necia apoyándose en rústicas puertas o montando altos caballos acicalados hasta poseer un brillo increíble.

El desván que está sobre el fuego está repleto de herramientas de la vida diaria: redes, sacos de lana, velas, remos, escaleras, botas, y concertinas, cizallas para esquilar las ovejas y alforjas para transportar la turba, una representación e índice de toda esa simple vida. Algunos de estos objetos tienen que llevarse al otro desván, aunque ese suele emplearse como una

habitación adicional, y a veces está amueblada y una pequeña ventana en el frontón inferior deja pasar la luz.

Así, más o menos, es el aspecto y el mobiliario de las casas más antiguas. Las casas nuevas, construidas por el Comité, al mismo tiempo contrastan y se asimilan a la moda anterior. Lo primero que llama la atención es su total falta de adaptación a las condiciones de la Isla. Las casas viejas, como hemos visto, se abrazaban a la tierra para protegerse del viento y el tiempo, pero estas se erigen sobriamente en medio de la falda de la colina, y el viento, la lluvia y la espuma que vuela en invierno golpean cruelmente toda su superficie. Están sólidamente construidas de cemento y en lugar de desvanes tienen un piso superior bajo sus techos de tejas. Este piso superior era un misterio para algunos de sus futuros habitantes cuando se diseñaron al principio. Recuerdo bien cómo uno de los hombres, aunque hubiese visto a menudo casas similares en Dingle, no podía comprender lo que significaba un piso superior. Se había marcado el emplazamiento de su nueva casa en la falda de la colina y a menudo se le veía, una figura melancólica al atardecer, caminando sobre la turba dentro de dichas marcas de la planta baja, y murmurando que lo estaban engañando, pues el espacio era menor que el de su propia casa, y no podía entrarle en la cabeza que las habitaciones del piso de arriba doblarían como mínimo el espacio. Con el poco irlandés que yo tenía entonces intenté desesperadamente explicarle el misterio, pero nunca estuvo del todo a gusto hasta que se elevaron los muros y pudo ver él mismo el beneficio que suponía.

Estas cinco casas nuevas se alinean de modo irregular un poco por encima del camino que recorre por encima el campo de cultivo y, de noche, se puede ver desde tierra firme la luz en las ventanas. Su desnuda ubicación es una de las primeras impresiones que tienes según te aproximas a la Isla a través del Sound. Pero, si abres una de las puertas y entras, verás que la cocina se ha asimilado completamente al tipo general. Dos cosas son diferentes. El suelo es de cemento en lugar de la tierra y los tablones de las casas antiguas. Y frente a la puerta una escalera de madera con una barandilla sube hasta los dormitorios. Es una buena suma al número total de asientos de la casa y, en noches de reunión, baile o cualquier otra ocasión, una línea ascendente de chicos y chicas se sienta en los peldaños, hasta que finalmente solo se ven las cuatro piernas de la pareja del final bajo el nivel del techo.

Por lo demás, el mobiliario, los cuadros y la disposición de la habitación son exactamente iguales que en las casas antiguas y solo el rugido del viento sobre el tejado en días de tormenta te recuerda que vives en otras condiciones. Y puesto que las casas están tan expuestas a las rachas de viento, el fuego es más sensible a la dirección del viento, y cuando sopla desde puntos concretos la habitación se llena de humo, que te agarra por la garganta y te provoca escozor en los ojos. En otros aspectos, las casas parecen mucho más prácticas, y compensan en comodidad el mal que hacen al pintoresco aspecto de la Isla. Pero algo del viejo mundo desapareció con su llegada, pues el tipo de casa antigua estaba en armonía con el entorno, mientras que estas altas y desnudas construcciones se levantan en perpetua contradicción con el entorno de colina, mar y cielo en el que han sido colocadas tan bruscamente.

Una tarde de otoño paseaba por el camino, que estaba repleto de hombres y mujeres, chicas y chicos que regresaban a sus casas desde los campos, cada uno de ellos portando una gavilla de avena, pues estaban recogiendo la cosecha. Yo mismo había ayudado en la faena el día anterior, y ahora lo estaba pagando con un dolor insoportable en la espalda y los riñones, que casi se habían quebrado en dos bajo el peso de las gavillas.

Dejé el camino y me dirigí a una de las casas nuevas. La puerta estaba abierta y al tiempo que entraba escuché la voz clara y firme de una mujer, que sonaba enfadada. Atravesé el umbral y así fui recibido:

“¡Que el diablo te engulla entre tierra y cielo! ¡Sal de aquí!”

Me quedé inmóvil y sorprendido, y casi me derriba un burro que se esfumaba apresuradamente, mientras la dueña de la voz lo seguía.

“¡Que Dios nos proteja! ¿Eres tú, Bláheen?”, dijo ella.

“Así es,” dije yo, “¿pero qué he hecho para que me mandes a ser comido entre tierra y cielo por el demonio?”

“¡Ah! Bien sabes que no eras tú a quien maldecía, sino al burro, pues no hay mayor ladrón en el mundo, y tengo rota hasta el alma al echarlo de casa. Pero entra y se bienvenido; pues bien sabes que no son maldiciones, sino bendiciones, con lo que siempre te encontrarás en esta casa. Y siéntate junto al fuego y ponte cómodo. Esta misma mañana me preguntaba qué habría sido de ti, pues no has atravesado mi umbral en los últimos tres días.”

Caminé hasta el fuego y me senté, inclinándome y extendiendo las manos sobre los rescoldos de turba, como se hace de manera automática, incluso en un cálido día de otoño como este. Se sentó en un pequeño taburete al otro lado de la chimenea y, cogiendo una pipa del agujero que hay en la pared detrás del fuego, recogió un rescoldo de turba con las pinzas, la introdujo en la cazoleta de la pipa y comenzó a expulsar el humo por el corto caño.

“La gente de la Isla tiene un don para maldecir,” dije.

“Lo tenemos,” respondió, “pero no hay pecado en eso. Si las maldiciones brotan del corazón, sería pecado. Pero brotan de los labios, y las empleamos únicamente para reforzar nuestras palabras, y suponen un gran alivio para el corazón.”

“Bueno,” dije, “no le doy importancia, pues si las bendiciones brotan del corazón no me importa de dónde vengan las maldiciones.”

Y comenzamos a debatir sobre la fuerza del idioma irlandés, y el deterioro que en estos días sufre con respecto a los viejos tiempos cuando las personas que relataban cuentos iban de un lugar a otro, compitiendo entre ellos, tratando por todos los medios de narrarlos de modo apropiado e inteligente y dotarlos de brillo de tal manera que lograra la victoria sobre los

demás. Porque Big Peig –*Peig Mhór*– es una de los oradores más selectos de la Isla; tiene un estilo de hablar tan pulcro y preciso que es fácil seguir todas y cada una de sus bellas expresiones; Es una oradora natural, con un sentido tan agudo de los giros de las frases y de la entonación apropiada para el irlandés que sus palabras podrían escribirse tal y como salen de sus labios, y causarían el efecto de la literatura sin regusto de la afectación de la composición. Acostumbra a ilustrar su conversación con cuentos, cortos y largos, que brotan con naturalidad al hilo de la conversación y alumbran el presente con el ingenio, la sabiduría, la locura y la intensidad del pasado.

Hoy nuestra conversación, después de hablar un poco de esto y de aquello, se centró en los sueños y su significado, y al poco rato me encontré contando una historia de un sueño que tuve.

“Has dicho, Peig,” comencé, “que los sueños tienen un significado y que en ocasiones terminan sucediendo después de haberlos soñado.”

“Bien,” respondió, “algunos terminan sucediendo y otros no, pero no es fácil saber cuál es cuál.”

“Entonces,” dije, “dime de qué tipo es el sueño que tuve esta pasada primavera. Soñé que estaba sentado solo en mi habitación en Londres cuando alguien llamó a la puerta. ‘Entra,’ grité, y entró un muchacho que dijo: ‘Hay un caballero que quiero verlo, señor.’ Y yo dije: ‘¿Cómo se llama?’ ‘James Smith, señor.’ ‘Bien, haz pasar al Sr. James Smith,’ dije. Y el Sr. James Smith entró. Era un hombre de corta estatura, delgado y algo siniestro, un hombre que no parecía ser honrado y que tenía un sombrero redondo bastante estropeado en una mano y en la otra una pequeña bolsa negra y andrajosa. Le dije: ‘Bien, Sr. Smith, ¿puedo hacer algo por usted?’ ‘Sí, Sr. Flower,’ dijo él, ‘con su permiso me gustaría mostrarle algunas fotografías.’ ‘Bien,’ dije yo, ‘si considera que me agradarán, muéstramelas.’ Y se acercó a donde me encontraba sentado y comenzó a lanzar fotografías, que sacaba de la pequeña bolsa negra, sobre la mesa frente a mí. Las fotografías salían de la bolsa una tras otra, y algunas eran de personas a las que conocía, algunas de mis amigos, algunas de personas a las que sueles ver en los periódicos, pero la mayoría era de gente desconocida. Siguió así un buen rato y empecé a sorprenderme, puesto que salían más fotografías de la bolsa de las que una bolsa tan pequeña pudiera contener. Estaba a punto de decir que no podía comprender por qué me estaba mostrando estas fotografías cuando apareció sobre la mesa una fotografía mía. Entonces lo detuve. ‘Dígame, Sr. Smith, ¿por qué ha puesto mi fotografía junto con las demás?’ Comenzó a tartamudear y a sonrojarse. ‘Oh, discúlpeme, Sr. Flower,’ dijo. ‘No debería haberle mostrado las fotografías de este modo, debería haberle dicho antes qué son.’ ‘¿Y qué son?’ pregunté. ‘Son las fotografías de quienes van a morir este año,’ dijo; y desapareció de mi vista, se esfumó, como si la tierra se lo hubiera tragado. Y te prometo que me desperté sudando y muchos días hubieron de transcurrir hasta que pude librarme de ese sueño. ¿Es este uno de los sueños que acaban sucediendo? Porque si es así, no me queda mucho.”

“Es un cuento extraño,” dijo Peig. “Pero no es una visión, es solo un sueño. Pues existen tres tipos de cosas que nos vienen mientras dormimos: sueños, que solo son historias extrañas que pasan por la mente mientras dormimos; pesadillas, que no son sino miedos de la noche; y

visiones, que tratan sobre sucesos que van a ocurrir. Y el tuyo solo fue un sueño, y no vas a morir este año.”

No pude entender cómo Peig hacía la distinción, pero tenía razón, y no fallecí ese año. Siguió diciendo que no solo tenemos visiones en sueños de cosas que acabarán sucediendo, sino que existen cosas como las visiones mientras estamos despiertos.

“Había un joven que vivía en la parroquia de Ventry,” dijo, y supe, por la tradicional forma de comenzar, que venía un cuento, “y cierto día todos sus parientes se fueron a Dingle, y se quedó solo en la granja. Y tras haber terminado su faena, entró en la cocina y se sentó junto al fuego, mirando el humo que salía del suelo y pensando. Pero nunca supe en qué estaba pensando, por lo que no puedo decírtelo. Y no lleva mucho tiempo así cuando se levantó el pestillo, se abrió la puerta y entró una anciana. ‘Que Dios te proteja,’ dijo ella. ‘Que tengas larga vida,’ dijo él ‘y seas bienvenida.’ La anciana se sentó junto a la chimenea. ‘¿Me podrías dar un vaso de leche y un trozo de pan” dijo ella, ‘pues llevo mucho tiempo caminando, el día es caluroso y estoy cansada. Y solo soy una pobre vieja vagabunda y, si ayudas a los que son como yo, Dios te recompensará con una larga vida y el cielo después.’ ‘Lo haré,’ dijo él. Se levantó y le acercó un vaso de leche y un pedazo de pan; y más aún, cuando hubo bebido la leche y comido el pan, le dio una moneda.

“‘Has sido bueno conmigo,’ dijo ella, ‘y puesto que la bondad debería premiarse con bondad, te voy a enseñar algo.’ Le pidió un cuenco de agua caliente. Él puso la tetera en el fuego y cuando el agua estuvo caliente, la echó en el cuenco. Ella puso el cuenco en el suelo. Luego sacó algo del bolsillo, lo esparció sobre el agua del cuenco y pronunció algunas palabras que él no pudo llegar a oír. Él estaba sentado junto al fuego, sin decir nada, pero cuando el vapor se elevó desde el cuenco después de que hubiera dicho esas palabras, se abrió la puerta y entró una muchacha joven, que se acercó al fuego. La muchacha se quedó allí, mirando fijamente el fuego, y él la miraba, y vio su cuerpo y sus rasgos, pero no la conocía puesto que nunca antes la había visto. Y según se enfriaba el agua, el vapor dejó de salir. La chica se dio la vuelta y salió por la puerta, y no volvió a verla.

“Se giró hacia la anciana y le dijo: ‘¿Quién era esa chica?’ ‘esa es la chica con la que te casarás,’ dijo la anciana, y le dijo la edad de la chica y cuándo se casarían; después pidió la bendición de Dios para él por su amabilidad y salió por la puerta. Nunca más volvió a verla. Pero cuando llegó el día que le había dicho, fue a la parroquia de Dunquin y allí se encontró a una chica, y era la chica que había visto en sus visiones. Se enamoraron y se casaron. ¿Y sabes quién era esta chica?’

“¿Cómo voy a saberlo?” dije yo, “pues nunca había escuchado esa historia y supongo que todo ocurriría en los viejos tiempos antes de que tú o yo viniéramos al mundo.”

“Sucedió antes de que yo llegara al mundo de alguna manera,” dijo Peig, “pues el joven era mi padre y la chica era mi madre, y mi padre me contó a menudo esta misma historia.”

“Y supongo que no será la única historia que te contó, ¿verdad?” dije.

“Tenlo por seguro, pues era quien mejor contaba historias en esta zona. Tomás Sayers se llamaba.”

“¿Sayers?” dije. “Ese nombre es inglés.”

“Sí, pues sus antepasados llegaron desde Inglaterra. Y eran protestantes hasta tiempos de mi abuelo, y entonces abrazaron la fe católica. Mi padre conocía más historias que cualquier hombre de su época y si le hubieras escuchado contarlas te habrías quedado asombrado, puesto que nunca se olvidaba de nada y las decía de corrido, toda la historia como había ocurrido y todos los dichos y maneras de hablar. Se las sabía mejor que cualquier otro. Vivió 96 años y hasta un día o dos antes de morir era capaz de contar cualquier historia sin pararse, y su mente tan lúcida y su habla tan buena como siempre. Era un hombre pequeño, vivaz, y los chicos del pueblo solían venir a nuestra casa aquí a Dunquin por la noche para escucharlo contar historias.

“Tenía una cama en un lado de la cocina y cierta noche, los chicos habían venido a escucharlo, estaban sentados alrededor del fuego, y uno de ellos se volvió hacia mi padre y le dijo: ‘Cuéntenos un cuento’. Y comenzó, ‘El Buey Rojo’ se titulaba, y todos saben que esa historia es larga y complicada. Pero él la estaba contando sin ningún problema hasta que llegó a la mitad. Entonces se paró repentinamente, su lengua se le quedó atada un instante y se atascó. Nunca antes había visto a mi padre perderse al narrar una historia. Pero en breve volvió en sí y retomó el cuento, del tirón hasta el final. Y cuando hubo acabado, me levanté y me acerqué a él. ‘Te has atascado, padre’ le dije. ‘Cierto,’ dijo él. ‘Jamás te había visto atascarte en un cuento,’ dije yo, “y eso es señal de que la muerte se acerca.’ ‘Venga,” dijo él, ‘la muerte aún no ha salido de Cork para buscarme.’ Luego todos nos fuimos a la cama, y en medio de la noche lanzó un grito. Me acerqué a él, estaba sentado con miedo en sus ojos. ‘Me ha alcanzado,’ dijo, ‘noto su soplo en mi corazón’; y cayó enfermo y dos días después había muerto.”

“Que Dios guarde su alma,” dije yo. “Fue un final apropiado para un narrador.”

“Lo fue,” dijo Peig. Y volvimos a debatir sobre la visión que había tenido de la chica que luego fuera su mujer.

“Hay muchos cuentos de fantasmas de los muertos,” dije yo, “pero esa es la primera historia que he oído del fantasma de un vivo.”

“¿Creerías que hay fantasmas, espíritus de gente que se han ido de este mundo y regresan de noche para visitar a los vivos?” dije.

“Bueno, he oído bastantes historias de esas, pero nunca he visto un fantasma y no conozco a nadie que tenga constancia cierta de ellos. Pero hay muchos hechos extraños en el mundo que van más allá de nuestro conocimiento, y puede que también haya fantasmas, aunque no comprendo por qué tendrían que volver a este mundo cuando ya lo han abandonado. Sería mejor que descansasen en sus tumbas y no nos molestasen.”

“Yo tampoco he visto ningún fantasma,” dije, “pero he conocido gente que sí los han visto, y hay muchas historias, y de sucesos extraños que ocurren sin seguir las reglas de este mundo.

Había un muchacho en la parroquia de Ventry que no podía ganarse la vida allí, así que decidió viajar al norte pues pudiera ser que encontrase algo allí que le ayudase a llevarse algo a la boca. Partió con un amigo de la misma parroquia y atravesaron Irlanda hasta que llegaron al norte. Entraron al servicio de un granjero y durante un tiempo las cosas les marcharon bien. Pero después este muchacho enfermó, llamó a su amigo y le dijo: ‘Sé que voy a morir.’ ‘No digas eso,’ dijo su amigo. ‘Sí que lo digo puesto que, jóvenes o viejos, cuando llega el momento, debemos partir. Pero siempre he pensado que cuando muriese sería enterrado en mi cementerio, entre mis parientes, y ahora voy a morir muy lejos de casa. Prométeme que cuando haya muerto, me cortarás la cabeza y la llevarás a enterrar a mi cementerio.’ Su amigo se mostró reacio al principio, pero finalmente se lo prometió, y el muchacho murió feliz, pues sabía que parte de él descansaría en su cementerio.

“Así que cuando murió, su amigo cumplió su palabra, le cortó la cabeza y marchó por Irlanda con la cabeza envuelta en un trapo. Finalmente llegó a Ventry, extenuado del viaje. Se dirigió a la casa de su amigo, puso el trapo con la cabeza sobre la mesa y les contó que era la cabeza de su hijo, que había muerto en el norte y que había querido que su cabeza fuera enterrada en su cementerio, puesto que su cuerpo no podía descansar en él. Consiguieron un ataúd, un barril de cerveza y algunas pipas y celebraron el velatorio de la cabeza. Al día siguiente partieron hacia el cementerio de Ventry con la cabeza en el ataúd. Ya sabes que el cementerio de Ventry está en un cruce de caminos. Pues según iban por su camino vieron otro funeral que se acercaba por el otro camino. Es costumbre, cuando dos funerales se acercan al mismo cementerio al mismo tiempo, que corran para ver quien llega antes, pues quien gana es el primero en proceder al entierro. Así que aceleraron cuanto pudieron, y el otro funeral hizo lo mismo. Y llegaron a la vez a los muros del cementerio y según tocaron el muro, el otro funeral, el ataúd, las plañideras y todo lo demás se esfumó como si se los hubiese tragado la tierra. Se quedaron pasmados, pero dijeron que habían ido a enterrar la cabeza y que enterrarían la cabeza. Así que elevaron el ataúd por encima del muro y llegaron al lugar donde estaba abierta la tumba, y allí enterraron la cabeza como había pedido el muchacho cuando estaba muriendo. Y así quedaron las cosas durante un tiempo. Pero algunos meses después murió otro hombre de la misma familia y volvieron a abrir la tumba y qué se encontraron si no dos ataúdes; en uno estaba la cabeza y en el otro el cuerpo. Así que al final el muchacho vio cumplido su deseo, y descansó, cabeza y cuerpo, en la tumba de sus padres.”

Mientras Peig contaba la historia yo la miraba, admirado por su rostro fino y definido, con esos ojos oscuros tan expresivos que van cambiando a la vez que cambia el tono de su relato, todo ello enmarcado por el chal que se le caía de la cabeza al mover los brazos gesticulando y que volvía a colocar sobre su frente una y otra vez. Según terminó la historia, una ráfaga de viento entró por la chimenea y llenó la habitación de humo.

“¡Ojalá ardas hasta derrumbarte a causa de una chimenea!” gritó, corriendo hacia la puerta trasera y abriéndola de par en par para provocar una corriente que se llevase el asfixiante humo. “Siempre sé cómo sopla el viento cuando estoy en casa,” dijo, regresando junto al fuego, “pues si viene de un lado, haga lo que haga, el humo invade la habitación, y no hay manera de evitarlo. Y tú no estás tan acostumbrado como nosotros.”

“Estoy acostumbrado a cosas peores,” dije yo, “pues te asombrarías si vieras un día de niebla en Londres, cuando las nubes caen y se mezclan con el humo de la ciudad, y no puedes verte ni la mano a causa de la oscuridad que dura todo el día, y el sabor de esa niebla tan amargo para la garganta.”

“Ah, pero la gente de Londres es rica y pueden encontrar formas de escapar de la niebla; no como la gente de la Isla, pues son muy pobres y están en una isla del mar como en una prisión y deben aceptar el tiempo y el mundo tal y como venga, sin nada que pueda suavizar o facilitar su vida como aquellos que están libres en el ancho mundo.”

“Eso dices, Peig,” dije yo, “pero no es cierto, pues hay más gente pobre en Londres, más pobre que cualquiera de la Isla. Hay hombres que vagan por las calles, viviendo de la misericordia del mundo y sin nadie que los ayude, y en invierno tiemblan con el frío de la noche sin ropas apropiadas o comida.”

“Bueno, así funciona el mundo como Dios lo hizo desde el principio, pues se ordenó que debería haber ricos y pobres, y los ricos no pueden vivir sin los pobres, ni los pobres sin los ricos.”

“Pero algunos dicen que no hay necesidad de que el mundo sea así, y que si el dinero del mundo se dividiera a partes iguales entre todos, todos podrían vivir sin dificultades y no habría ricos ni pobres.”

“No los creas, Bláheen, pues ese plan ya se intentó y todos sabemos cómo acabó.”

“¿Cuándo se intentó?” pregunté, “¿y qué es lo que pasó? Nunca he oído que se haya intentado.”

“Ocurrió así. Una vez existió un buen rey. La gente lo amaba, pero amaban aún más a la reina, su esposa. Pues todo lo que ella deseaba a cada momento era estar en contacto con los pobres. Y siempre se quejaba, preguntando por qué los pobres no eran tratados con justicia para sacarlos de la pobreza. Un día, habló con el rey. ‘Espero, oh rey,’ dijo ella, ‘que harás algo por mí, y harás justicia a los pobres.’ ‘Muy bien, mi reina,’ dijo él, ‘tu deseo será cumplido.’ Ella se mostró muy agradecida en aquel momento, pero tal vez no lo estaría más tarde. El rey ordenó ciertas leyes, que todo el mundo debería vivir sin dificultades y ser capaz de arreglárselas por sí mismo.

“Poco después, los pobres vivían con relativa comodidad y en algunos años no tenían que preocuparse por vender o comprar nada. Y cierto día sucedió que no había una sola patata que comprar en ningún mercado. Así que la casa real se quedó sin patatas para cenar ese día. A la hora de la cena, se sentaron a la mesa y la reina vio que no servían patatas. ‘¿Qué es esto? ¿No hay patatas para cenar?’ ‘Si no tienes una sola patata para cenar,’ dijo el rey, ‘es por deseo tuyo. No estarías contenta hasta que se hiciera justicia a los pobres y ahora, cuando pueden arreglárselas por sí solos, no se molestan en hacer nada por ti o por mí. Deberías estar contenta.’ ‘Oh, si eso es lo que ocurre,’ dijo la reina, ‘tendrás que poner punto final a esta situación. Tengo que cenar patatas.’ Así que el rey tuvo que frenar de nuevo a los pobres y ponerlos bajo sus órdenes. Y entonces la reina estuvo contenta.”

Tras pronunciar semejante refutación incontestable, del mundo de los cuentos de hadas, sobre la inutilidad de la distribución equitativa de la riqueza, Peig se levantó del taburete. “Bueno, Bláheen,” dijo, “llevamos mucho tiempo hablando, y le gente dirá de mí que no hago nada sino sentarme y contar historias, y es hora de que vayas a casa a cenar.”

“Sí,” respondí, y nos dirigimos a la puerta y miramos afuera. El sol se estaba poniendo en el mar y sus rayos chocaban sobre tierra firme. Algunos días antes había llovido con violencia y los cursos de agua seguían fluyendo por todos lados. En la distancia, cerca de *Sliabh an Iolair*, encima de Dunquin, se podía ver una catarata que refulgía con la luz del sol vespertino.

“¿Ves aquella cascada?” dijo Peig. “En una casa allí debajo vivía yo de niña, hasta que llegó la hora de entrar a servir. Y me casé a los 17. No verías en ningún lugar chica más feliz que yo hasta ese día, pues la juventud tiene pie ligero y corazón contento. Pero desde que me casé nunca he vuelto a conocer un día enteramente feliz. Mi esposo era un hombre que estaba enfermo la mayor parte del tiempo y después murió y me dejó, y yo enseñé a leer y escribir a mis hijos, y nunca hubo niños más inteligentes para los libros. Pero no había sitio para ellos en Irlanda, y todos excepto uno se han ido a América, y pronto se marchará también este, y me quedaré sola en el final de mi vida. Pero es voluntad de Dios y la manera en que funciona el mundo, y no debemos quejarnos.” Y se puso el chal sobre la cabeza, se giró y entró en una casa que cada vez estaba más oscura.

GOBNAIT

Había caído la noche y me abrí camino con cuidado bajando por los accidentados senderos hacia la parte inferior del pueblo, esquivando una sima por aquí, tropezando con una piedra por allí y guiando mis pasos con una linterna eléctrica entre los peligros del camino. Al final giré junto a un *púicin*, una de las chozas con forma de colmena que los habitantes de las Isla construyen para guardar sus aperos, descendientes en línea directa de las antiguas moradas de los ermitaños. Salía una luz por la entrada de la casa que tenía frente a mí, y entré.

Es la casa de Seán Eoghain, de la familia Dunlevy, una espléndida figura de un anciano como uno de los héroes de la historia irlandesa. Permanece quieto, alto y enérgico, aunque es un pensionista anciano, y trabaja todo el día en el campo con energía incansable. Sobresale una nariz grande como una roca de su rostro arrugado, entre un ojo abierto y otro lánguido, encima de una gran boca de la que, cuando habla, sale un tremendo estruendo que casi ensordece al oyente. Tomás suele llamar a esta voz '*barrabua na Féinne*', el cuerno triunfante de los fenianos, y verdaderamente se aproxima más al clamor de un gran cuerno llamando a la batalla que al sonido de una garganta humana.

Según entro, está sentado junto al fuego, con su nieto en la rodilla, con ese poderoso órgano del habla reducido al sonido de una nana mientras tranquiliza a la pequeña criatura para que duerma. Mi entrada rompe el hechizo pues eleva la voz para darme la bienvenida.

'Por el encantador diablo,' dice con uno de sus juramentos favoritos, 'es una buena vista contemplarte bajo el cobijo de mis vigas, Bláheen. Siéntate en la silla que está junto al fuego y Méiní te dará una taza de te.'

'Así lo haré y bienvenido,' dice Méiní.

'No te tomes la molestia, Méiní,' digo yo. 'Acabo de venir de cenar y si no bebí te suficiente es culpa solo mía.'

Méiní regresa al banco del que se había levantado para preparar el te y coge la silla junto al hogar.

'Quizás tengas razón,' dice Seán, 'pues es el te el que ha arruinado la salud de la gente. Recuerdo cuando no había te en la Isla y tampoco era conocido, ni el azúcar ni el pan blanco. En aquellos días nos alimentábamos con pan de harina india y leche, patatas y pescado, y no había hombre alguno en la Isla que no se fuese a la tumba con todos sus dientes. Pero ahora los dientes se pudren en las bocas de los niños antes de que hayan madurado y son el te, el azúcar y el pan blanco los que los provocan, ¡mal rayo los parta!'

La nuera de Seán, que es una de las dos maestras del pueblo, estaba sentada junto a la mesa. 'Bueno, Séan,' dice ella, 'tú mismo comes pan blanco de buena gana, y nunca te causas de echar azúcar al te.'

'Sí, sí, sí', dijo él, pues es una manía suya el repetir las palabras tres veces, 'debemos seguir el rumbo que sigue el mundo aunque sea el camino equivocado, pero las costumbres antiguas eran mejores.'

La puerta se abrió en mitad de esta discusión y Gobnait, la esposa de Peats Sheámuis, entró y se sentó en el banco junto a Méiní. Es una mujer de constitución fuerte de cuarenta años, con un rostro cetrino debajo de un pelo oscuro y enmarañado y los rápidos ojos brillantes de un contador de cuentos. Seán se gira hacia ella. 'Gobnait,' dice él, '¿no conoces ningún cuento que haga dormirse a este niño?'

'Me daría vergüenza contar cuentos delante de Bláheen,' responde ella, 'pues él ha escuchado todos los cuentos del mundo, y no le encontraría ningún gusto al cuento que yo pueda contar para entretener a los niños junto al fuego por las noches.'

'Anda, Gobnait, ese es justo el tipo de cuentos que me gusta, pues estoy cansado de los cuentos de los libros, y el hombre más anciano no es sino un niño grande. ¿Por qué no estaría contento con los cuentos que se les cuentan a los niños?'

'Bueno,' dice ella, '¿has escuchado alguna vez el cuento de Purty deas Squarey?'

'No. ¿Y quién era Purty deas Squarey?'

'Era un perro y lo sabrás todo de él al escuchar el cuento.'

'¿Pero qué significa Squarey?'

'No lo sé, pero así es como siempre he oído su nombre en el cuento.'

'Quizás era un perro con cuatro esquinas,' sugiero.

'Tal vez tengas razón, Bláheen,' dice Seán, 'pues eso significa 'square' en inglés, y esa es la palabra empleada.'

'Bien, sea así o no, ese es el nombre que tenía,' dice Gobnait, 'y también era un buen perro, como oiréis en el cuento. Había una vez un rey,' comenzó, y con la voz templada del narrador de cuentos, comenzó el cuento.

Mientras estaba sentada, y el cuento brotaba con una voz uniforme, sus dedos no permanecían ociosos. El sacerdote de la parroquia y el coadjutor vendrían a la Isla en unos días para las procesiones, decir misa en la escuela y escuchar las confesiones. Catequizarían a los niños, y los pequeños deben estar vestidos con esmero para la gran ocasión.

Gobnait estaba haciendo un vestido para Máirín, la nieta de Seán, y mientras sus labios daban forma a las frases del cuento, sus dedos estaban atareados cosiendo la tela que tenía sobre las rodillas. Los demás no tenían ningún escrúpulo para intervenir en su historia cuando había ocasión de aprobación o disconformidad, y después del estallido ella continuaba el hilo, moviendo la aguja con fuerzas renovadas, y retomaba el cuento con nuevos ánimos. Al final el cuento finalizaba con la victoria de la virtud perseguida, y la niña pequeña suspiró satisfecha y se durmió. Su madre la cogió en brazos y la llevó a la cama de la habitación interior.

Hurgué en mi bolsillo y saqué un cuaderno. 'Me gustaría tener ese cuento por escrito,' dije.

'Bien, bien, bien,' dijo Seán, '¿no es extraño que un erudito de la ciudad de Londres quiera escribir un tonto cuento para niños?'

'No obstante, si Gobnait puede contarlo de nuevo despacio, intentaré escribirlo.'

Así que Méiní encendió una vela junto a mi codo para que diese luz a mi cuaderno, y colocando mi silla contra Gobnait, y dejando el cuaderno sobre la mesa, me preparé para seguir su voz con rauda pluma.'

'Había una vez un rey,' comenzó ella de nuevo. 'Es normal que lo hubiera y seguirá habiéndolos. Estaba casado y tenía una hija cuando murió su mujer; se casó de nuevo y tuvo otra hija con esa mujer, y no era tan bella como la hija del rey. La madrastra estaba celosa de la hija del rey y siempre estaba planeando cómo podría hacerla morir.'

'Bien, ¿no es magnífico, Bláheen' interrumpió Seán, 'que en el pasado todas las madrastras fueran malas mujeres? ¿Por qué crees que pasaba eso?'

'No lo sé,' dije, 'porque hay buenas y malas madrastras del mismo modo que hay bueno y malo en cualquier cosa. Pero no habría cuentos si las madrastras no fuesen malvadas y supongo que esa es la razón.'

'Quizás,' dijo él. 'Prosigue, Gobnait.'

'Así que cierto día fue a donde el viejo mago y le preguntó cómo podía causar la muerte de la hija del rey. Él dijo que tenía la respuesta: debía fingir que estaba enferma y que no podría curarse a menos que se enviase a la hija del rey al Pozo de las Cabezas a coger tres botellas de agua. Volvió a casa y se tumbó en la cama. El rey fue a verla y le preguntó si había algo que pudiera curarla.

'Ella dijo que sí: enviar a su hija al Pozo de las Cabezas a por tres botellas de agua. "No enviaré a mi hija allí," dijo él, "a menos que quiera ir." Su hija dijo que iría de buena gana. Así que se preparó para el camino; cogió una cesta y puso dentro todo lo que quería para el camino, y después fue hasta el límite de sus tierras a buscar a la anciana, y la anciana le dio algo de comida. Le preguntó a dónde iba y dijo que iba al Pozo de las Cabezas a causa de su madrastra. Partió y caminó hasta llegar a un manantial y se sentó a comer algo. No llevaba mucho tiempo comiendo cuando llegó un petirrojo de la familia Sullivan. "Un poco o un bocado para mis polluelos que llevan en el agujero del muro durante un cuarto del año." "Siéntate," dijo ella, "y come hasta saciarte."

'Antes de sentarse, el petirrojo extendió su cola sobre el pozo y convirtió la superficie en miel y el fondo en sangre, y ambos comieron hasta saciarse. Le dejó suficiente para sus polluelos y se marchó hasta llegar al Pozo de las Cabezas. Sumergió una botella en el pozo y salió una cabeza. "Lávame y límpiame," dijo la cabeza, "y cámbiame de mano en mano y ponme en aquella losa." "Para eso he venido," dijo ella, y la lavó y la secó con su toalla, y la cabeza saltó de su mano y fue a la losa.

'Sumergió la segunda botella y se alzó otra cabeza hacia ella. "Lávame y límpiame. y cámbiame de mano en mano y ponme en aquella losa." "Que Dios guarde tu alma, para eso he venido." La lavó y la limpió y la secó con una toalla, y la cabeza saltó de su mano y fue a la losa.

'Sí que saltaban bien esas cabezas,' dijo Seán, '¿y cómo lo hacían sin piernas?'

'¿Cómo lo voy a saber? Así es como siempre oí el cuento. Así que sumergió la tercera botella y se alzó la tercera cabeza. "Lávame y límpiame, y cámbiame de mano en mano y ponme en aquella losa," dijo la tercera cabeza. "Que Dios guarde tu alma, para eso he venido." La lavó y la limpió y la secó con una toalla, y la cabeza saltó de su mano y fue a la losa.

'Después colocó las botellas en su cesta, y ya se iba cuando una de las cabezas habló. "¿Qué regalo le daréis?" dijo a las otras cabezas. "Ser más bella de lo que ya es, cuando vaya a casa." "¿Y qué regalo le darás tú?" dijo la otra cabeza. "Que nadie jamás será mejor que ella." "¿Y qué regalo le darás tú?" dijo a la tercera cabeza. "Que cada vez que se peine obtenga de su pelo blanca plata."

'Y la muchacha se fue y fue a donde la diminuta anciana y esta le dio la bienvenida cien y mil veces de la alegría de que hubiera regresado sana a casa. Se lavó y se limpió y se peinó el pelo en el regazo de la anciana, y dejó todo cubierto de plata cuando terminó de peinarse.'

'Eso sí que fue dinero fácil,' dijo Seán.

'Después fue a casa. Cuando su madrastra la vio volver sana y salva no mostró demasiada alegría. Volvió a donde el viejo brujo. "A ver, ¿dónde la mando ahora?" "Envía allí a tu propia hija." Volvió a casa y le dijo a su hija que fuese al Pozo de las Cabezas para traerle tres botellas de agua. Partió la hija y caminó hasta llegar al manantial. Se sentó a comer algo junto al pozo y llegó el petirrojo de la familia Sullivan. "Un poco o un bocado," dijo el petirrojo, "o alguna miga dura para mis polluelos que llevan en el agujero del muro durante un cuarto del año." "No tengo suficiente para mí." El petirrojo extendió su cola sobre el pozo y convirtió la superficie en sangre y el fondo en miel, y ella apenas pudo comer porque el pan se le atragantaba.

'Después se fue y llegó al Pozo de las Cabezas; sumergió una botella y salió una cabeza. "Lávame y límpiame y cámbiame de mano en mano y ponme en aquella losa." "Que me salgan jorobas," dijo ella, "si hago tal cosa." Sumergió la segunda botella y se alzó otra cabeza hacia ella. "Lávame y límpiame. y cámbiame de mano en mano y ponme en aquella losa." "Que me rompa una pierna," dijo ella, "si hago tal cosa." Sumergió la tercera botella y se alzó la tercera cabeza. "Lávame y límpiame, y cámbiame de mano en mano y ponme en aquella losa." "Que me vuelva más fea de lo que soy si hago tal cosa," dijo ella.

'Puso las botellas de nuevo en la cesta y partió. Pensaron en qué regalos deberían darle. "Una joroba bajo otra joroba," dijo una de las cabezas. "Una pierna rota," dijo la segunda cabeza. "Ser más fea de lo que es," dijo la tercera cabeza.'

'¡Que tenga mala suerte, se tenía merecida la joroba y la pierna rota y la fealdad!' dijo Méiní.

'Se fue a casa y cuando llegó se cayó en el umbral y se rompió la pierna, y tuvo que pasar un tiempo en cama, y cuando volvió a levantarse era más fea que antes y tenía varias jorobas en la espalda.

'Su madre estaba furiosa y volvió a ver al viejo mago. Le dijo que estaba volviendo más bella a la hija del rey y a su propia hija más fea que antes. "No te preocupes por eso," dijo el mago. "La pondré en un lugar que la retendrá allí. Finge que estás enferma y que nada podrá sanarte a no ser que la hija del rey vaya a cierto molino a conseguir una bolsa de trigo molido; y nadie ha regresado jamás de ese molino." Le contó esto al rey. . "No enviaré a mi hija allí a menos que quiera ir." Le preguntó a su hija si quería ir al molino. Ella respondió que iría. Se preparó para el camino, con todo lo que necesitaba, y no se olvidó de ir a ver a la anciana con su cesta. Le dio un gallo pequeño y le dijo que lo metiese en la cesta.

'Cuando llegó al molino, no había nadie más que dos muchachos. Dijeron que era bastante tarde para moler el trigo, que debía esperar hasta el día siguiente. Les preguntó si tenían algo de agua hirviendo. Le contestaron que sí, y le dieron un hervidor con agua, y ella preparó te y

todo lo que quería y lo dejó sobre la mesa. Les dijo a los dos muchachos que acercasen sus sillas y comieran junto a ella, y así lo hicieron.

'Tras terminar, estaban muy agradecidos y se quedaron con ella hasta bien entrada la noche. Después le dijeron que no podían llevarla con ellos y que debía quedarse en el molino hasta la mañana. Se marcharon y al poco un hombre alto y negro bajó por la chimenea. "Estira tus largas piernas blancas junto a mis largas piernas negras." "Eso haré," dijo ella, "si me fabricas un armario de oro." No tardó mucho en hacerlo. "Estira tus largas piernas blancas junto a mis largas piernas negras." "Lo haré si me fabricas un aparador de oro." "Estira tus largas piernas blancas junto a mis largas piernas negras." "Lo haré si me fabricas una escalera de oro." Dios, no acababa de poner el último clavo en la escalera cuando el pequeño gallo sacudió sus alas y cantó y el hombre alto y negro se marchó por la chimenea.'

'Chica lista; no tardó mucho en que le fabricasen sus muebles de oro. Es una pena que no consiguiese una casa de oro en la que meter los muebles antes de que cantase el gallo,' dijo Seán.

"Cuando los muchachos llegaron a la mañana estaban encantados de encontrarla allí viva; le molieron el trigo y lo metieron en paquetitos. Cuando la madrastra la vio regresar otra vez casi se desmaya. Volvió a donde el viejo mago, y él le dijo que mandara allí a su propia hija. Cuando volvió a casa la mandó al molino a moler trigo.

'Salió hacia el molino y no saludó a nadie, sino que iba con gesto malhumorado, y cuando llegó al molino los muchachos le dijeron que no podría moler su maíz hasta la mañana. Ella les pidió una taza de agua hirviendo. Preparó una taza de té y no pensó en nadie más. Ellos se fueron y la dejaron sola. Al poco el hombre alto y negro llegó bajando por la chimenea. "Estira tus largas piernas blancas junto a mis largas piernas negras." "No puedo," dijo ella, "pues tengo jorobas." "Estira tus largas piernas blancas junto a mis largas piernas negras." "No puedo, pues tengo una pierna rota." "Estira tus largas piernas blancas junto a mis largas piernas negras." "No puedo, pues soy más fea que nunca." Todo lo que él hizo fue engullirla y llevársela por la chimenea.'

'Que se vaya y no vuelva, vaya pieza para cualquier hombre,' dijo Méiní.

'Cuando los muchachos volvieron a la mañana, no había ni rastro de ella. Molieron el trigo y mandaron al caballo a casa con un mensaje para su madre. Cuando el rey vio que la otra hija había desaparecido, pensó que la madrastra pretendía que su propia hija muriera.'

'Caramba, podía haberse dado cuenta antes,' dijo Seán, 'si tuviera algo de cerebro.'

'Así que la casó y la mandó muy lejos. Cuando llevaba un año casada tuvo una hija pequeña, y su marido hizo llamar a su madrastra para que cuidase de su mujer. Cuando llegó, la tocó con una varita mágica y la convirtió en un ciervo, y la sacó al parque entre los otros ciervos y puso en la cama a una mujer mayor en su lugar. Pero cuando el príncipe salió a ocuparse de los ciervos por la mañana, vio uno que le resultó extraño, pues no comía y se limitaba a hacerle carantoñas a él. Y así hasta que llegó la noche. Ella, la hija del rey, tenía un perro pequeño llamado Purty deas Squarey, y le habló al perro por la noche a través de la ventana. "¿Estás en

la cama, Purty deas Squarey?" "No estoy en la cama," dijo Purty. "¿Dónde está el bebé?" "Está en la cuna." "¿Dónde está el señor?" "Está en la salita." "¿Dónde está la vieja arpía?" "Está en la esquina."

'Se marchó hasta que llegó la noche siguiente. "¿Estás en la cama, Purty deas Squarey?" "No estoy en la cama," dijo Purty. "¿Dónde está el bebé?" "Está en la cuna." "¿Dónde está el señor?" "Está en la salita." "¿Dónde está la vieja arpía?" "Está en la esquina."

Pero el sirviente estaba escuchando y fue a donde el príncipe y le habló del ciervo que se acercó de noche a la ventana y habló con el perro pequeño. "No te preocupes," dijo, "hasta esta noche." Cuando la noche se acercaba, pusieron un trozo de cuero en el hocico del perro. Dejaron la ventana abierta, y al llegar la noche, ella se acercó a la ventana y llamó a Purty, y por supuesto Purty no le respondió. Así que entró por la ventana. Y rápidamente se aproximó a la cuna y allí comenzó a hacer carantoñas al bebé. Después la atraparon y su marido le preguntó que podría sanarla. Ella dijo que si la rociaban con Agua Sagrada de Navidad y Agua Sagrada del Domingo de Pascua volvería encontrarse tan bien como antes. Mandó a buscar el Agua Sagrada y se la echaron por encima, y entonces se curó y volvió a ser una mujer. Atraparon a la madrastra y encendieron un gran fuego de turba, y la colocaron en medio del fuego, y se quemó y consumió. Ese es mi cuento, y si alguna mentira hubiera en él, que así sea.'

Garabateé las últimas palabras y dejé caer el lápiz de mis manos agarrotadas. 'Gracias, Gobnait,' dije, 'es un bello cuento, y afortunados son los niños a los que les cuentas cuentos así.'

'Bien, bien, bien,' interrumpió Seán, 'es un cuento bastante bueno, pero en tiempos pasados no lo habríamos llamado cuento. Que el diablo se lleve mi alma, no compararía un cuento así con las extensas historias fenianas que solíamos contar. No hace mucho que tenía en mi cabeza todas esas historias y podría haberme pasado la noche contándoo las sin cambiar de sitio ni una sola palabra. Pero ahora no puedo contarlas. ¿Y sabes lo que las ha expulsado de mi cabeza?'

'Bueno, supongo que estás perdiendo la memoria,' dije.

'No, no es eso, pues mi memoria sigue siendo tan buena como siempre para otras cosas. Es Tomás quien lo ha provocado, porque tiene libros y periódicos y me los lee, y los cuentitos, uno tras otro, día tras día, de los libros y los periódicos, han expulsado a las antiguas historias de mi cabeza. Pero quizás sea yo el que las olvida.'

Aquí tenemos, pensé, el choque de las dos tradiciones, la oral y la escrita, presente gráficamente en la figura de ese heroico anciano. Hace veinte años, su mente estaba repleta de antiguos recuerdos y en él, y en hombres como él, el antiguo mundo inmutable pervivía como lo había hecho durante siglos. Pero ahora, el funesto goteo de la tinta del impresor ha arrasado el eterno modelo, y solo gracias a un destello de color por aquí, un hilo que sobresale por allí, en el material sin brillo, los que peleamos por restaurar algo de la compleja armonía forjada en el tejido original podemos imaginarnos los tonos brillantes y las alegres líneas del

pasado olvidado. El mundo ha adoptado otra forma de vida, y ningún remordimiento puede revivir un recuerdo agonizante. Lo que hoy he vivido en la Isla mañana será historia tan lejana como Troya, Nínive y Ur de Caldea. Podemos conservar algo de aquella tradición con la misma tinta que la ha destruido. Pero la realidad de la tradición se nos aleja y solo puedo pensar que el mundo es más pobre debido a esa marcha.

LA LADERA AFLIGIDA

Los dos lados de la Isla, inclinados de distinta manera, tienen igualmente diferente carácter. La ladera sur, que mira a la bahía y hacia tierra firme, cae dulce y lentamente, decidiendo en el último momento, por así decirlo, que le conviene formar un acantilado hacia un mar abrigado. El lado norte, encarado al abierto Atlántico, cae de súbito en forma de salientes laderas de escasa hierba que finalizan en gigantescos acantilados modelados fantásticamente por el capricho del agua en vastas bahías o estrechos barrancos, en donde se levantan afiladas rocas, o ajados arrecifes que acaban entre las olas. Por esta ladera se camina en ángulo cerrado por la colina, siguiendo los rastros de los conejos y las ovejas, y vas mirando con nerviosismo hacia abajo a los colmillos del mar, desnudos y blancos, sobre las rocas de allí abajo. Aquí pueden ocurrir cosas extrañas a causa de la altura que marea y va envolviendo el cerebro con hechizos paulatinos.

Un día de verano iba caminando por un sendero de ovejas justo sobre la línea donde la hierba se funde con la roca, yendo con paso fácil y seguro, y mirando distraídamente hacia el horizonte, en el que se amontonaba una ciudad inmóvil de nubes blancas. De repente, a mitad del acantilado, un cuervo despegó de la roca y, con un ronco graznido, fue aleteando con torpeza hasta el borde del agua. Sobresaltado, aparté la vista del horizonte y bajé la mirada, y me dominó el horror de aquella yerma profundidad bajo mis pies. El cerebro me dio vueltas, los pies temblaron sobre el camino y, mientras me cedían las rodillas, caí boca abajo, agarrándome desesperadamente con débiles dedos a la hierba resbaladiza. Y así, a gatas, retrocedí arrastrándome vergonzosamente por el mismo camino que con tanta confianza había seguido un momento antes.

Según caminaba, recordé una historia sobre las Skellig. Desde uno de los lados de la Gran Skellig sobresale una punta de roca sobre el mar, con la marca de una cruz inscrita en su extremo. Es signo de devoción gatear hasta la punta y besar la cruz. Dicen que un inglés intentó cierta vez esta proeza con afán de burlarse de la devoción de la gente. Pero la venganza del Cielo lo pilló desprevenido a medio camino y, resbalando en la roca, cayó al mar. Solía haber un refrán en la zona de tierra firme justo enfrente: "¡Más agua!" arsan Sasanach agus é báth' - "¡Más agua!" gritó el protestante que se ahogaba' - y la explicación es que tardó

tanto en caer por el aire que rezaba al agua para que se apresurase a reunirse con él y acabar con su miseria. Pensando con miedo sobre este suceso, y recién llegado de Londres, recé a todo aquello que hubiera de irlandés en mí para que me protegiese de todo lo que hubiese de inglés en aquella pendiente horrible, y mi oración fue atendida. Llegué a una pendiente menos escarpada y allí me quedé jadeando hasta que el infundado temor pasó. Desde entonces siempre fui con cuidado cada vez que iba por ese mismo camino.

Es a este declive abrupto de la Isla al que el enfurecido Atlántico trae a sus víctimas en días y noches de tormenta. Y existen muchos recuerdos de naufragios de tiempos antiguos y recientes; de repentinas llamadas a las puertas por las noches y la aparición de hombres empapados y desconcertados, hablando idiomas extraños y pidiendo y recibiendo cobijo: de ayudas inesperadas provenientes del mar en épocas de dificultades. Fue esta generosidad sin pacto del mar la que permitió subsistir a la Isla durante la Gran Hambruna.

'En los tiempos aciagos,' dice el cuento, 'la Gran Blasket no tenía mucho más que otros lugares de lo que presumir, aunque ha de decirse que nadie falleció allí de hambre ni escasez, alabado sea el Señor. Cuando comenzaron aquellos años, el primer año un hombre estaba en la cresta de la colina de esta Isla. Vio aproximarse a él desde el noreste, por la bahía, un barco de dos mástiles y observó, por su trayectoria, que se encontraba en mal estado y con pocos tripulantes para manejarlo. Estuvo observándolo gran parte de la tarde y se dio cuenta de que nadie iba al timón pues no mantenía ningún rumbo, sino que eran el viento y la marea los que la movían. Se acercaba la oscuridad y la noche y debía ir a casa. Contó a sus familiares lo que le ocurría al barco y que le parecía que navegaba sin rumbo y que quizás si alguien saliese temprano a la mañana siguiente, atendiendo a la dirección del viento, lo encontrarían en la playa.

'Y así fue. Estuvieron pendientes, especialmente el hombre que lo había visto primero, pues no fue a dormir en toda la noche. Y aunque fue muy pronto, otros habían ido ya. Buscaron incesantemente por todas las playas cercanas hasta que hubieron cubierto casi un tercio de la Isla y entonces lo encontraron en una de las playas. Bajaron y el tiempo seguía siendo adverso, el mar encrespado, una fuerte marea y una tormenta parecida. El barco estaba siendo golpeado y dañado frente a sus ojos y no podían hacer nada pues no había un momento de calma. Tuvieron que marcharse y dejar la playa por ese día.

'A lo largo del día y al día siguiente el tiempo estaba más tranquilo. Miraron por los alrededores y vieron que el mar estaba lleno de bultos amarillos parecidos a la mantequilla hasta donde alcanzaba la vista. Algunos se encontraban en la playa en la que estaba el barco, otros en todas las playas al este de esta. Salieron algunas barcas a recoger esos bultos. El barco iba cargado de aceite de palma, algo valioso, pero los habitantes de la Isla no lo sabían. Si lo hubieran sabido se habrían encontrado con más problemas aún. El navío no tenía ningún perno de hierro en toda su estructura, solo de latón y cobre. Recogieron una cantidad apreciable mientras pudieron y los vendieron por una buena suma en oro, pues la gente venía del extranjero a comprárselos.

'Cuando acabó la época del aceite de palma, y se había recogido todo excepto algún fardo que llegaba con la marea, se encaminaron a la playa donde se encontraba el armazón del barco. Alguno se encontraba un perno de latón tan largo como él y otro un perno de cobre. Se

encontraron estos pernos durante gran parte del año durante la marea baja, así que consiguieron superar el primer año de la Hambruna sin pérdidas gracias a este barco. Tras haber recogido las velas, los palos y la madera, y tras convertirlos en dinero, consiguieron una apreciable cantidad por ellos. Ese fue el primer año de la Hambruna, y no lo pasaron tan mal.

'Al año siguiente tampoco creció en la tierra ni una sola planta y la cosecha del anterior no daba para más. Necesitaban que la suerte apareciese en su camino. No había transcurrido mucho del año cuando en primavera apareció otro barco de dos mástiles a merced del viento, pues su timón había sido arrancado. Fue arrojado en la playa blanca que se encuentra bajo las casas y es una costa endiablada en un día de tormenta para salvar a nadie que esté en el mar frente a ella.

'Algunos miembros de la tripulación tampoco pudieron ser rescatados aunque los habitantes de la Isla hicieron todo lo que estaba en sus manos. Consiguieron traer a algunos, pero otros se les escaparon de las manos. El barco iba cargado de trigo. Cuando se quebró, el trigo salió como una masa de espuma blanca. Gran parte apareció en las hendiduras de roca que jalonan la costa de la Isla. Lo recogieron todo lo deprisa que pudieron, pues bien sabían que era comida, a diferencia del aceite de palma del año anterior. Cogieron y secaron y almacenaron tanto que les duró todo el año, así que tampoco el segundo año de la Hambruna fue tan malo para ellos. Poco habrían podido hacer si no llega a ser por estas dos oportunidades que se cruzaron en su camino. El tercer año también consiguieron superarlo aunque ningún golpe de fortuna se cruzase con ellos; pero la ayuda de Dios estaba cerca, pues al año siguiente las cosas cambiaron a mejor y el mundo se ha ido recuperando día a día hasta hoy, alabado sea el Señor.'

El lugar donde se produjo el primero de estos naufragios afortunados se conmemora, supongo, con el nombre de una de las playas de la Isla, Cladach an Chopuir, la playa del Cobre. Esta costumbre de nombrar lugares debido a hechos notorios es responsable de gran parte de la nomenclatura de la Isla. Hay una ladera de tierra, en el punto donde la parte norte de la Isla gira para convertirse en su cara oeste, que recibe el nombre de An Leaca Chlúch y esto, según mantiene Tomás, es una corrupción de la forma más antigua Leaca Dhúch, la Ladera Afligida. Este nombre proviene de un suceso espantoso que ocurrió en el trozo de mar que se encuentra justo debajo de la ladera. Según cruzas la cresta que lleva a este lugar, Mám na Leacan, miras hacia abajo a un tramo silencioso de agua bajo el acantilado, un paso del mar inquieto, con pequeños islotes, rocas sumergidas y repentinos remolinos.

'No había ningún trozo del mar,' dice Tomás, 'tan famoso para pescar en los viejos tiempos como esta colina; todo tipo de pez, pescado a anzuelo o con red. En aquellos días no existían brújulas en el condado de Kerry y llegaban barcas de todo el condado a pescar aquí, día y noche, sin parar hasta que tenían la barca llena de toda clase de peces que pudiesen atrapar. Por la noche solían pescar con redes de cerco y por el día con anzuelo. Y siempre se cuidaban de entrar cuando el tiempo fuese apropiado, pues el paso que conduce a esta zona es endemoniado, con remolinos y rocas sumergidas. Una noche apacible, sin resaca ni viento, las barcas se acercaban a este lugar como cuervos negros. Todas atravesaron el paso hacia el oeste sin temor y comenzaron a pescar, y no mucho después la noche se encrespó, con olas

contra las rocas, lluvias del noroeste y mucho viento. Apenas el viento había comenzado a soplar cuando levantó el mar contra la tierra. Todos comenzaron a recoger las redes a la mayor velocidad de manos y pies de la que eran capaces. Buena parte de los que primero habían llegado a trabajar se pudieron salvar, pero la tempestad barrió tantas barcas que al llegar la mañana había dieciséis viudas. Aunque esta colina llevó a buen puerto a tantos, al final tuvo que pagar por ello, pues las barcas ya no estaban tan dispuestas a acercarse como lo habían estado.'

"NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO"

El lugar en el que ocurrió esta tragedia sin duda alguna era el camino desde el mar entre la gran roca conocida como Carraig Fhada y las Rocas del Camino, el trozo de mar entre Beiginis y los arrecifes. Este mismo lugar ha sido la ensenada donde se produjo un desastre aún más terrible en tiempos antiguos, cuando los maltrechos barcos de la Armada Invencible llegaron buscando cobijo entre las islas huyendo de la furia del Atlántico. Mirando hoy a esa rabiosa confusión de rocas y mar, apenas podemos imaginar cómo fueron capaces los ingobernables grandes galeones de encontrar el camino a través de los peligros patentes y escondidos del lugar. Recuerdo un día, hace algunos años, en que una tormenta que se encontraba lejos en el Atlántico enviaba las últimas de sus olas a golpear las islas. Había algo terrorífico en la súbita crecida del mar en un día de calma sin viento, pues las olas parecían llegarnos movidas por su propia voluntad, independientemente de la voluntad del cielo. Mucho antes de que alcanzaran la franja de arrecifes que parte de la Isla, sus cabezas rompían en espuma, y luego se arrojaban contra las rocas, estallando en innumerables fuentes contra el cielo y al final, al caer, enterraban las negras rocas en una blanca confusión de espuma. La alargada forma de Carraig Fhada desaparecía por completo, y luego emergía gradualmente aquí y allá tras velos de nieve continua, para ser vuelta a enterrar en cuanto otro muro de agua rompía contra ella desde el cielo. Entre esta Isla afanada y las Rocas del Camino se aceleraban las explosiones ininterrumpidas, para destrozarse finalmente en la faz de Beiginis. Las gaviotas blancas revoloteaban sobre esta caldero de bruja, indiferentes a los problemas del agua, y los cormoranes negros, volando bajo y rápido con su acostumbrado aire de mensajeros enviados a una misión que no admite retraso, se lanzaban como flechas contra muros colgantes de espuma.

A la vista de este mar despedazante uno se da cuenta de que solo hombres muy desesperados y valientes pudieron haberse atrevido a aventurarse por el paso de los arrecifes. Pero los hombres de la Armada eran valientes más allá de toda duda (aunque fuesen capitaneados por alguien que posiblemente fuese un cobarde y con seguridad un tonto), y tenían buenas razones para estar desesperados. Habían conocido durante meses todas las situaciones críticas del mar y sufrido las últimas agonías de la batalla, el hambre y la enfermedad. Tras una semana de lucha en el Canal de la Mancha, la noche de los brulotes en Calais y la funesta lucha en

Gravelines, habían marchado hacia el norte y tras quitarse de encima por fin a sus persistentes enemigos, llegaron al abierto Atlántico, entre las islas Orkneys y las Shetlands. La última orden del Duque de Medina Sidonia profetizó su destino. "El rumbo que ha de mantenerse," había escrito, "es nornoroeste, hasta encontrarse a menos 61 grados y medio; y después prestar mucha atención no sea que nos topemos con la isla de Irlanda, por temor del daño que puede producirse en dicha costa."

El daño que se produjo a tantos de los grandes barcos en esa costa está escrito en la historia, aunque nunca se ha contado la lastimosa historia completa. Llegaron a mar abierto el 9 y 10 de agosto y se batieron por el Atlántico todo ese mes y bien entrado septiembre, víctimas indefensas de una serie de ciclones que indefectiblemente los condujeron hacia puertos abiertos y acantilados sin piedad en aquella temida isla de Irlanda. Un pequeño número de barcos, casuales compañeros de la tormenta, llegaron a la costa de Kerry el 11 de septiembre. Uno de ellos era el buque insignia de Martínez de Recalde, almirante en jefe de la Armada, quien conocía amargamente la península de Dingle, pues era quien comandaba la flota que había desembarcado para morir en el fuerte de Smerwick unos pocos años antes. La irónica tormenta los condujo hacia las islas y después los arrojó de nuevo al mar, y una vez más, cambiando su decisión, los volvió a llevar a tierra.

El día 15, el barco de Recalde, el San Juan, y otro barco, el San Juan Bautista, del escuadrón de Castilla, ambos grandes galeones de 1050 y 750 toneladas, se juntaron en Inis Tuaisceart, y fueron a fondear entre la Gran Blasket y Beiginis. No se atrevieron a intentar atravesar entre Beiginis y tierra firme, por temor a los acantilados de Dunquin y el prominente promontorio de Dún Mór. Así que se arriesgaron a enfrentarse al peligro de ese lugar, con una anchura justa para un barco, entre Carraig Fhada y los arrecifes. De alguna manera consiguieron meterse entre las rocas y echaron el ancla en el fondo arenoso entre ambas islas. Recalde envió un bote a tierra en busca de agua y su tripulación cayó en manos de los ingleses que se encontraban en los acantilados. Otro bote tuvo mejor suerte y consiguió el agua que tan desesperadamente necesitaban.

Durante un tiempo permanecieron anclados allí y el día 21 se les unió la Santa María del Rosario, que llegó por el paso terrestre, y otro barco, el San Juan de Ragusa, que había perdido su mástil principal y se desplazaba mediante el trinquete, que quedó reducido a jirones al atravesar el estrecho. También la Santa María del Rosario había perdido todas las velas excepto el trinquete, y cuando la marea subía desde el sureste, echó el ancla y, arrastrada por el Sound, golpeó con una roca bajo los acantilados y se hundió con toda su tripulación. Sólo un hombre, Juan Antonio de Génova, el hijo del piloto, llegó a la costa y fue apresado de inmediato por los despiadados observadores que allí se encontraban.

Lo examinaron en Dingle y tenía una extraña historia que contar. Su destitución se guarda en los Papeles del Estado. "El hijo ilegítimo del rey de España," dijo, hablando del Príncipe de Áscoli, un hijo natural de Felipe II, 'vino junto con barco del Duque de Medina Sidonia, llamado el galeón de San Martín, de 1000 toneladas; pero en Calais, cuando Sir Francis Drake se acercó a ellos, el príncipe fue en una pinaza a costa, y antes de que regresase, el Duque cortó los cables y levó el ancla, por lo que el príncipe no pudo recuperar ese barco, sino que llegó a

otro llamado Nuestra Señora del Rosario, con don Pedro, don Diego, don Francisco y otros. Su barco chocó contra las rocas en el estrecho de Blasket, y un capitán asesinó al piloto, padre de quien habla, aduciendo traición. 4000 personas murieron en la lucha de Calais y 1000 ahogados en dos barcos. Toda la compañía, incluyendo al hijo bastardo del rey de España, el Príncipe de Áscoli, se ahogaron el pasado martes, exceptuando únicamente a quien habla.'

Se parece a la escena que da comienzo a la Tempestad de Shakespeare; el real pasajero a merced de aquellas personas de voz retumbante a los que no les preocupa para nada el nombre del rey, la confusión en el barco en aquellos momentos críticos y el clamor contra el piloto:

Las vidas vilmente unos borrachos nos estafan: este bellaco infame, maldiciente - ¡Quisiera Dios que ahogándote estuvieras durante diez mareas!

Y así lo hicieron. Diez mareas y más de diez mareas deben haber bañado aquellos cuerpos rotos en las afiladas rocas de aquella costa cubierta de hierro. Y de toda esa tragedia, todo lo que queda en el recuerdo de la gente es el destino del Príncipe de Áscoli. Cerca de la escuela de Dunquin aún se puede ver una tumba a la que la gente llama "La tumba del hijo del rey de España". No se conserva ningún registro de todos los otros que murieron ese día, pues carecían del glamour incluso de la realeza ilegítima para conservar sus nombres vivos en labios de los hombres.

Este naufragio de Nuestra Señora del Rosario se produjo al cambiar la marea a las dos de la tarde. A las cuatro esa misma tarde llegó el San Juan de Ragusa , el barco de Fernando Horra, a pedir ayuda, que no se le pudo ofrecer a causa de la violencia de la galerna. Al día siguiente, el 22, Recalde envió un bote y se desembarcó a los hombres y al tesoro, pero resultó imposible salvar las armas. Este barco también se hundió en algún punto del Sound. El día 23 se hizo un intento desesperado por despejar las islas, pero arreció el viento y los barcos comenzaron a ser arrastrados por la marea hacia tierra. Tuvieron que volver a echar el ancla. Cayó la noche y se levantó el viento del sureste y comenzó a reunir los barcos en las islas. Se encomendaron a la Virgen Bendita y se encaminaron hacia los arrecifes una vez más. Era una noche oscura, el cielo cubierto de nubes de las que manaba una intensa lluvia, y el mar se agitaba contra las rocas. Pero más por suerte que por pericia se alejaron de las islas hacia el Atlántico.

Los días siguientes se tambalearon por el mar, con el viento variable llevándolos de aquí para allá, y la tripulación, mareada y famélica, apenas si podía agarrar las sogas, las armas del lastre yendo de lado a lado por el movimiento de las olas, y el mar entrando a bordo entre los altos castillos de popa y proa. Finalmente encontraron el camino a España y Recalde se metió en cama, con el corazón desgarrado por la vergüenza de aquella gran empresa fracasada, y a los dos días murió en silencio.

Es sorprendente que no quede ninguna tradición entre la gente de esta enorme calamidad. Los galeones permanecieron durante días atormentados frente a la Isla, dos se hundieron en el Sound, los acantilados estaban repletos de espectadores mirando esos armatostes, con insignias en ambos lados y el deshonorado oro de sus popas, sus rotos mástiles y harapientas velas y la espectral compañía carcomidos por las enfermedades, demacrados por el hambre, y medio locos por la agonía de la experiencia sufrida y el miedo presente. Hemos visto que

pervive una tradición sobre el hijo del Rey, pero por lo que concierne a los demás, la piedad del olvido había escondido su calamidad hasta que la curiosa investigación de hoy la desenterró de los registros de Inglaterra y los amarillentos papeles de Simancas. La gente guardó las lágrimas para sus propios desastres, y las dieciséis viudas de la Ladera Afligida se recuerdan mejor que los cientos que se hundieron con Nuestra Señora del Rosario.

PIERCE FERRITER

La tradición popular es realmente algo caprichoso e inexplicable. Es capaz de recordar, pero no como recuerda la historia, aprovechando elementos de personajes y sucesos que la mente popular puede asimilar a su modo de pensar, desechando sin compasión todo lo que lo rodea, confundiendo época y personajes, y construyendo su propio mundo atemporal rescatándolo del naufragio de la historia. Así, he escuchado parte de una canción que hablaba de 'Patrick Sarsfield que dio leyes a los irlandeses en tiempos de la Reina Isabel'; y otro héroe del siglo XVII, Pierce Ferriter, cuyo hogar se encontraba en esta zona, ha experimentado un curioso cambio, pagando para sobrevivir en el recuerdo con la rendición de la mayor parte de las características que tan noblemente destacaron en ese hombre cuando aún vivía.

Oí el nombre de Pierce Ferriter en la Isla por vez primera de una forma extraña. Una noche estábamos sentados en la cocina del Rey, hablando distraídamente sobre todo y sobre nada, cuando se abrió la puerta y entró un hombre con bastante poca energía. Cuando entró, un absoluto silencio cayó sobre los allí congregados y el hijo del Rey, levantándose del banco, entró en la habitación interior y sacó algunas cajas de áspera madera de pino blanco. '¿Servirán?' preguntó. 'Sí,' dijo el otro, y cogiendo las cajas giró sobre sus talones y se fue sin decir más. Un pesado silencio flotó en el ambiente durante algunos minutos y luego uno habló, otro respondió, y la charla sin importancia alguna prosiguió. No fue hasta la mañana siguiente cuando comprendí el significado de esta escena.

El día amaneció lluvioso, y después del desayuno me senté a leer junto al fuego, mientras la provisión de pan para el día se cocinaba en la cazuela para hornear. A causa de una súbita exclamación de la hija del Rey, me levanté y miré por la ventana. Desde lo alto del pueblo se aproximaba una pequeña comitiva y, a su paso, los hombres, mujeres y niños de todas las casas salían a unirse a ella. La hija del Rey apartó la cazuela del fuego, la dejó con cuidado en los rescoldos y volviéndose hacia mí, dijo: 'Es el funeral. ¿Vienes?'

Unas pocas palabras lo dijeron todo. Acababa de fallecer un recién nacido y el padre había venido la noche anterior a por madera para fabricar el ataúd. Ahora marchaba en cabeza de la procesión bajo la lluvia, con la pequeña caja que había conseguido fabricar con aquella madera salvaje sin santificar. Fuimos a unirnos al cortejo. Daba vueltas a las dispersas casas del

pueblo, aumentando su número; los hombres llevaban sus sombreros de fieltro, las mujeres con sus chales alrededor de la cabeza, y todos ellos en un mudo trance de pena o respeto. La lluvia barría el Sound en largos velos arrastrados sobre el mar en calma, y parecía como si la Isla estuviese aislada del resto del mundo por aquellos muros movedizos de agua bajo el cielo encapotado.

Giramos junto a un pequeño promontorio del acantilado más allá de las casas y nos detuvimos en un descuidado trozo de hierba húmeda, oscura y enredada, con piedras esparcidas por aquí y por allí. Un hombre con una azada había cavado una tumba poco profunda y allí, entre los sollozos de las mujeres y las plegarias en voz baja de todos los allí reunidos, el padre depositó a su hijo con gesto cansado. Se volvió a cubrir con tierra, sin provocar apenas ruido al caer sobre la pequeña caja, se dijeron algunas oraciones y después todos se marcharon lánguidamente, dejando el alma solitaria y sin tiempo para crecer a la eternidad y regresando nosotros, prisioneros voluntarios o involuntarios del paso tiempo, por los desiguales senderos entre las casas. Eran más o menos las once, el momento de cambio del día, y mientras nos íbamos se esfumó la niebla, se abrieron espacios azules en el cielo y parecía que el sol al regresar marchitaba las ráfagas de lluvia entre la Isla y tierra firme y nos devolvía al mundo. Algunos grupos se pusieron a hablar de nuevo y la vida, que durante tan breve momento había quedado suspendida en el desnudo promontorio sobre el agua gris, continuaba su curso habitual bajo la tranquila luz del sol sobre el chispeante mar.

La casa de Tomás se encuentra en el pueblo inferior no lejos de este cementerio sin consagrar y allí fui para hablar un rato, y para quitarme de encima, si fuera posible, la opresión de los sucesos de esa mañana. Quitó de una patada al gato, que tenía el mejor sitio frente al fuego, y me senté en un pequeño taburete con mis pies hacia la turba, mirando el humo rizarse y desaparecer en la gran chimenea abierta. Tomó asiento en el banco y comenzó a hablar del lugar que acabábamos de abandonar. Allí, dijo, los habitantes de la isla habían acostumbrado a enterrar a los suicidas y a los niños sin bautizar; una triste asociación, pensé, de aquellos que no habían conocido nada y aquellos que habían conocido demasiado la vida.

'Recuerdo bien,' prosiguió, 'cómo una vez, mientras cavábamos una tumba, encontramos piedras labradas bajo la tierra y había marcas de cal en ellas. Se dijo que Pierce Ferriter tenía aquí su castillo, un lugar al que escapar cuando sentía que tenía a sus perseguidores pisándole los talones.'

'¿Pierce Ferriter?' dije. '¿El poeta?'

'Sí, el poeta, y además de ser poeta, también era otras muchas cosas. Por el camino había realizado muchas hazañas, cosas que no le agradaron al Rey y a su pueblo. Así que estaba vigilado y antes de que finalmente lo atraparan tuvo sus andanzas para escapar de ellos. Se esforzaron al máximo para encontrarlo pero fue demasiado inteligente para ellos durante un buen tiempo. Hizo construir su castillo al borde del acantilado y allí solía vivir; pero cuando la perseguían de cerca tenía otro lugar, una cueva en la colina a la que no podían llegar ni los ciervos ni las águilas.'

'Cierta día, a primera hora de una mañana de verano, vivía sin preocupaciones en su castillo, sacó la cabeza y qué vio sino a la guardia allí delante. Embargado por el terror pensó que era demasiado temprano para que saliesen y que no tenía tiempo para pensar en una treta. Se dijo que lo mejor que podía hacer era rendirse y tomarse las cosas con calma. Le dijo al capitán que, si era él a quien buscaban, estaría encantado de acompañarlos, y que prefería ir con ellos y sufrir lo que le hiciesen que seguir con la vida que llevaba. Ellos estaban bastante satisfechos pues habían pensado que plantaría cara como ya había hecho en otras ocasiones. Se pusieron de acuerdo y Pierce les dijo que quizá llevaba mucho tiempo sin comer ni beber y que daría orden para que los sirvieran si así lo deseaban. El capitán accedió y buena falta que les hacía. Pierce le dijo a la chica que preparase la comida y trató de que lo acompañasen a la cresta de la colina, donde tendrían de una bella vista mientras se preparaba la comida. Les pidió que dejaran las armas y que no se preocupasen en llevarlas. Dejaron las armas y antes de marchar a la colina Pierce habló aparte con la chica y le dijo que no ahorrara agua echándola sobre las armas cuando se fueran. La chica que Pierce tenía no era tonta, pues si lo hubiera sido no habría estado con ella.'

'Se marcharon, treparon a la colina y pasaron un tiempo andando hasta que pensaron que la comida ya debía de estar lista. Entonces volvieron al castillo. Cuando ya estaban cerca, Pierce dijo que él iría al frente pues el camino de entrada era algo difícil. Así que se puso el primero y cuando estaba ya dentro, había un rincón del castillo sobre el acantilado con sitio para que pasase a la vez un solo hombre. El siguiente no sabía en qué parte del castillo estaría el que le precedía. Cuando el primer hombre llegó a la esquina en la que estaba Pierce, Pierce lo arrojó acantilado abajo golpeándolo con un trozo de madera, y al siguiente, y lo mismo a todos hasta el último hombre, pues ninguna sabía a dónde había ido el que lo precedía, hasta que hubo cincuenta cadáveres tirados en la ensenada en un montón. El día le fue bien a Pierce, pero no habría estado tan tranquilo en su castillo si hubiera sabido que sus perseguidores estaban tan cerca de él.'

'Bueno,' dije yo, cuando finalizó el cuento, 'fue un día aciago para los soldados.'

'Así es,' dijo él, 'pero habría sido un día igual de malo para Pierce si no hubiese estado tan listo.'

'¿Y sabes algún cuento,' dije yo, 'sobre la cueva de Pierce en la colina?'

'Sí,' respondió, 'allí fue donde compuso su verso de poesía.'

'¿Y qué verso es ese?'

'Espera y lo escucharás en su lugar correcto del cuento. Pues todo cuento tiene un orden, y mal narrador el que contase el final antes que el principio.'

'Sigue pues,' dije, 'y esperaré al verso hasta el final.'

'Bien, siempre que Pierce sentía que sus perseguidores se acercaban demasiado a él, solía huir a esta cueva que se encontraba en el acantilado más empinado y peligroso de la Isla. Hoy en día más de uno de la Isla no podría andar por el lugar donde se encuentra. Sin embargo, él solía estar allí solo en días de tormenta y mal tiempo. El gran mar solía llegar hasta allí y podía oír el ruido del oleaje rugiendo debajo. Esta cueva se encuentra en un lugar que es como una gran baldosa ancha, con un hueco que entra desde abajo, y un espacio irregular dentro. A algo menos de dos metros corría un manantial que le resultaba muy útil. Había un goteo constante desde la mitad de la piedra que hacía de techo y siempre le maravilló la razón por la que ese

goteo estaba en el corazón de la piedra mientras el resto de la cueva era tan seco como la madriguera de un zorro. Cierta día estaba estirado y las gotas comenzaron a caer sobre él, y entonces compuso el siguiente verso:

¿No tienes piedad, oh Dios, de que esté yaciendo de este modo,
solo y frío, sin apenas ver el día;
las gotas del corazón de la piedra sonando sin parar en mi oído,
y la voz del mar a mis pies siempre resonando cerca?

Anoté el verso, dejando los cuentos para otra ocasión. El día del que hablo era un día de primavera. Se había cortado la turba y tendida a secarse en la ladera de la colina, y ya estaba lista para amontonarse en almiar. Tomás se levantó y yendo al aparador del fondo de la cocina junto a la puerta, me sirvió un vaso de leche. Lo bebí y salimos juntos al cálido sol del mediodía. Subimos pueblo arriba al pausado ritmo de la Isla. Pues aquí nadie se apresura, el relajado andar de los asnos marca el paso de las pausadas actividades diarias.

El almiar de Tomás se levanta a poca distancia del lomo de la colina y una vez llegados me senté sobre una ancha piedra a los pies del almiar, mientras él apilaba la turba de los pequeños montones de terrones colocados uno junto a otro, cubriendo el suelo.

La práctica ha hecho que todas las labores de la economía de la Isla sean inconscientes, y sus manos trabajaban con suavidad y seguras de sí mismas, mientras su mente y sus palabras seguían centradas en Pierce Ferriter y sus bravas hazañas. Porque según la tradición popular, Pierce ha degenerado de modo extraño partiendo de la figura noble y valiente de la historia, el jefe de los poetas cuyo recuerdo destaca con un tipo de gracia heroica sobre el turbulento fondo de las guerras de 1641. Sus poemas son una extraña mezcla de los lamentos y los temas amorosos de la moda europea, transmutados de modo extraño mediante la alquimia de la mente irlandesa, pero mezcla de modo inevitable una fuerte infusión del idioma y la visión nativos con cualquier tipo de suceso extranjero que se cruce en su camino. Sus hazañas están escritas en la historia melancólica del siglo XVII.

Vivió una vida de perturbaciones y conflictos
y murió por traición.

La tradición simple del campo también ha cambiado todo esto una vez más. Se han olvidado la mayor parte de sus poemas, aunque se recuerdan fragmentos y me han dicho que incluso en el lejano Donegal uno de sus poemas ha sido transcrito en nuestros días tras escucharlo de viva voz. Pero en su mayor parte se ha convertido en el autor de muchos versos que no tienen padre conocido y también muchas de sus acciones han formado parte de otros héroes antes de que la poderosa magia de su personalidad los atrajera para sí. Se ha convertido en el típico "hombre que se las arregla solo", el héroe de las cien huidas, un tipo con infinitos recursos y artimañas, siempre zafándose de la horca que le está esperando, y a la que al final irá. Pero cuando llegue el final - la horca en la Colina de las Ovejas en Killarney - su alegre valor aparece al final y desperdicia con un toque de honor su esperanza de vivir. Un sacerdote le había administrado, prosigue el cuento, un trozo de la hostia sagrada y le prometió que no

podría morir mientras conservara la oblea sagrada bajo su lengua. Por tres veces intentaron ahorcarlo, pero en tres ocasiones se rompió la soga. Era libre por la ley de la horca pero según se marchaba un repentino pensamiento le vino a la mente. 'Nunca viviré,' gritó, 'para que me llamen los restos de una soga,' así que dio media vuelta y escupiéndolo el trozo hechizado, presentó de nuevo su cuello y, ahora por última vez, al nudo de estrangulamiento.

SEÁN Ó DUÍNNLÉ

La Isla hubo de esperar doscientos años hasta el siguiente poeta. Eran gente ruda, violenta, según cuenta Tomás, que llevaban una dura vida, reñidos con el mundo, y disponían de poco tiempo para poesías y oraciones y encantos y otros tipos similares de niñerías.

Pero al albor del siglo XIX, en una casa de la antigua familia de los Dunlevy nació un poeta cuya memoria sigue viva entre la gente. Era la época de la guerra de Napoleón y el mismo año que contempló el nacimiento del poeta también vio la construcción de la lúgubre torre de vigilancia que corona una de las colinas de la Isla. Esta torre se construyó en tiempos de la Unión⁽¹⁸⁾ y sobrevivió prácticamente en perfectas condiciones el mismo tiempo que sobrevivió la propia Unión. Luego, solo hace algunos años, alguien que estaba despierto en cierta noche de tormenta vio caer un repentino fuego desde el Cielo; y los muchachos que fueron por la mañana a visitar sus trampas para cazar conejos trajeron la noticia de que la torre se había partido a causa de un trueno aquella noche. Acabaron sus días y sus ruinas fueron terminadas.

A lo largo de su siglo de vida, se habían comenzado a acumular leyendas sobre ella y la gente de mediana edad cuenta cómo las ancianas acostumbraban a aterrorizarlos cuando eran niños con cuentos de la Dama Blanca de la Torre, una borrosa aparición espectral, de los que no queda nada en claro que pudiera recopilarse actualmente. Otro cuento sobre la torre tiene tintes más acordes con la historia. Lo escuché por primera vez en boca de un hombre que cuidaba de su vaca en la ladera de la colina que se encuentra por la parte trasera de la Isla, más allá de la Torre. Era un día cálido de otoño y había estado deambulando por el camino hasta donde termina en un espacio abierto con un declive menos abrupto que el resto de la ladera, que aún se llama An Pháirc, el campo, y que aún muestra vestigios de antiguo cultivo en las marcas de antiguas crestas y en los topónimos. Se dice que han llegado a estar labrando hasta siete grupos de personas aquí y que no se podían ver entre ellos debido a la ondulación de la irregular superficie. Pero ahora se encuentra demasiado lejos de las casas para trabajarlo y solo las vacas y las ovejas van errantes por él, recortando la dulce hierba que crece sabrosa en aquel cultivo abandonado.

⁽¹⁸⁾ El Acta de Unión de 1800 fue el documento que formalizó la unión del Reino de Gran Bretaña y del Reino de Irlanda en un solo reino, para crear el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

Me sentía adormilado a causa del sol y el brillo azul del mar y, tras encontrar un almiar de turba apropiado, me recosté bajo su cobijo y me quedé dormido con el libro entre las manos. En esos parajes solitarios, un irresistible magnetismo atrae mutuamente a los seres humanos y al poco tiempo se cernió sobre mí una sombra. Mirando hacia arriba vi que el pastor había abandonado a la vaca y se había acercado con la esperanza de encontrar una compañía más habladora. Se inclinó hacia mí y comenzó a hablar.

'El ojo no se sacia de ver ni el oído se cansa de escuchar.'

'Es un dicho extraño,' dije. '¿De dónde lo has sacado?'

'Tal vez pensabas que era un refrán,' respondió, 'pero lo saqué de un libro.'

'¿Y qué libro era?'

'Era el libro que el sabio de nombre Tomás de Kempis⁽¹⁹⁾ escribió en latín hace siglos.'

'¿Y lo leíste en latín?'

'No, no lo leí de ninguna forma. Pero el libro en latín fue traducido al irlandés por un hombre de mi mismo nombre, uno de los O'Sullivan, y un clérigo de tierra firme tenía el libro y se lo dejó a un hombre de la Isla, uno de los Soperos⁽²⁰⁾, que sabía leer. Le escuché leer el libro cuando yo era joven y desde entonces conservo ese dicho.'

'Bueno,' dije yo, 'las cosas suceden de manera extraña. He visto ese dicho impreso de un libro de proverbios irlandeses y sin embargo viene de Tomás de Kempis, e incluso ni él fue el primero en decirlo, pues está escrito en la misma Biblia.'

'No creo que sea nada extraño,' dijo, 'pues todo proverbio tiene un origen; alguien tuvo que ser el primero en pensarlo y decirlo, ¿y por qué no había de provenir uno de la Biblia?'

'Tienes razón,' respondí, y dejamos que la cuestión del origen de los proverbios se alejase, pues hacía demasiado calor para ocupar la mente con los porqués de las cosas. Encendió una pipa y yo un cigarrillo y observamos cómo el humo iba subiendo por el inmóvil aire, dejando caer uno de los dos alguna apática palabra de vez en cuando, según nos daba. Esta conversión intermitente avanzaba con tanta pereza como el humo de una cosa a la otra, hasta que al final se centró en la Torre, escondida de nuestra vista por un pliegue del terreno.

'¿Alguna vez has oído hablar,' preguntó, 'del barco francés que disparó una bala de cañón a la Isla?'

"No,' respondí, '¿Y por qué iba a disparar a la Isla?'

⁽¹⁹⁾ Beato Tomás de Kempis (1380-1471), fraile católico.

⁽²⁰⁾ En la época de la gran Hambruna, los Soperos (Soupers) eran los encargados de repartir sopa entre los pobres a cambio de que se convirtiesen al protestantismo.

'Así fue como sucedió. Había un hombre de la Isla hablando con dos soldados de la Torre allí arriba, en la cresta de la colina, y miraron al mar, y qué vieron sino un barco navegando hacia la Isla. "Es un barco de guerra," dijo uno de los soldados, "y más aún, es un barco francés."

'En esas se encontraban cuando de un lado del barco salió un humo blanco. Los soldados sabían bien lo que era, y se tiraron al suelo boca abajo. Pero el pobre tonto de la Isla nunca antes había visto nada igual y se quedó de pie hasta que escuchó un ruido ensordecedor que venía del barco y una bala pasó volando sobre él y se encajó en el suelo detrás de donde estaban. Entonces comprendió lo que era, y te prometo que no tardó en unirse a los soldados con el miedo a morir en su corazón.'

Este disparo aislado fue lo único que la Torre vio de la guerra y hasta que llegó el rayo del Cielo, mejor dirigido que la bala de cañón francesa, permaneció intacta sobre la colina. Tras la guerra, se quedaron algunos soldados para vigilarla; luego se retiraron y un solo vigilante se quedó a cargo de la tarea - Maurice de la Torre se llamaba - y al final, como se dice en la Isla, el Rey no encontró utilidad alguna para Maurice, y se instaló la Dama Blanca, hasta que también fue desahuciada, se supone, por la llama celestial.

Seán Ó Duínnlé, aunque vivió hasta avanzada edad, no fue tan longevo como su coetánea torre. No nació en la Isla sino que vino aquí, como la mayor parte de los antepasados de los actuales habitantes, de tierra firme. No se sabe nada de sus primeros años de vida hasta que comenzó a escribir. Fue en los años de la Gran Hambruna cuando por primera vez latió su vena poética, y cuenta la historia que la indignación hizo de él poeta. Era un gran *spailpín*, un cosechador ambulante, que en temporada solía echarse al hombro la herramienta e iba *síos amach* (vagabundear), a Kerry, a Cork e incluso a Limerick. En sus andanzas adquirió una gran provisión de conocimientos, cuentos, poemas y dichos, toda esa vasta riada de tradición popular que existía cuando el irlandés todavía era una fuerza vital y de la que hoy recopilamos con dolor los restos que trae la marea. En Irlanda, como en la Europa medieval, los cuentos se extendían entre la gente en los caminos, los cosechadores ambulantes, los vagabundos y los pordioseros, los sabios pobres, los poetas y los maestros nómadas. Seán se graduó en esta universidad de la carretera; y si encontramos, como he encontrado yo en la Isla, un cuento cuyo origen pueda rastrearse, a través de los libros satíricos de la Edad Media y los libros de sermones de los predicadores a los árabes de África, y a través de los libros persas hasta la antigua India, es gracias a estos hombres que hayan llegado desde el más lejano este al más lejano oeste, para finalmente morir junto a un fuego de turba escuchando las olas del Atlántico.

Regresó de uno de sus viajes con dinero en el bolsillo y al pasar por el mercado de ovejas de Dingle, vio una excelente oveja que le gustó. No tenía ovejas en casa y pensó que ese sería un buen comienzo para formar un rebaño. Así que la compró, la llevó a Dunquin, le ató las patas y la metió en una barca que los llevó a ambos a su casa en la Isla. Allí la dejó libre en la colina y se acomodó en su casa, en lo alto del pueblo, donde ahora solo queda un espacio desnudo sin rastro alguno de haber sido habitado, y se dedicó a descansar y a divagar, soñando con el rebaño que se formaría a partir de esta única oveja. Pero no contaba con sus vecinos. Había algunos personajes malvados en el pueblo y a no mucho tardar le llegaron noticias de que habían matado y se habían comido a la oveja. Fue presa de la ira al pensar en la cruel gente

que se había zampado su sueño de prosperidad, y juró que los llevaría ante la ley en el tribunal de Tralee.

Había otra denuncia pendiente contra los desgraciados habitantes de la Isla. En aquellos días, Tiaracht pertenecía a una adinerada dama de Dingle llamada Betty Rice. Los frailecillos solían llegar de ultramar a principio de primavera para anidar en aquella solitaria pirámide del mar y, cuando las crías alcanzaban un cierto desarrollo, eran unos magníficos pájaros gordos, el mejor manjar del mundo, y el mejor ingrediente para las patatas que el corazón pudiese desear. Betty Rice solía enviar una barca a la Isla en esa época para matar a las crías de los frailecillos - *fuipíni* se los llamaba - y que se las comiesen los sirvientes de su granja. Los habitantes de la Isla sostenían que nadie era dueño de los pájaros del aire; y siguiendo esta excelente teoría, solían anticiparse a la barca de Betty y mataban a los *fuipíni* para quedárselos ellos, pues sus patatas estaban secas sin otra cosa que les quitase su monotonía. El año de la desgracia de Seán, había zarpado una barca que había pasado gran parte del día entre los pájaros; pero cuando regresaban al puerto por la tarde, a quién ven en la costa sino al administrador de Betty, que había venido a pasar revista a la tripulación de la barca por la expedición de la mañana. Los cogieron con las manos en la masa; el administrador marchó a casa encolerizado y le dijo a su señora que no habría nada para sus sirvientes ese año pues los de la Isla habían arrasado con todo y no dejaron nada tras ellos. Montó en cólera y juró que irían a prisión por aquel robo.

Llegó el momento del juicio y la mitad de la Isla salió hacia Tralee, algunos para defenderse de Betty Rice y otros para enfrentarse a la acusación de la oveja robada. Los prisioneros de Betty fueron a ver a unos amigos en Dingle, que le rogaron que fuera piadosa, pero ella se negó a escucharlos y sus modales los enfadaron tanto que juraron que harían todo lo posible para que fracasara su acusación. Se fueron con los habitantes de la Isla a Tralee y hablaron por la noche con Daniel O'Connell.

Al día siguiente, cuando se abrió el juzgado, el Abogado, como lo llamaba la gente, estaba allí, sentado y medio dormido mientras el legalista de Betty detallaba todo el mal que se le había causado a ella y a sus sirvientes. Cuando terminó, el Abogado despertó y reclamó la atención del tribunal. Se trataba de un caso próximo a la inanición, dijo; los habitantes de la Isla nunca habían hecho algo igual y no lo volverían a hacer, pero la necesidad más absoluta y la monotonía de su dieta de patatas los había afligido, a ellos y a sus hijos, de tal manera que tuvieron que perseguir a los pájaros; pero si se les dejaba marchar en libertad esta vez, el tribunal podía estar seguro de que pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a pisar aquella fatídica roca de nuevo.

La elocuencia del defensor convenció al tribunal, y los habitantes de la Isla fueron puestos en libertad tras ser amonestados. Betty salió enfurecida de la sala, e indignada jamás volvió a encargar pájaros, así que su caza fue libre desde entonces.

A continuación llegó el turno del caso de Seán y, tras exponer su queja, el gran Abogado, entusiasmado con su éxito, volvió a tomar la palabra, argumentando que era un asunto sin importancia, y que si Seán obtenía el precio de la oveja y los costes, debería darse por satisfecho. El tribunal accedió y el enfadado *spailpín* tuvo que renunciar a la esperanza de que

los ladrones tendrían que pagar yendo a prisión por el daño que le habían causado. Se marchó a casa tan furioso como Betty y se dedicó a componer una sátira venenosa, el primer poema que compuso, y realmente era ácido. Sería inútil intentar traducir esa letanía de maldiciones, pero podemos estar seguros de que los ladrones habrían cumplido con alegría su estancia en prisión si con ello hubiesen podido quitarse de encima el peso de esa venganza. Esta ira había abierto los labios del poeta y hasta el día de su muerte nunca dejó de celebrar cualquier ocasión notable con verso fluido.

Su poesía es la poesía del campo, repleta de giros tradicionales y modismos vívidos resultado de afilar el cerebro con las bromas diarias. Su temática son las tragedias, gracias y triunfos de la vida simple del campo. Una repentina tormenta arrolla un bote en la Bahía de Ventry, una mujer de la Isla teje un edredón, el asno del poeta fallece, una barca de la Isla gana una regata, un carromato con gente que regresa a casa bien vestida desde el mercado cae a la cuneta, un granjero es desahuciado durante la Guerra de la Tierra⁽²¹⁾, un anciano se casa con una joven - estos y una docena de sucesos son motivo de conversación en el campo, y el poeta vive en sus versos, que pasan con alegría de boca en boca, cada verso yendo a casa entre un pueblo alimentado en dicha poesía y vivo en cada modismo, en cada rasgo, en cada perspicaz alusión a sucesos por todos conocidos. Si se despoja de su lengua y su contexto, dicha poesía es como la anémona del mar, que yace muerta y exhausta sobre la roca al bajar la marea, pero florece en colores extraños y vivos cuando el agua vuelve a fluir por ella. Solo puede leerse en el irlandés en que fue escrita y es difícil comprenderla lejos del campo donde se compuso. Traducida y atrapada en un libro pierde toda virtud, y se convierte en una mera curiosidad y en un enigma.

Sea cual fuere el valor de su poesía, Seán no obtuvo ninguna recompensa a cambio más que el aplauso de sus conciudadanos. Vivió pobre y murió pobre y se dice que fue difícil conseguirle un vaso de leche en su lecho de muerte. Había pocas vacas en la Isla en aquellos días y el poeta no tenía medios para conseguir leche si se exceptúa la esporádica amabilidad de algún vecino. Hay un verso que parece ser que compuso en su lecho de muerte, que dice algo así:

De todas las desgraciadas narradas, la peor es envejecer;
los hombres te dejan tumbado como a un tronco;
aunque tenga mucha sed, no me traen ninguna bebida
más que el viscoso trago negro del pantano.

Y tras componerlo, confesó sus pecados y murió. Y con él se fue un amplio repertorio de tradición irrecuperable. A menudo Tomás y yo coincidimos en que hemos llegado demasiado tarde y que Seán murió demasiado pronto. "Ojalá se hubieran puesto por escrito todas las cosas que él tenía que contar," dice, 'eso sí que habría sido algo importante. Porque nunca se

⁽²¹⁾ Conflicto en las décadas de 1870, 1880 y 1890 que buscaba mejorar la posición de los agricultores y arrendatarios y, por último, una redistribución de la tierra de los terratenientes a estos arrendatarios. Más que una guerra abierta, se trató de una serie de conflictos y de malestar ciudadano.

olvidaba de nada que hubiese escuchado una sola vez, y viajó por el mundo escuchando, y no había canción o historia que no conservase en su memoria hasta el día que murió. Podías escucharle hablar toda la noche y nunca decía la misma cosa dos veces esa misma noche. No quedan cuentos en la Isla desde que murió.'

LOS ERUDITOS POBRES

Con Seán Ó Duínnlé, y otros de su estilo y generación, se marchó el último ejemplo de un tipo de poeta con los que toda Europa mantuvo una incómoda familiaridad a lo largo de la Edad Media - los goliardos, los vagantes, los eruditos vagabundos, cualquiera de estos nombres por los que se los conocía - en esencia idénticos durante muchos siglos. Un erudito ruso ha asegurado recientemente que los primeros goliardos de quienes tenemos conocimiento real fueron los eruditos vagabundos irlandeses y los clérigos, unas figuras familiares en los caminos europeos antes y durante la época carolingia. Junto a los grandes hombres - un Columbano, un Gallus, un Furseo, un Juan Escoto - había un enjambre de nómadas olvidados de corte en corte, de monasterio en monasterio, viajando por Europa en tropel, como declara un escritor contemporáneo, poniendo a la venta el saber en los mercados, y a menudo irritando las conciencias de los obispos con extrañas herejías y doctrinas desconocidas a los Consejos eclesiales. Entre tales hombres, viviendo la vida goliárdica, el tono característico goliárdico comenzó a entrar sigilosamente en los formales versos elegíacos de las escuelas.

Antes de la característica métrica risueña y lírica de los goliardos medievales, Sedulio Escoto - la figura más típica entre estos eruditos peripatéticos cuya obra alcanza nuestro conocimiento - había introducido en la galería formal del verso carolingio los temas y expresiones que posteriormente seguirían con pie más ligero. Y no sería difícil encontrar ejemplos por toda la literatura irlandesa de versos livianos, insensatos e impúdicos que marcan por todas partes la aparición de este estilo. Quienes conocen el cuento de Mac Conglinne reconocerán de inmediato en este erudito, que abandona el cobijo de sus estudios y se dedica a la poesía y a la vida nómada, la imagen perfecta de un goliardo, y en su historia, con su extraña mezcla de pedantería irónica, teología burlesca y temas folclóricos transformados, la más fascinante de las creaciones goliárdicas, hasta que el estilo alcanza su apoteosis en la vida y la poesía de François Villon, y la épica confusa y extraordinaria de Rabelais.

En Irlanda, donde el hundimiento del siglo XVII dispersó a los estudiantes de las facultades y a los seguidores de esta tradición entre la gente corriente, el erudito nómada -maestro, poeta y músico- era una figura conocida allí donde hubiera pervivido algo de la antigua vida hasta hacía poco. Y su influencia y su tradición son responsables de la mayor parte de la literatura moderna en irlandés. En la memoria de la gente destacan dos figuras de este estilo - el poeta ingenioso,

inspirado y que improvisa, y el pobre erudito que viaja de casa en casa con su bolsa de libros, resolviendo problemas enredados con la ayuda de su recóndito saber, y a menudo gracias a su erudición sacando ventaja entre los ignorantes, pero apasionados admiradores del conocimiento impreso y las lenguas extrañas. Un cuento que escuché en la Isla mostrará cómo se podía confiar en un pobre erudito de este estilo para desentrañar un misterio irresoluble. Me lo contó Peig para explicarme el nombre 'Caisleán an Mhúraigh', 'El Castillo de Moore', que había surgido de forma fortuita en la charla.

'Moore era un hombre rico que vivió en tiempos pasados por allá al norte, y construyó un bonito castillo junto al mar. Y cuando el castillo estuvo terminado, se dijo que era una pena no tener heredero a quien legar el castillo cuando llegara su muerte. Así que se buscó una esposa, una de las mujeres más bellas de su época, y se casaron y vivieron juntos trece años, pero en todo ese tiempo no tuvieron hijos ni hijas, y Moore pensó que moriría sin heredero a quien dejar el castillo. Pero un día de verano, la esposa de Moore decidió ir a nadar al mar. Así que bajó a la playa -una hermosa playa de arena blanca- y se quitó las ropas y se adentró nadando en el mar. Se había adentrado bastante en la bahía cuando miró bajo ella y qué vio flotando en el agua bajo sus pies sino la sombra de un hombre. El miedo se apoderó de ella, dio la vuelta y nadó hacia tierra. Pero según iba nadando, la sombra la seguía, y cuando nadaba despacio la sombra también iba despacio, y cuando aceleraba la sombra aceleraba en el agua debajo de ella.

'Y así siguieron hasta que ella llegó a tierra, y marchó temblando hasta el lugar donde había dejado la ropa y cayó desvanecida sobre ellas. Cuando volvió en sí no había nadie más que ella, y se puso las ropas y volvió al castillo aún con el miedo en el cuerpo. Y cuando llegó el momento, dio a luz un niño, el niño más precioso que jamás se hubiera visto en aquel lugar. Y según iba creciendo todos los hombres se maravillaban y lo amaban por su belleza y dulzura, y por sus buenos modales. Pero había algo extraño en él, que nunca desde el día que nació había dormido. Solía contemplar todo lo que le rodeaba cuando caía la noche, cerraba la ojos y se quedaba inmóvil hasta la primera luz del alba. Pero nunca dormía, ni sintió la necesidad de dormir. Todo esto le sorprendía pero nunca pudo averiguar, ni nadie se lo pudo decir, por qué esta falta de sueño.

'Un día a última hora de la tarde, llegó un pobre erudito al castillo con su bolsa de libros y preguntó si le darían de cenar y refugiarse del aire de la noche. Le contestaron que era bienvenido. Así que entró, y después de cenar, se sentó junto al fuego con el hijo de Moore, y se quedaron hablando cuando todos habían ido ya a la cama. Al final, el erudito se levantó de su esquina. "Bueno," dijo, "se está haciendo tarde y estoy cansado de tanto caminar con tan poca comida, y quizá me vendría bien ir a dormir." "Sí," dijo el hijo de Moore. "Buenas noches." "¿Y tú no vas a dormir?" preguntó el erudito pobre. "No," dijo él, "pues desde que nací nunca he sabido lo que es el sueño." "¿Lo dices en serio?" dijo el erudito pobre. "Así es," dijo él. "Y nunca he sabido, ni nadie ha podido decírmelo, por qué ocurre o qué tipo de ser soy. Pero tú que has recorrido el mundo y has leído tantos libros, quizás puedas conocer algún tipo de gente, en algún lugar del mundo, que nunca haya dormido." "Es posible," dijo, "pues recuerdo haber leído en un libro sobre esa gente y, es más, tengo ese libro en mi bolsa." Y abrió su

bolsa y rebuscó hasta que en el fondo encontró un pequeño libro estropeado, y al final del libro encontró la historia que buscaba.

' "Aquí la tengo," dijo. "Este libro dice que hay un pueblo en el mundo que nunca duerme, y es en el mar en donde habitan." "Entonces," dijo el hijo de Moore, "yo vengo del pueblo del mar." Y descolgó una espada de la pared, entró en la habitación de su madre, y blandió la espada sobre la cama. Ella despertó y vio el resplandor de la espada sobre ella. "¿Qué quieres de mí, hijo," dijo ella, "que tienes esa espada sobre mi cabeza?" "Lo que quiero es la historia de mi nacimiento, y qué pasó antes," dijo él. "Eres muy duro conmigo, hijo," dijo ella, "pero puesto que me lo preguntas y tienes la espada en las manos, te lo diré." Y le contó la historia de principio a fin. "Entonces," dijo él, "el erudito pobre tenía razón, y provengo del pueblo del mar."

'Al día siguiente reunió a todos sus amigos y bajó hasta la orilla del mar y se quedó allí de pie. Y no pasó mucho tiempo antes de que viera una gran ola a lo lejos, y llegó hasta la tierra, y vieron un hombre en la ola, el más bello que ninguno de ellos había visto jamás. Y el muchacho se despidió de sus amigos y se metió en el mar. La ola lo rodeó a él y al hombre que estaba en ella, y el hombre abrazó al muchacho, y la ola retrocedió hacia el mar y ellos con ella. Y desde ese día hasta hoy nadie ha vuelto a ver una sola señal del hijo de Moore.'

Nadie más que un erudito nómada podría haber resuelto ese problema, o dar la respuesta a muchas otras preguntas por el estilo o más difíciles que les habrían presentado en aquellos pueblos aislados a los que llevaban el rumor de un mundo más amplio. Ya se han ido y el estilo de vida que conocían se ha ido con ellos. La gente lee periódicos y en el cuartel de policía en Ballyferriter, cerca del castillo de Moore, un equipo sin cables despierta la sorpresa entre los habitantes del campo. 'Sí,' me dijo uno de los habitantes de la Isla el otro día, 'estaba sentado en el cuartel y vi a un hombre tocando una chirimía y un violinista estaba tocando la música de ese baile en Londres. Es lo más maravilloso que he visto nunca.'

Es un misterio este que va más allá del ingenio de los eruditos nómadas, pero quizá tenían el secreto de los pies ligeros y los corazones contentos y se sale perdiendo al cambiarlos por una música que cruza tierra y mar para acabar atrapada en una máquina.

HACIA EL OESTE

Una mañana de primavera me desperté mucho antes de que despertase la casa o el pueblo. Mi cama se encontraba en un extremo de la habitación, lejos de la ventana, una estructura sólida de cuatro postes levantada contra el muro exterior, con una base de tablas estiradas sobre el armazón, aliviando su dureza mediante un colchón relleno de plumas de aves marinas. Este colchón es muy suave cuando te acuestas por la noche, pero a la mañana tu propio peso se ha abierto camino entre las plumas y la dureza de las tablas empieza a hacerse sentir. Me levanté y ahuequé las plumas un poco, y después me acerqué a la ventana y abrí la persiana. Más allá del silencioso pueblo pude ver una franja de mar y el promontorio de Dún Mór presionando contra el Sound. El día estaba encapotado y la mañana no invitaba a salir afuera dejando el calor de la cama. Así que cogí un libro y volví a las plumas de pájaros. El libro era la poesía de Eoghan Ruadh Ó Súilleabháin, y adormecido canturreé para mis adentros aquellas líneas de complicada melodía, repletas de ricas palabras cuyas sílabas repicantes se repiten en las largas estrofas.

Hay algo hipnótico en esas melosas melodías, y había vuelto a quedarme medio dormido cuando súbitamente me encontré completamente despierto. Un hombre gritaba afuera, se produjo un altercado y ajetreo, y algo impactó fuertemente contra el techo sobre mi cabeza, forcejeó allí durante un momento, se puso en pie y volvió a luchar según se marchaba retumbando sus pezuñas presurosas. Estuve mirando para verlo caer a través del fieltro y los maderos del techo y así habría podido saber qué criatura habría caído del cielo sobre mi cabeza.

Pero el techo aguantó, y me quedé solo con el misterio. Al poco se oyó movimiento en la cocina. Mi anfitriona, Máire, la hija del Rey, estaba ocupada junto al fuego. Me vestí y salí y tras el saludo matutino conté mi historia.

'No sé qué puede haber sido,' dijo ella, 'pero afortunadamente no lo atravesó y cayó sobre tu cabeza.'

'No tendría mucho de lo que alardear si hubiese ocurrido,' respondí, 'pues pesaba mucho.' Después abrí la puerta y salí.

La casa, como la mayoría de las de estilo antiguo, se levanta al abrigo de una ladera en busca de cobijo, y en su extremo la ladera se alza por encima del nivel del tejado. Un sendero recorre esta ladera y atraviesa la parte trasera de la casa y justo detrás del sendero hay un campo de coles cerrado con un muro. Esta era la solución al misterio. El pasto de la colina para las ovejas es mediocre y escaso y si una oveja tiene dos corderos en primavera, no tiene suficiente leche para criar a ambos así que es habitual traerse a uno a casa y alimentarlo a mano. A estos corderos criados en casa se los conoce como 'Betties, y al darles acceso a la casa y ser alimentados con leche, pan y patatas, crecen fuertes, valientes e insolentes, y desarrollan una furtiva costumbre de coger comida allí donde la encuentran. Uno de esos Betty, en su segundo año de vida, paseando por el sendero en una mañana desierta, había saltado el muro del

campo de coles y lo habían descubierto llenando su estómago con las hojas verdes. El dueño del campo lo había golpeado con la azada, y el asustado Betty, saltando de nuevo el muro, y a causa del ímpetu del salto, había atravesado el sendero y caído en el techo sobre mi cabeza con el sonido de un trueno. Pasó bastante tiempo hasta que se dejó de hablar del susto de esa mañana.

Una hora más tarde, estaba terminando el desayuno en la mesa junto a la ventana, con una gallina posada en el alféizar, con las plumas erizadas, mirándome por el cristal con los típicos ojos vacíos y desinteresados, cuando una gran figura oscureció la entrada, y entró Seán an Righ, el hijo del Rey.

'Vamos a Inisicileáin a cazar conejos,' dijo. '¿Te vienes con nosotros, Bláheen?'

Llevaba tiempo esperando explorar Inis y dejé mi desayuno y a la gallina, agarré mi abrigo y bajé al muelle con Seán. Allí esperaban otro pescador, dos mozos y un grupo de perros impacientes. Nos metimos bajo el naomhóg que descansaba en su montante, lo cargamos sobre los hombros y nos encaminamos por la traicionera rampa, llena de fango en la parte inferior a causa de las algas y los restos del mar. Volcando el bote, lo metimos en el agua y los excitados perros, ladrándose y lanzándose unos contra otros, se metieron atropelladamente dentro. Los hombres subieron a bordo la vela, los remos y una azada o dos, el último en subir empujó el bote hacia el mar, al tiempo que un golpe de mar empapaba sus botas al hacerlo, y nos deslizamos por la boca del puerto bajo la mirada indiferente de un pequeño grupo de niños asomados al acantilado.

Doblamos An Gob, el pico de la Isla y manteniéndonos cerca de la costa seguimos la línea de acantilados hacia el oeste en un mar agitado. Pues aunque las pesadas nubes colgaban sin percibirse movimiento en un cielo apacible, el agua recordaba una semana de vientos y las olas chocaban en crestas blancas que titilaban aquí y allá sobre un campo opaco de mar, gris bajo un cielo gris. Los acantilados de la costa eran negros donde el agua y el viento habían desgastado la superficie de vieja arenisca rojiza, con algún destello aquí y allí de color más vivo cuando el mar chocaba contra su base y retrocedía derrotado.

Donde comenzaba la escasa hierba por encima del caos de rocas, las ovejas se alimentaban despreocupadas sobre el abismo; los corderos recién nacidos parecían increíblemente frágiles y torpes sobre sus patas agarrotadas. Algunos incluso se habían aventurado hasta el borde de los acantilados, en busca de la fresca hierba que crece en las grietas de las rocas. Existen lugares en los acantilados a los que los habitantes de la Isla llaman *draipeanna*, pequeñas islas de rica hierba entre las rocas desnudas; y de vez en cuando, una oveja, una vaca o un asno, más osado que sus congéneres, sigue el encanto de estos pastos vírgenes y acaba atrapado allí cuando intenta regresar tal como fue, y entonces el dueño debe descender por el escarpado acantilado con una cuerda, y recuperar con la ayuda de sus compadres al animal descarriado. Los hombres en la flor de la vida son expertos moviéndose por los acantilados y es aterrador verlos correr por los escarpados acantilados en lugares donde se podría pensar que ni una cabra podría mantenerse. Pero incluso ellos a veces se ven atrapados en tales lugares y deben ser rescatados con cuerdas.

Tomás suele contar una historia de un escalador que quedó atrapado así en tiempos de la Gran Hambruna cuando, dice, 'Se estaban quedando sin comida, pues cuando debería haber crecido la cosecha del año, no había nada en la tierra, así que tuvieron que dirigirse a la playa o a la colina o a cualquier lugar donde pudiesen atrapar pájaros o peces. En aquellos días había un hombre en la Isla cuyo apodo era Púdar, y ningún pájaro podía poner huevos en ningún sitio a donde no llegara Púdar para llevarse el pájaro y los huevos. Si existía algún lugar a donde no pudiera llegar, tampoco podría hacerlo un gato. Un día que se encontraba pescando con una red de cerco no había pez alguno en el mar y se volvieron pronto a casa, y vieron en la parte occidental de la Isla, en lo alto del acantilado, una gran bandada de pájaros gordos, cada pájaro con un huevo; y los pájaros de este tipo, frailecillos, aros aliblanco y los del estilo, nunca ponían más de un huevo. Un lugar así se llamaba *sgairt*, un gran agujero con una ancha abertura en el extremo. "Si pudierais llevarme a tierra," dice Púdar, "treparía y el bote no regresaría a casa tan vacío." "¡Pero qué dices! No serías capaz de llegar a donde están esos pájaros incluso si estuvieses en tierra," dice el capitán del bote. "Bah, llegaría fácilmente si estuviese en tierra," dice él.

'Tuvieron que llevarlo a tierra, aunque no guardaban esperanzas de que atrapase ningún pájaro, y tampoco de que volviera, pues tuvieron que cerrar los ojos cuando lo vieron trepando el acantilado. Pronto llegó a la boca del *sgairt*, hizo retroceder a los pájaros hacia el agujero y se dedicó a estrangularlos y a arrojarlos al mar, hasta que hubo diez docenas flotando, y el bote reuniéndolos. Cuando había matado y arrojado al último, el capitán le dijo: "¿Qué te entretiene allá arriba? Mejor que empieces a bajar para irnos a casa, pues se hace tarde." El hombre del acantilado dijo: "No puedo bajar y estoy seguro de que tampoco puede subir, pues si me arrojasen una cuerda, se quedaría a más de diez metros de mi alcance. Marchaos a casa por el amor de Dios," dijo Púdar, "pues creo que esos serán los últimos pájaros que mate."

El bote partió hacia casa con un hombre menos y si antes estaban orgullosos de todos los pájaros que llevaban en el bote, ahora tenían poco que decir, pues el hombre que les había conseguido los pájaros ya no estaba. Fue una noche triste y afligida entre sus vecinos, por no decir nada de sus parientes.

'Cuando despuntó el día, todos subieron a la colina con cuerdas, pero cuando vieron el *sgairt*, Púdar estaba de pie en la boca del agujero, y cuando llegaron a donde se encontraba no veían ninguna opción de sacarlo de allí; si se le lanzase una cuerda en su dirección, caería al mar y no podría alcanzarla.

'Un hijo de Púdar que no llegaba a los veinte años estaba entre los hombres. "Bajadme con una gran cuerda," dijo, "y yo le llevaré un rollo de cuerda fina. Aún no está perdido." "Pero quizás te marees," dijo uno de los hombres. "No temas por eso," dijo él. Lo bajaron hasta llegar a la altura de su padre. Ató la cuerda fina a la cuerda y enrolló el resto. Después le pidió a su padre que se acercara al borde tanto como pudiese, y que estirase el brazo lo máximo posible.

'El padre así lo hizo, tenedlo por seguro. Entonces el muchacho lanzó el rollo a su padre, cayendo sobre su brazo. "Buena suerte," dijo su padre, "al final lo vas a conseguir." "Ata la cuerda grande a tu alrededor," dijo el hijo, "hasta que tengas tu mano alrededor y no dejes que se escape." Y se quedó allí colgado hasta que su padre tuvo la cuerda en su puño. Después el

muchacho subió trepando con manos y pies como un gato hasta llegar a la cima. Todos le dieron la mano tan efusivamente como si hubiese pasado veintiún años en América, y no tardaron mucho en tener a Púdar junto a ellos en tierra, y cualquiera que allí estuviese habría pensado que era Oisín regresando de Tír na nÓg.

'Y el resto de su vida, Púdar siempre echaba una buena ojeada a cualquier acantilado antes de decidirse a ir. Tampoco su hijo fue "el hijo de un artesano que acabó siendo un manazas"; se dedicó al mar y se convirtió en un buen marino.'

Hablando de este y otros episodios en el acantilado habíamos alcanzado casi el final de la Isla, los hombres remando y mirando en busca de ovejas y conejos, burlándose de los diminutos hombres y mujeres y niños que se movían como moscas por lo alto del acantilado de la colina.

Por fin llegamos a Ceann Dubh, la Cabeza Negra, en el extremo de la Isla, y nos adentramos en la zona de agua, An Bealach Mór, el Gran Canal, que separa la Gran Blasket de sus compañeras menores. El canal sale a mar abierto, y aquí sentimos de inmediato cómo subíamos merced a la corriente que llegaba del Atlántico, llevando en sus espaldas pequeñas olas que rompían. Frente a nosotros se encontraba Inis na Bró, la Isla del Molinillo, llamada así porque algún ojo imaginativo alguna vez la encontró parecido con los molinillos con los que solía molerse el grano. El extremo de Inis na Bró el acantilado sube de forma escalonada, conocido como Steipeacha an Amadáin Mhóir, 'los escalones del Gran Tonto', sin ninguna duda debido a que un antigua fábula decía que esa extraña figura de las historias irlandesas los subió con lo que los viejos romances denominan 'un salto ligero y rápido como el de los pájaros.'

Nos acercamos a un costado de la isla para desembarcar a los muchachos con sus azadas y sus perros. Los perros habían ido a la parte delantera y aullaban y ladraban mientras el bote se acercaba a las rocas; y cuando estábamos a una distancia de un remo, saltaron a tierra. Los dos hombres sujetaban la proa del bote a la roca con diestros golpes de remo y cuando el bote subió en una ola, los muchachos, uno tras otro, saltaron a tierra fácilmente. Les lanzaron las azadas y nos dirigimos hacia Iniscíleáin.

'¿Vivió alguna vez alguien en Inis na Bró?' le pregunté a Seán an Rígh.

'No que yo sepa,' fue la respuesta, 'pero hay un *múchán* (una vieja casa de piedra) y los cazadores a veces pasan la noche allí. Los ancianos cuentan que cierta vez tres hombres se vieron atrapados en la isla a causa de una tormenta. Encendieron un fuego con *Salvatia Maculata* y se sentaron alrededor para hablar. En mitad de la noche escucharon un ruido en el tejado parecido a hombres peleando, y continuó sin cesar durante un buen rato. "Saldré a ver qué es," dijo uno de ellos. "No vayas," dijeron los demás, "no vaya a ser que se trate de algún demonio, pues no hay criaturas en la isla excepto nosotros." Pero la pelea siguió y siguió y al final, a pesar de lo que le dijeran, decidió a salir.

'Y cuando ya había salido, el ruido fue más fuerte durante un rato, y bajó del tejado, y lo escucharon alejarse a través de la isla, y al final estaba tan lejos de ellos que pensaron que estaba tan lejos como el borde del acantilado. Y luego cesó de repente y no escucharon nada

más en toda la noche. Y al llegar el día salieron y recorrieron toda la isla, pero no encontraron ni rastro del hombre que había salido, y desde aquel día hasta hoy no se le ha vuelto a ver.'

'¿Qué fue lo que se lo llevó? pregunté.

'Nadie lo sabe. Algunos dicen que fueron las hadas o algún demonio, pero hubo algunos que dijeron que los dos hombres habían matado al otro y se inventaron el cuento.'

INISICÍLEÁIN

Ya habíamos llegado para desembarcar en Inisicíleáin, y con un cuidado extremo, pues se trata de una playa abierta y expuesta, y las olas al romper formaban una agitación turbulenta, llevaron el bote a la costa. Nuestros perros salieron rápidamente y nosotros poco después. Cuando el bote estaba bien resguardado bajo el acantilado, trepamos por el sinuoso sendero que con peligro lleva a la cima. Los perros salieron disparados, husmeando y excavando la tierra desmoronada a lo largo del borde del acantilado. Pronto quedó claro que seguían un rastro y los hombres comenzaron a cavar en el agujero hasta que se toparon con un desafortunado conejo agazapado aterrorizado al fondo. Un giro de mano acabó con él y los perros marcharon a por otro agujero.

Esta monótona caza pronto me dejó exhausto y comencé a vagar por la isla lejos del sonido de la masacre. Cerca del lugar de desembarco, el terreno se eleva sobre el mar de forma casi plana, pero pronto comienza a elevarse y, al final, un alto muro de elevadas rocas corta el extremo más alejado de la isla. Al aproximarse a este muro a ras de suelo sientes que esconde un secreto; hay algo evidente y planeado en todo ello, como si alguna criatura gigantesca anterior al ser humano que hubiera sobrevivido en el mundo se hubiese preocupado por construir su último refugio. Toda la isla está habitada por la sensación de soledad; es como si estuviera al final de todo, viviendo en un silencio que el incesante murmullo del mar que lo rodea y las chillonas gaviotas de su cima acentúa más que perturba. Quizás es este sentimiento que cae sobre uno de forma involuntaria mientras camina solo en ese silencio el que ha convertido este lugar en el preferido de las hadas en la mente de la gente. '¿Hay hadas en Inis?' preguntan. '¡Pardiez, está llena de ellas!' Y si alguna vez algo inmortal se atrevió a cruzar el umbral entre los dos mundos, aquí es donde uno siente que escogerían ponerse un frágil cuerpo imitando a los mortales y bailarían sobre la hierba sobre el acantilado bajo la luna.

En tiempos antiguos, cuando la isla estaba habitada, un hombre se encontraba sentado en su casa, solitario, mitigando esa soledad con un violín. Tocaba, sin duda, la música preferida del

campo, *jigs*, *reels* y *hornpipes*, las vertiginosas melodías que harían bailar a un muerto. Pero, mientras tocaba, escuchó otra música en el exterior, surcando sobre su tejado. Se desvanecía en los acantilados y regresaba de nuevo, una y otra vez, una melodía errante que se lamentaba con frases repetidas, hasta que finalmente se le quedó grabada en la mente. Cogió el arco del violín y tensándolo sobre las cuerdas, siguió nota a nota las voces lastimosas según pasaban sobre él. Desde entonces, esa melodía, *port na bpúcaí*, ‘la música de las hadas’, ha formado parte de su familia, todos ellos habilidosos músicos, y si la escuchas tocada por un violinista de ese clan, conocerás el secreto de Inisicléáin. Las hadas, dicen, no son inmortales; también conocen la muerte y la música que surcaba la casa de la isla aquella noche era el lamento por un hada que había fallecido y era llevada a enterrar a esta isla. Con qué facilidad se puede creer que, detrás de este amplio muro, toda la raza de hadas, que en cierto tiempo fueran sueños más reales que los propios hombres, haya huido para morir y ser enterrada, cuando la fría verdad de la razón resplandeció sobre su fragilidad y las apartó incluso de la luz de la luna. Esa música encantada, tocada con un violín de la isla, es un lamento por todo un universo de imaginación que se ha esfumado irrevocablemente, pero que es vagamente visible en el brillo del sol al sumergirse en el mar.

Trepé el muro, gateando con manos y rodillas, y llegué al lugar que escondía. Aquí había una gran confusión de pilares de roca, que se inclinaban en todas direcciones, sujetándose unos a otros o subido uno sobre otro, sugiriendo con su salvaje arquitectura las ruinas de algún poderoso templo, cuya construcción hubiese sido interrumpida por un desastre natural que aplastó el templo y a quienes lo construían al mismo tiempo. Trepé hasta lo alto del pilar más elevado y me senté en una hendidura lateral. Desde esta alta torre se revelaba una perspectiva inmensa, las islas y el océano Atlántico a la izquierda, y a la derecha la Bahía de Dingle, entre las dos penínsulas de Corca Dhuibhne e Íbh Ráthach. El día seguía aún ahogado por las nubes, pero una luz iridiscente que titilaba en aquel tejado gris y el brillo que descendía por las grietas por doquier, en el mar o las colinas, mostraba que el sol resplandecía en el claro aire por encima de las nubes. Un denso vapor colgaba en las cimas de las montañas, y a lo largo de las laderas de las colinas un humo lánguido flirteaba dejando su rastro debido a la falta de viento que se lo llevase. Era la época de cortar turba y estaban prendiendo tojos para alumbrar el trabajo de rasgar la colina. Los montes en lo alto de la Bahía de Dingle se perdían entre una neblina líquida, de un color azul pálido, de la tonalidad de una perla turbia.

Desde aquella distancia invisible, la cadena de colinas de Íbh Ráthach se estiraba bajo la inmóvil capa de nubes, finalizando en la Isla de Valentia y, alejadas del último punto de tierra, se erigían en el mar las dos abruptas islas de Skellig, como dos grandes navíos con las velas desplegadas navegando hacia el inexplorado oeste. Según miraba, los errantes rayos de sol se detuvieron un momento en lo alto de la Gran Skellig, y algo brilló un instante y desapareció.

Hay una antigua iglesia en Inisicléáin y la isla, también, fue en su tiempo morada de religiosos. Los viejos manuscritos nada nos cuentan de estos asentamientos y únicamente en una crónica de Ratisbona⁽²²⁾ del siglo XIV se puede encontrar la leyenda de los primeros días de la Gran

⁽²²⁾ Eberhard de Ratisbona, cronista alemán de comienzos del siglo XIV

Skellig. Fue aquí, cuenta la historia, a donde expulsó San Patricio todo el mal y las serpientes venenosas de Irlanda. El santo se suele comparar con Moisés en los escritos antiguos, e imitó a Moisés en esto también, pues levantando sus brazos en oración, como Moisés en la batalla contra los amalequitas, condujo a los demonios y a las criaturas malignas. Pues al elevar sus brazos, dice el manuscrito, "se silenciaron las tempestades, se calmaron los vientos, cesaron las lluvias, brilló el aire, se alivió el temor de los santos, la noche se tornó clara como el día, y todas las costas de Irlanda se encendieron con la luz de las manos del santo, resplandecientes como el sol de mediodía.

"Y levantando los ojos hacia esta luz, los santos contemplaron a San Miguel, con sus cohortes de ángeles a su alrededor, de pie en un lugar encerrado en el lejano océano, donde se halla cierto peñasco rodeado completamente por remolinos del gran mar. A cuya visión todos cayeron al suelo y le suplicaron que acudiese en su auxilio y puesto que a ojos de Dios y Sus ángeles el grito de los santos no puede ser en vano, San Miguel acudió en su gloria, con su espléndida compañía brillando en derredor suyo. Y al llegar, los santos vieron sus fuerzas renovadas, y escalaron la montaña, en donde las manos de los ángeles les prepararon un camino a través de las construcciones con las que los demonios habían rodeado la montaña, y a este camino se le sigue llamando el Camino de los Santos.

"Y cada uno de los santos, blandiendo una espada y efectuando el signo de la santa cruz ante cada enemigo, ascendieron hasta la cima de la montaña. Los enemigos estaban condenados y su poder destrozado, y dieron la espalda a los santos y apresuradamente, todos ellos, las criaturas malignas y los demonios, se arrojaron al abismo del vasto océano, mientras los santos y los ángeles se ayudaban entre ellos. Y una vez conseguido esto, el Arcángel San Miguel con sus cohortes regresaron al peñasco de donde había venido en socorro de los santos y, ascendiendo desde allí al cielo, dejó tras de sí un escudo que cura cualquier enfermedad y herida, y nadie puede asegurar su sustancia, si es madera, piedra, hierro o bronce, ni tampoco puede ningún oficio terrenal jactarse de construir tal escudo.

"Y de este modo, el cielo ha destinado esta morada a hombres santos que desean llevar una vida solitaria. Pues ese peñasco dista un día de navegación de tierra con viento favorable. Y el océano brama de tal manera a su alrededor que ningún barco de madera puede resistir sin ser destruido el choque de las olas, ni pueden los hombres ir o venir de Irlanda a dicha isla en cualquier época del año entre las festividades de San Felipe y Santiago y la festividad de San Miguel, ni siquiera en embarcaciones construidas en cuero y untadas con la brea más firme."

De este modo, en latín medieval, el cronista alemán, escudriñando a través de amplios espacios de tiempo y distancia, narra el cuento.

¿Sería, quizás, el escudo del Arcángel San Miguel lo que emitía la señal desde la cima de la roca mientras la contemplaba aquel día, en el mismo punto desde el que los ermitaños de Inisicléáin a menudo habrían mirado a través de las aguas hacia sus compañeros de Skellig? Pero al instante la luz había desaparecido del peñasco, y se escapaba hacia el océano como la luz de las manos levantadas de San Patricio persiguiendo a los demonios hasta su última morada.

Existe una vieja historia sobre el origen de las hadas, en la que cuando San Miguel y sus cohortes arrojan a Lucifer y sus ángeles insurrectos desde los muros del cielo, caen de cabeza en el infierno, y la tapa del infierno se cerró enseguida sobre ellos, pero al cerrarse algunos seguían cayendo; y estos, al no encontrar hogar, ni con los ángeles buenos ni con los malos, se quedaron suspendidos en el aire, y esto son las hadas. Así que uno puede imaginar que algunos de los demonios llevados hacia el oeste desde las Skelligs podrían haberse refugiado en Inisicléáin entre estas grandes rocas, "la construcción de los demonios", y que las hadas de Inis son sus parientes. El problema puede dejarse a los versados en demonología y la tradición de las hadas. Pero a ciencia cierta que no existe lugar más apropiado como último refugio de los 'ángeles del orgullo' que este extremo desgarrado de Inisicléáin.

Continué para completar el recorrido de los acantilados. Saliendo por el lado que mira hacia el lateral de la Gran Blasket, me sentí fatigado y me tiré sobre la hierba al borde de una pendiente. A medio camino del mar debajo de mí, en la cara del acantilado había un saliente cubierto de hierba en el que vi cuatro o cinco conejos saliendo de sus agujeros y comenzar a jugar. Era la época de cría y entre ellos había pequeñas criaturas, apenas del tamaño de una mano. Estos pequeñines se perseguían unos a otros mientras que los mayores los observaban. Luego, estos últimos se contagiaron y comenzaron a jugar. Uno se quedaba tumbado en la hierba mientras otro saltaba sobre él. Luego se lanzaban unos contra otros imitando una refriega, peleando y rodando por la hierba. Después todos ellos corrían salvajemente por el saliente, pegando saltos de vez en cuando. Era extraño verlos divertirse inconscientemente, como si estuviesen en el paraíso antes de la llegada del hombre a la tierra, mientras que en el otro lado de la isla, los hombres sacrificaban a sus congéneres. Al poco tiempo, sentí un calambre en la pierna al moverme, y en ese mismo instante, el saliente quedó desierto. El hombre había llegado al mundo y las criaturas salvajes huyeron de su frustrado Paraíso.

Escuché una débil llamada en el aire, y me encaminé en dirección a dicho sonido. Los demás habían terminado su labor y estaban junto a la casa de la isla, con los conejos colgados en las palas sobre sus hombros, sus cuerpos flácidos y sus hocicos lastimosamente sangrientos. La cacería había sido pequeña, apenas compensando el esfuerzo de la travesía. Uno de los hombres tenía una llave, abrió la puerta de la casa y entró. Era una casa sin muebles y adusta, que carecía siquiera de los escasos lujos de las moradas de la Isla. El último de los O'Dalys solo viene aquí durante la semana en verano, regresando a la Isla el domingo. En tiempos pasados, hasta cinco o seis familias vivían en esta isla, plantando cultivos, pastoreando y pescando. La tierra es rica, demasiada rica para patatas según dicen, lo que provoca un follaje tan exuberante que la tierra emplea todo su esfuerzo en él y pocas patatas crecen. Pero es buen terreno para plantar coles, cebollas y cosas por el estilo y cuentan que incluso se ha cultivado tabaco aquí.

Hace poco más de una generación, una extraña calamidad, anunciada de modo extraño, cayó sobre el grupo. En aquel tiempo vivían tres familias en la isla, tres hombres, sus esposas y sus hijos. Cierta día, uno de los hombres quería ir a Dingle a causa de una urgencia, pero los otros no querían acompañarlo. Así que cogió un bote pequeño y comenzó a remar toda la bahía, unas 16 millas. Cuando había perdido de vista Inisicléáin, miró por un costado del bote y allí junto a él, mientras remaba en alta mar, pudo ver el fondo del mar, y un camino discurría por el

fondo y tres hombres caminando por él. Pensó en remar con todas sus fuerzas para escapar de aquella visión, pero según aceleraba, los tres hombres aumentaban la velocidad, y cuando dejaba reposar los remos, ellos también descansaban. Así prosiguió el extraño viaje, el hombre muerto de miedo pero remando de manera automática, y los tres espectros caminando sin dificultad e imperturbables por el fondo de la bahía.

Por fin, apenas sin saber cómo, llegó a Dingle, y tuvieron que sacarlo del bote pues él era incapaz de tenerse en pie a causa del miedo. No se atrevió a intentar el viaje de vuelta, pero al día siguiente, un barco pesquero de Dingle iba a pescar por la isla, y los llevaron a él y a su bote de vuelta. Al regresar, no contó nada de lo ocurrido a los otros hombres, pero le insinuó algo a su esposa.

Un día o dos después, los tres hombres salieron a pescar, y a consecuencia de algún contratiempo, el bote volcó y los tres se ahogaron. Aquel día, en la gran Isla, cuando regresaban por la colina transportando turba, vieron humo en Inisicléáin, lo que suponía una señal de que algún peligro o problema amenazaba a la pequeña comunidad aislada. Los hombres corrieron de vuelta al pueblo, zarpó un bote y, cuando llegaron al otro muelle, vieron a las mujeres y a los niños sobre el acantilado gritando aterrorizadas. Zarparon de nuevo, y tras una larga búsqueda encontraron los cuerpos de los tres flotando en el agua donde los proféticos fantasmas habían caminado en las profundidades unos días antes.

"¿Por qué no siguieron la advertencia de la visión?" le pregunté a Tomás cuando me contó el cuento.

"Bueno," dijo él, "¿Y qué habrían conseguido con eso? Un pescador debe seguir el mar, y ¿cómo puede un hombre huir del día de su muerte? Todo hombre tiene marcado un tiempo sobre la tierra y, cuando llega su día, si se metiera en el agujero de una hormiga, la muerte lo encontraría allí. Solo tenemos nuestro tiempo y, joven o viejo, un hombre debe marchar cuando es llamado. Una vez salió un bote a pescar en las rocas de Inis Tuisceart y cuando estaban a mitad de camino se dieron cuenta de que se habían dejado el mástil. Así que volvieron a por él. Y en la rampa del muelle había un hombre que era el mejor de la Isla pescando en las rocas, pues todo arte tiene a uno que es el mejor, incluso a la hora de clavar unos clavos con un martillo. Zarparon de nuevo, llevándose con ellos a este hombre y cuando llegaron a Inis Tuisceart, rodearon la isla dejando un hombre en cada roca hasta estar todos en sus lugares de pesca. Tras un tiempo, el día avanzaba y el bote fue a recoger a los hombres; pero al llegar a la roca donde habían dejado a este hombre, no lo encontraron. Una ola había salido del mar, dicen, y se lo llevó, pues la muerte lo quería y había llegado su hora. Y cuando al comienzo de la jornada regresaron, no fue a buscar el mástil como pensaban, sino a por el hombre. Ningún hombre pasa de su hora."

Los últimos que vivieron en Inis fueron dos de los Dalys, padre y madre del Daly que aún conserva la casa. Sus hijos los fueron dejando uno a uno y al final, también ellos tuvieron que marchar a la gran Isla; y finalmente, la mujer primero y después el hombre, enfermaron y fueron al hospital del asilo de pobres de Dingle, donde murieron escuchando el sonido del mar.

LA FOCA

Se estaba haciendo tarde y el sol estaba cerca del horizonte atlántico, así que descendimos por el acantilado, metimos el bote en las olas y cruzamos el pequeño estrecho a Inis na Bró. Los chicos nos habían visto venir y nos esperaban en la roca, con una pesada carga de conejos colgando de sus hombros, pues habían tenido mejor suerte que nuestros cazadores. Los chicos, los perros y los conejos subieron a bordo y desplegando una vela, pues el viento había refrescado con la llegada de la tarde, nos dirigimos por el Gran Canal hasta Black Head.

El mar rompió contra la costa y una foca levantó su cabeza melancólica, goteando el agua del mar, nos miró un momento y volvió a zambullirse silenciosamente en el mar. Este extremo de la Isla es el lugar predilecto de las focas, y antiguamente la gente solía cazarlas para vender su piel, comer su carne y utilizar su grasa para fabricar aceite para los candiles.

"Recuerdo," dijo Seán, "cómo una vez que regresábamos a casa tras recoger las cestas de langostas nos topamos con una foca dormida en el agua. Pusimos el bote junto a ella y, al pasar a su lado, me incliné, pasé los brazos bajo ella y la subí al bote. Te juro que se despertó y se revolvió en el bote mordiendo. Nos deshicimos de ella, y menos mal que lo hicimos, pues mordió la bancada del bote y a no mucho tardar la había atravesado con sus colmillos. Y si hubiera sido la pierna o el brazo de uno de nosotros, también lo habría atravesado. Te prometo que nos alegramos de lanzarla por la borda, y no tengo dudas de que el poco estaría de nuevo dormitando en el agua."

La caza de focas nunca estuvo exenta de peligros, pues un elefante marino arrinconado en una cueva es un tipo peligroso. Hay una cueva con una playa dentro en Inisicléáin que era un buen lugar de cría para las focas en primavera. Un cuento curioso, mitad cómico, mitad fantasmal, finaliza en esta misma cueva entre las focas. Es el cuento de Donnchadh Bocht, y así es como Tomás me lo contó:

"Un hombre de tierra firme se casó en la Gran Blasket hace mucho tiempo. Cuando este hombre crecía en la parroquia de Dunquin, era un tipo alto y fuerte pero sin embargo no tenía la destreza de su oficio como los demás que estaban en el bote de pesca, así que se le hizo difícil ganarse la vida entre ellos. Cuando llevaba viviendo así un tiempo, envió un mensaje a la Gran Blasket pues había oído que había una mujer joven con el mismo poco sentido que él, y pensó que podrían ponerse de acuerdo y quizás podrían llevarse tan bien como cualquier otra pareja. Dicho y hecho. Llegaron a un acuerdo, se casaron y comenzaron a vivir en la Gran Blasket.

"Los pescadores no lo llevaban en los botes pues no confiaban en él, quizás, cuando era necesario hacer algo y pudiera hacer algo que los pusiera en peligro, así que no querían tener nada que ver con él. Así que tuvo que buscarse otro medio de vida e ir a pescar desde la costa o las rocas. Su aparejo de pesca era una gran caña larga, de 18 metros, y un sedal equivalente.

"Siguió así cierto tiempo. Un día estaba pescando de tal guisa y vio aproximarse los botes de Dunquin con las velas desplegadas, pues era su costumbre pescar por Blasket. Uno de los botes vio al hombre y se dijeron que era Donnchadh, y que sería una verdadera pena no ir a decirle que su hermana había muerto la noche anterior. Así que arriaron la vela y remaron hasta la roca y se lo dijeron. La respuesta que les dio fue que, cuando regresaran, les dijera que preferiría haber perdido cinco chelines a que su hermana hubiese muerto; 'y,' añadió, 'los besugos están picando el anzuelo'. La tripulación del bote pensó que era extraño que todo su dolor por la pérdida de su hermana solo costase cinco chelines, y allí lo dejaron. Poco después pasó otro bote por ese mismo lugar y vieron cómo se levantaba una ola detrás del hombre en la roca y se lo llevaba a las profundidades del mar. Permanecieron allí un tiempo para ver si el hombre salía a la superficie. Finalmente apareció casi sin aliento. Lo llevaron a la costa y uno de los hombres del bote tuvo que ir con él, pues no podía andar ni ir a su hogar. Donnchadh y el hombre del bote fueron a su casa. Pronto se encontraba mejor, pues no le pasaba nada aparte de que había tragado mucha agua salada.

"Cuando se recuperó, en un día o dos, le dijo a su mujer que era un día tranquilo y apacible, y que lo mejor que podía hacer era ir a pescar unas porredanas. Su mujer le dijo que no debía ir, que tal vez los problemas del otro día le volverían a pillar desprevenido. Respondió que eso no pasaría, pues tendría mucho cuidado ya que había aprendido la lección.

"Se marchó pero primero debía encontrar cebo. Los cangrejos son el mejor cebo y se encuentran en los agujeros con marea baja. Comenzó a coger cangrejos y había atrapado muchos, pero al final metió la mano en un agujero donde había dos cangrejos. Cuando uno de ellos sintió la mano, la agarró y como el agujero era muy estrecho no podía sacarla de allí. Palideció de miedo, pues la marea comenzaba a subir, y no podía escapar. Al final el agua le llegaba a la boca y no había muchas esperanzas de que pudiese escapar. Finalmente dio un fuerte tirón. Prefería eso a ahogarse, y dejó la parte de la mano que el cangrejo había atrapado en el agujero. Regresó a casa y cuando llegó casi había perdido toda su sangre.

"Cuando su mujer lo vio acercarse sangrando comenzó a gritar y preguntó qué le había arrancado la mano. Él dijo que no pasaba nada, que con un trapo se tataría la mano. Ella se negó a dárselo por temor a que se fuese a pescar. Cogió una de las camisas de los niños y se envolvió la mano como estaba, y se marchó a pescar, con la mano atada con la camisa.

"Bajó hasta el mar cuando ya había rodeado parte de la colina y pronto estaba cogiendo muchas porredanas, tan rápido como podía sacarlas. Después de un tiempo, cuando ya tenía un buen número, vio levantarse una gran ola y comenzó a correr tan rápido como le fue posible. Y cuando creía que estaba lo bastante lejos de la gran ola, se dio la vuelta para ver hasta dónde había llegado el mar. Y qué vio sino la caña, el sedal y la porredana, y su viejo chaleco con una moneda de una corona en el bolsillo, todo el dinero que tenía, flotando en el mar. Todas y cada una de estas cosas le dolía sobremanera, pero lo peor de todo fue su chaleco con la corona en el bolsillo. Así pasó un buen tiempo, apenado.

"Pronto vio aproximarse desde el oeste un bote remando rápido. Bajó para ver si podía reconocer a alguno de los que en él iban. Había cuatro remos, ocho hombres y una mujer en la popa. No reconoció a ninguno al principio, pues le daban la espalda, pero después algunos se

giraron y reconoció a la mayor parte. Y vio que no eran gente de este mundo, pues la mujer era su propia hermana que había muerto días antes. Le comenzaron a temblar pies y manos cuando vio quiénes eran, todos ellos personas que habían dejado este mundo. Comenzó a subir la colina a duras penas, pues los pies no le respondían, aunque no fuera un hombre asustadizo hasta entonces.

"Se detuvo de nuevo y pensó en mirar otra vez al bote antes de irse a casa. Seguía en el mismo lugar cuando dio la vuelta para bajar. El capitán se puso en pie y declamó estos versos:

Oh, granuja, que nunca prestaste atención a Cristo o a la Virgen,
O a la sagrada Eucaristía de Dios que el cura leía cada domingo,
la muerte llegó a tu querida hermana pequeña y no estabas cerca,
y el cuento de tu propia muerte causará pavor al ser escuchado.

"Marchó a casa, y poco más pudo hacer. Estaba tan aterrorizado que no tenía nada para sus hijos al llegar y otra cosa que lo perturbaba era su chaleco y la corona. Para colmo, al llegar a casa estaba afligido por el pesar y la pobreza. La caña, el sedal y el chaleco eran la mayor parte de sus bienes y todos se habían esfumado. Pasó una semana en casa sin hacer nada.

"Pero cierto día, un hombre del pueblo llegó a compadecerse de él y le preguntó si quería acompañarlo a cazar focas. Se puso en pie tan ágilmente como un perrito de caza cuando oyó hablar de las focas, pues en aquellos días suponían un gran extra al sustento de la gente, algo que no ocurre ya. Se fue con ellos y no se detuvieron hasta llegar a la isla en la que más abundaban, Inisicléáin. Se acercaron a la boca de una cueva, donde había un oleaje considerable. Entraron dos nadadores y necesitaban otro hombre para ayudarles a sacar las focas que matasen hasta el bote. Escogieron al pobre Donnchadh, y allí se metió. Cada uno tenía un palo con el que matar a las focas. Donnchadh mató a una que tenía una cría a la que estaba amamantando. Mataron un buen número de focas en la cueva, pero el día empeoró con tormenta y marejada, y cuando pensaron que era momento de sacar arrastrando las focas con una cuerda, temieron no ser capaces de tener éxito de salir, y mucho menos de sacar las focas, a causa de la violencia de la tormenta. Uno de ellos salió nadando llevando un extremo de la cuerda. El segundo nadador siguió la cuerda. El pobre Donnchadh tenía el otro extremo de la cuerda. Los dos nadadores comenzaron a arrastrarlo hacia ellos. Pero antes de poder sacarlo, la cuerda se rompió y volvió al agujero, entre los cadáveres de las focas, y nunca volvió a salir de allí. Los dos que salieron dijeron que cuando Donnchadh iba a matar a la foca que tenía una cría, la foca le habló y le pidió que no la matara hasta que su cría se hubiera bebido su ración de leche."

Al llegar al abrigo de la Gran Blasket, el viento cesó; arriaron la vela y comenzaron a remar, los ocho remos batiendo impulsados por el deseo de llegar a casa. Los perros cansados yacían dormitando junto al montón de conejos muertos, y yo estaba sentado, sumido en el trance que la fatiga y el hambre suelen provocar. El viento había movido el manto de nubes, y los rayos del sol al ponerse viajaban sobre nosotros a través de los claros del cielo al oeste, dando luz a las costas de la bahía. Las cimas de las montañas de Íbh Ráthach estaban libres de sus gorras de nubes y todo ese mundo de colinas y valles nadaba en el resplandor vespertino entremezclado

con las luces y sombras coloreadas del sueño. Las gaviotas, los frailecillos, los araos y demás aves marinas volaban sobre nosotros, y lejos en la bahía, los alcatrazes marchaban a casa, volando alto y en línea recta, olvidándose ahora de explorar las aguas. Ningún alcatraz, dicen, se posa en la Isla o en las rocas de alrededor; llegan por la mañana desde la Pequeña Skellig y por la noche allí regresan a descansar. La explicación es que el alcatraz, un regio pájaro, no puede descansar en ninguna roca que no contenga mármol y, puesto que duerme en Skellig, podemos llegar a la conclusión que Skellig tiene que estar compuesta en parte por mármol; una historia realmente medieval, que avanza de la explicación al hecho en vez de la costumbre actual de ir del hecho a la explicación. De vez en cuando, alguno sobrevuela el bote y mirando hacia arriba podía ver el cuello amarillo y los ojos negros, y el batir de sus alas, largas, sesgadas, que se van estrechando.

Pronto habíamos doblado la punta de la Isla, pasado la envolvente roca hasta el muelle, y avanzaba rígidamente camino arriba hasta el pueblo para degustar mi cena, cansado y hambriento, y aún soñando con aquella solitaria isla encantada por las hadas y los recuerdos fantasmagóricos, y las oraciones de los ermitaños muertos hace tantos siglos.

LAS HADAS

Después de cenar reviví de nuevo y me dirigí sin prisa, como era mi costumbre, a la casa de Tomás en la parte inferior del pueblo. Como todas las casas más antiguas, se levanta cómodamente cobijada bajo montículo de tierra, y un camino escalonado lleva a ella desde el camino principal. Según bajé los escalones, un borbotón de palabras salía por la ventana y levanté el pestillo para encontrarme a Tomás y sus compañeros nocturnos enfrascados en una acalorada discusión. Cuando abrí la puerta se hizo el silencio. “Que Dios conceda prosperidad a todos los presentes,” dije, entrando. “Larga vida a vosotros,” fue la respuesta de costumbre, al tiempo que me dirigí a sentarme junto al fuego.

Tomás se encontraba sentado en el otro extremo del hogar y, frente a él, en el banco junto a la ventana, se sentaba Maurice Eoghain Bháin, uno de los O’Connor, un hombre algo entrado en años, con el pelo prematuramente encanecido, los brazos fuertemente cruzados, hablando a chorros con una impaciencia brusca y decidida. En la mesa frente a ellos estaban sentados dos hombres, Peats Shéamuis, un pequeño hombre jovial, y otro cuyo misterioso mote es Caisht, uno de los mejores violinistas de la Isla. Allí estaban sentados, todos inclinados hacia delante y con pintas de tiradores en guardia, y casi se podían ver las palabras que acababan de pronunciar, todavía discutiendo entre ellos.

“Estabais hablando cuando entré,” dije, “y puede que hubiese algún motivo de discusión entre vosotros.”

“Y que lo digas, Bláheen,” gritó Maurice, “pues Caisht decía que no existen las hadas y que nunca han existido.”

“No,” dijo Caisht, “no estoy diciendo que, quizás, no hubiera hadas en tiempos remotos, pero hace ya tiempo desde que los sacerdotes les tomaron la delantera, y hoy en día no hay hadas en el mundo, desde hace ya mucho tiempo. ¿Qué opinas, Bláheen?”

Estaba escogiendo las palabras para responder cuando Peats Shéamuís intervino. “Puede que haya hadas y puede que no,” gritó exaltado, “pero todos saben que existen cosas que no son de este mundo y que hacen cosas que ningún poder de este mundo podría hacer. Y eso lo sé por propia experiencia, porque lo he visto con estos ojos.”

“Bien,” dije, “había cierto sabio inglés en tiempos pasados que decía que había más cosas en el cielo y en la tierra de las que los instruidos podían explicar. ¿Pero qué es lo que has visto con tus propios ojos que ningún poder de la tierra pudiera hacer?”

“Dime,” dijo, “¿creerías que una iglesia, un cementerio y todos los cuerpos que hubiera en él podrían elevarse en el aire y moverse por el aire 4 millas y encontrarse al día siguiente en una colina a 4 millas de donde salieron?”

“Bueno, no es algo fácil de creer. ¿Pero viste tú la iglesia y el cementerio y los cuerpos por el aire?”

“Yo no. Pero así es como ocurrió. Había una iglesia y un cementerio en Minard, más allá de la bahía, y un hombre rico de la zona solía enterrar a sus familiares allí. Y le fastidiaba que los pobres del lugar enterrasen a sus muertos en el mismo lugar en el que estaban sus parientes. Un día, habían enterrado a un pobre allí y un caballo del hombre rico había muerto el día anterior. ¡Y qué hizo sino coger y enterrar a su caballo en el mismo cementerio! Nada ocurrió ese día, pero cuando se despertaron por la mañana, la iglesia no estaba allí, ni el cementerio, ni las tumbas de los muertos, solo la tumba del caballo. Y miraron a lo lejos, y lo que vieron fue la iglesia y el cementerio y las tumbas a 4 millas junto a la colina, y aún siguen allí, y las he visto con mis propios ojos. ¿Qué tienes que decir a esto?”

“No sé qué decir,” dije yo. “Si lo has visto con tus propios ojos, no puede haber duda de que están allí; pero otro asunto es qué las llevó allí.”

“¿Pero alguna vez has escuchado alguna historia similar en cualquier otra parte del mundo?” preguntó Tomás.

“Bueno, es una historia diferente,” dije, “pero he oído hablar de una casa que se esfumaba en medio de una gran ciudad en las proximidades de Londres, aunque no fueron las hadas o nada fuera de este mundo quien se la llevó.”

“Cuéntanos la historia.”

“Así sucedió. Cierta dama, tía de mi esposa, poseía una casa en una ciudad llamada Norwood. Llevaba un tiempo enferma y finalmente el médico le dijo que debía viajar algunos meses por Europa. Así que envió a sus sirvientes a casa, cerró la casa y marchó, y estuvo viajando durante tres meses. Finalmente recuperó la salud y pensó que regresaría a su casa y que allí estaría cómoda. Así que salió hacia su casa, bajó por la calle donde estaba la casa y cuando llegó justo enfrente de la casa, la casa no estaba allí, solo el terreno, nada más. Estaba sorprendida y permaneció mirando un tiempo hasta que apareció un vecino y la saludó. Ella le dijo al vecino: ‘¿Dónde está mi casa?’ y el vecino dijo, ‘¿No ordenaste que se la llevaran?’ Y ella respondió que no había dado tal orden. Entonces el vecino contó cómo apareció un hombre con un gran camión cierto día, se metió en el jardín, allí clavó un cartel que decía: ‘John Smith, Constructor y Contratista’, o algo parecido. Y los hombres entraron en la casa y sacaron los muebles, los pusieron en el camión y se los llevaron. Y volvieron al día siguiente y al siguiente, y así mucho tiempo, y desmontaron la casa ladrillo a ladrillo, hasta que lo cargaron todo en el camión y se lo llevaron. Luego quitaron el cartel y nadie había vuelto a verlos a ellos ni a la casa desde entonces, ni signo alguno de ellos. Y tampoco se los volvió a ver, ni a la casa.”

“Es una historia extraña,” dijo Tomás, “pero no fueron las hadas quienes se llevaron la casa, ni ningún poder que no fuera de este mundo, sino desalmados bien adiestrados en el arte del robo.”

“Estás en lo cierto,” dijo Maurice, “pues hay hombres bien entrenados para ese arte, demasiados, y llevan una vida fácil comparada con el trabajo que tenemos aquí, sacando a rastras nuestro sustento del mar con los brazos por la noche, y a menudo sin peces en la red al acabar.” Y comenzaron a analizar la dura vida del pobre, estableciendo una división de la humanidad en tres: el hombre que tiene un cargo, el hombre que gana una paga diaria y el hombre a merced del mundo.

“Nosotros estamos a merced del mundo,” dijo uno, “y no es buena merced, una vida dura, escasa paga y al final, la casa-taller y la tumba. Pero el hombre que tiene un cargo puede mirar al mundo a la cara, y el hombre que trabaja por una paga diaria siempre encontrará algo que hacer para llevar algo de dinero a su familia al final del día. Y el mar nos está fallando ahora. ¿No decía la profecía que el mar será una vaca seca justo antes del final del mundo? Y no pasará mucho antes de que el mar no tenga peces, ¿y no se refería a eso el profeta cuando decía que sería una vaca seca?”

“¿Crees en esa profecía? Dijo otro. “Había un hombre en tierra firme y conocía todas las profecías de San Columba, y San Columba dijo que un signo del fin del mundo sería una mujer montada sobre una rueda, y cuando apareció la primera mujer por Sleah Head montada en bicicleta, este hombre entró en su casa aterrorizado, gritando que el fin del mundo había llegado, pues había visto a una mujer montada en una rueda, tal como decía la profecía. Ya hace mucho tiempo de aquello y el mundo aún no ha acabado.”

“Quizás no fueran esas ni la mujer ni la rueda que el santo tenía en mente y la profecía aún está por cumplirse.”

Y así comenzamos a debatir sobre el mundo, cómo nadie podía saber cuándo tenían que ocurrir las cosas, y menos aún nadie podía saber cuándo se acabaría al mundo; y uno sugirió que nunca acabaría, y otro contrargumentó con la tradición de los santos, que habían profetizado el fin del mundo y el Juicio Final. Y al final, por un giro en la discusión que no recuerdo, estábamos de nuevo hablando sobre las hadas, y Tomás decía que había casos, conocidos por todos en aquellas tierras, de mujeres que habían sido llevadas por las hadas a vivir con ellas en su promontorio.

"No hace mucho," dijo, "que se llevaron a una mujer pariente de la familia de mi mujer, los O'Sheas, y cuando yo era joven conocía a personas que la habían visto. Era una chica hermosa y no llevaba ni un año casada cuando enfermó, y decía que iba a morir, y que si así debía ser prefería hacerlo en la casa en la que había pasado su vida antes que en una casa extraña en la que había pasado menos de un año. Así que regresó a la casa de su madre, y al poco murió y fue enterrada. No llevaba ni un año enterrada cuando su marido se casó de nuevo, y tuvo dos hijos con su segunda mujer. Pero cierto, los parientes de ella recibieron una carta lacrada."

"Provenía de un granjero que vivía en la zona de Fermoy. Decía que llevaban algunos meses en los que, si al irse a la cama por la noche toda su familia, había sobrado algo de comida, a la mañana siguiente no quedaba nada. Y al final se dijo que averiguaría qué era lo que llegaba de noche y cogía la comida. Así que una noche se sentó en una esquina de la cocina, y en mitad de la noche se abrió la puerta y entró una mujer, la mujer más bella que jamás había visto con sus propios ojos, y avanzó por la cocina, cogió el tazón de leche que habían dejado y se lo bebió. Entonces él se interpuso entre ella y la puerta, ella se giró hacia él y le dijo que eso era lo que ella había deseado. Él le preguntó quién era y ella respondió que venía del promontorio que había en una esquina de su granja, donde las hadas la mantenían prisionera. Se la habían llevado de un lugar en la parroquia de Ventry y que habían dejado un doble en su lugar, que ese doble había muerto y la habían enterrado en su lugar."

"Dijo que el granjero debía escribir a sus parientes y decirles que se encontraba en el promontorio con las hadas, y que no había comida nada de lo que comen las hadas, pues si llegaba a hacerlo una sola vez debía permanecer con ellas para siempre hasta que muriese; y cuando estuviese cerca de la muerte, se la llevarían por el aire y la pondrían en lugar de cualquier otra joven, y se llevarían a esa joven de vuelta al promontorio en su lugar. Y cuando escribiera a sus parientes, debía preguntar a su madre si recordaba una noche en la que su hija yacía enferma, con su madre sentada junto al fuego, y absorta en sus pensamientos, se olvidó del resto del mundo, y el borde de su falda se prendió con el fuego y estuvo ardiendo un buen rato hasta que se percató. Si recordaba aquella noche, sería una prueba, pues fue aquella noche cuando se llevaron a su hija y el fuego en la falda de su madre era lo último que recordaba de su vida en la tierra. Y tras decir esto, salió por la puerta y el granjero no volvió a verla."

"Al día siguiente escribió la carta tal y como ella le había dicho. Pero sus parientes no hicieron nada, pues temían que si la traían de vuelta habría problemas a consecuencia de la nueva esposa y sus dos hijos. Y ella volvió una y otra vez a donde el granjero, y él escribió siete

cartas lacradas, y todos los vecinos decían que era una vergüenza que la dejaran en el promontorio con las hadas; y el marido dijo que era una injusticia dejar a su mujer allí y que, pese a los problemas que pudiera ocasionar, debían ir a buscarla y sacarla de allí. Se pusieron en marcha, sus familiares y esposo, y cuando llegaron a Dingle pensaron que sería buena idea ir a pedir consejo al cura."

"Así que fueron a donde el cura que se encontraba allí en aquel tiempo y le contaron la historia de principio a fin. Y cuando hubo escuchado la historia, dijo que era un caso difícil, y que iba en contra de la ley de la iglesia. El marido dijo que, cuando hubieran sacado a su esposa del promontorio, no la llevaría de vuelta con él para provocar un escándalo, sino que la enviaría a América y él seguiría viviendo con su segunda mujer y sus dos hijos. Pero el cura dijo que, incluso si la mujer de un hombre estuviera en América, seguiría siendo su mujer, y aquello iba en contra de la ley del Papa, que un hombre tuviese dos esposas; y, aunque fuese algo difícil, debían dejarla en el promontorio con las hadas, pues era un mal menor preferible que comiese el pan de las hadas y se quedase siempre con ellas antes que romper la ley de Dios y que un hombre tuviese dos esposas vivas en este mundo."

"No encontraron nada con que refutar al cura y se volvieron a casa apesadumbrados. Y cuando la mujer escuchó lo ocurrido de boca del granjero, regresó con las hadas al promontorio, comió su pan y se quedó con ellas."

Este cuento aflojó los labios de la concurrencia y uno tras otro comenzaron a hablar de hechos similares y cómo en un año las hadas se llevaron quince mujeres de una parroquia y ninguno había vuelto. Pero ahora, el poder de los curas era tan fuerte que consiguieron dominar a las hadas y perdieron su magia.

Ya era tarde y me estaba quedando dormido en mi silla después de un largo día bajo el cielo abierto. Me levanté y, atravesando la cocina, me giré en el umbral para dar las buenas noches. "Que la noche te traiga suerte," respondieron todos como un solo hombre, y salí bajo el cielo estrellado. El viento había barrido el cielo de sus últimos reductos de nubes y en aquel tiempo frío y claro de comienzos de primavera, la compañía de incontables estrellas brillaba y restallaba sobre el pueblo dormido.

Trepando por el irregular camino hacia la parte alta del pueblo, me aparté un poco de las casas y miré hacia el mar. La línea fluida de la costa de Irlanda apenas era visible al otro lado del Sound, Beiginis y las Rocas del Camino flotaban de espaldas en un mar apagado, y la vida parecía haberse retirado hacia el vasto arco celeste, en equilibrio sobre el horizonte oeste del Atlántico y con la otra mano apoyada en las sombrías montañas más allá del extremo de la ensenada de la Bahía de Dingle.

No cabe duda de que es una simple imaginación personal pero a menudo, en noches tan frías y despejadas, he imaginado, en el fulgor palpitante de las constelaciones más próximas y en el resplandor de la Vía Láctea - en la Edad Media la llamaban el Camino de Santiago el peregrino, como si intentasen conciliar algo pagano con la fe -, una vida consciente indiferente o adversa al hombre. En tal estado de ánimo y bajo un cielo así, es fácil creer en la existencia de las hadas, y puede ser que fuesen tales estados de ánimo y tales cielos los que las dieron vida;

que a partir de los fríos rayos de luna y el incansable destello de las estrellas, la imaginación diera forma tales figuras y alegorías de sus propios temores, y las diese un ser y una morada sobre la tierra y, al final, un poder por encima de cuerpo y mente humanos. Son una imagen de la desconfianza irreconciliable del hombre hacia la naturaleza, y fue en las ciudades, que han concebido miles de maneras para encubrir las necesidades y temores naturales, donde los hombres comenzaron a olvidarlas.

También aquí, se habrán ido en pocos años, pensé, pues tienen como morada las mentes de los ancianos y ancianas, y los jóvenes ya no creen en ellas. Y abandoné dichos pensamientos y la noche fría y clara que los provocó, y olvidé la fatiga del largo día en un sueño ligero sobre las plumas de los pájaros que había abandonado tan apresuradamente a primera hora de la mañana.